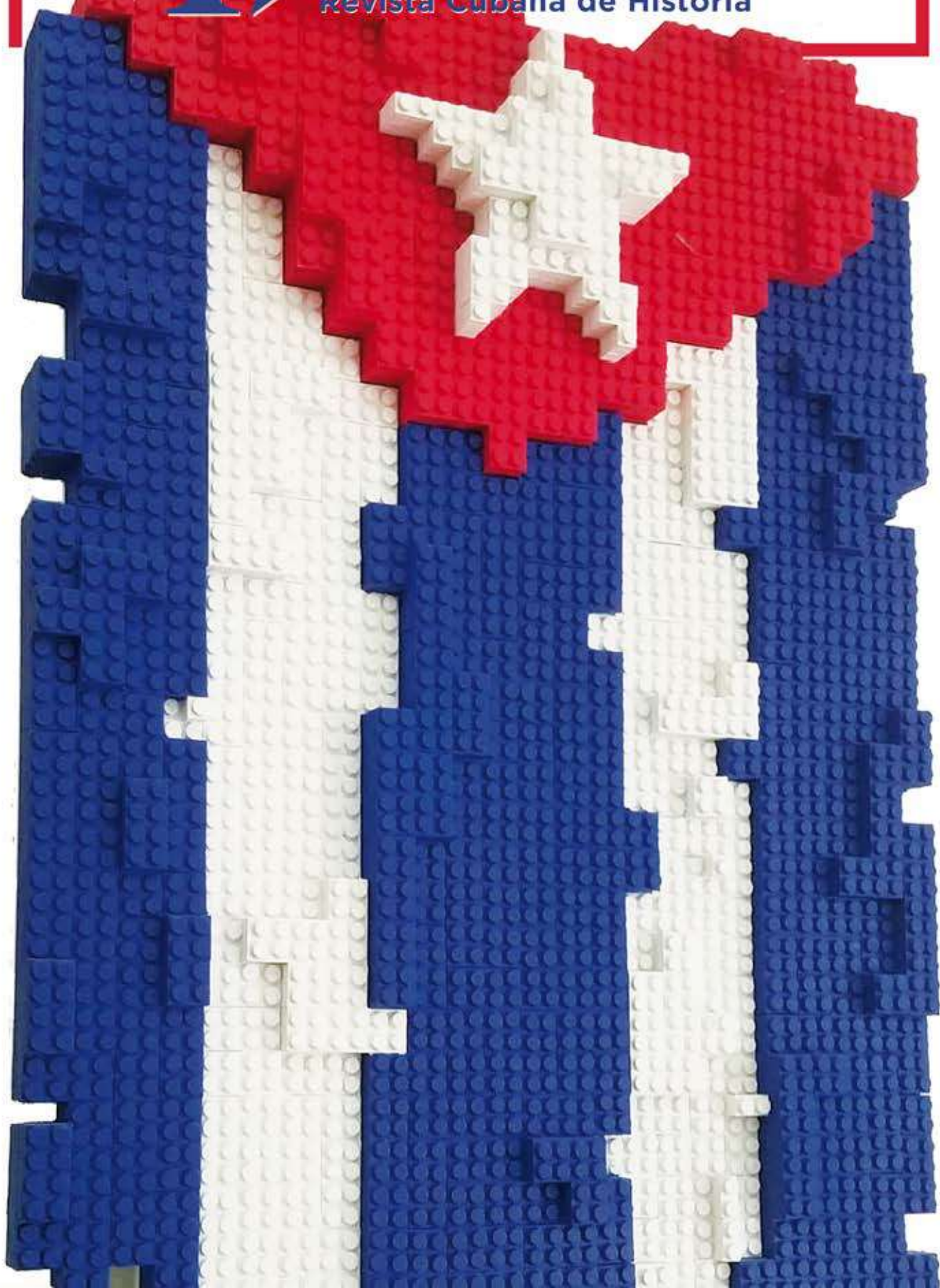


Año 6 - no. 13 - enero-abril - 2020

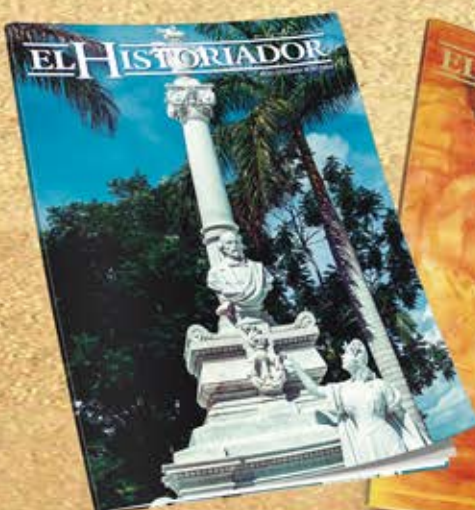
Publicación cuatrimestral de la Unión de Historiadores de Cuba

# El Historiador

Revista Cubana de Historia











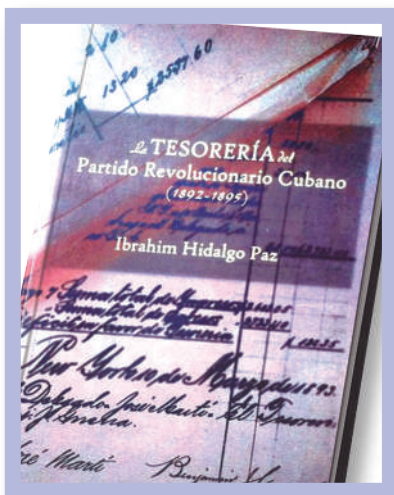
## CONSTRUIR LA HISTORIA

- **4** José Martí ante el negro de Estados Unidos  
Pedro Pablo Rodríguez
- 17** Antonio Maceo en la historiografía cubana  
Zoe Sosa Borjas
- 31** Máximo Gómez y los partidos políticos durante la ocupación militar de Estados Unidos (1899-1902)  
Yoel Cordoví Núñez
- 42** Conexión cero: la Zona Franca y Turística Especial de Isla de Pinos (1955-1959)  
Roberto Francisco Unger Pérez
- 47** Lourdes Casal y el proceso cultural cubano  
Sonia Almazán del Olmo



## NUESTROS HISTORIADORES

- **57** Las improntas de la Barcia Zequeira  
Mildred de la Torre Molina



## RESEÑAR LA HISTORIA

- **59** Sobre las dificultades para financiar una guerra...  
Luis Fidel Acosta Machado

## NUESTROS AUTORES

- 63** Ficha autoral de los colaboradores

# El Historiador

## REVISTA CUBANA DE HISTORIA

Publicación científica y divulgativa

PUBLICACIÓN CUATRIMESTRAL  
DE LA UNIÓN DE HISTORIADORES DE CUBA

AÑO 6 – NO. 13 – ENERO-ABRIL – 2020 –  
TERCERA ÉPOCA

**DIRECTOR:** Jorge Luis Aneiros Alonso  
**COORDINADORA:** Mildred de la Torre Molina

### CONSEJO EDITORIAL

Jorge Luis Aneiros Alonso  
Fabio Fernández Batista  
Israel Escalona Chádez  
María C. Pacheco González  
Francisca López Civeira  
Mildred de la Torre Molina  
María del C. Barcia Zequeira  
Pedro Pablo Rodríguez López  
Servando Valdés Sánchez

### CONSEJO ASESOR

Eduardo Torres-Cuevas  
Yoel Cordoví Núñez  
Eugenio Suárez Pérez  
Marlén Vázquez Pérez  
René González Barrios  
Fernando Rojas Gutiérrez  
Félix Julio Alfonso López

### REDACCIÓN

Unión de Historiadores de Cuba (Unhic)  
**Dirección:** Muralla no. 71-A e/ Inquisidor y Oficinas,  
La Habana Vieja, La Habana, Cuba, CP 10100.  
**E-mail:** unhic-cuba@cubarte.cult.cu  
**Teléfono:** 78011582

**EDICIÓN:** María Luisa García Moreno  
**DISEÑO Y REALIZACIÓN:** José Ramón Lozano Fundora  
**CORRECCIÓN:** Esther Julieta Pardillo Castillo

**EN PORTADA:** "Enseña", obra del artista Arián García García,  
técnica mixta sobre PVC y acrílico.

### IMPRESIÓN

Poligráfico Enrique Núñez Rodríguez, Villa Clara,  
Empresa Soygraf.

ISSN: 1609-185X

**Precio: 10.00 pesos**

Cada autor es responsable de sus opiniones.  
Se permite la reproducción, total o parcial,  
siempre que se indique la fuente.

## editorial



**Jorge Luis Aneiros Alonso**

*Director*

### Tiempos duros y de esperanzas

El 61 aniversario del triunfo de la Revolución, inimaginable para los escépticos y opositores de ahora y de siempre, representa, entre otras muchas cuestiones, el indoblegable espíritu de un pueblo cuya historia está altamente dotada de ejemplos de intransigencia revolucionaria, entereza combativa y, sobre todo, de movimientos en defensa de los ideales independentistas y socialistas, y en contra de la injerencia imperialista y el neocolonialismo.

Innumerables han sido los momentos, a lo largo de estos años, en que la unidad de nuestras fuerzas ha vencido las agresiones del enemigo mayor norteamericano: Girón, la Crisis de Octubre, los sabotajes continuos y atentados contra el Comandante invicto, las plagas y virus introducidos, asesinatos, desembarcos y ataques por nuestras costas, secuestros, todo ello en medio de un brutal y genocida bloqueo; pero, sobre todo, la más persistente y peligrosa, la campaña mediática contra nuestros ideales y principios incluida la historia, cuyo espacio es relevante y decisivo en el destino de la nación cubana.

Nuestra revista se suma al homenaje de todo el país a nuestro Héroe Nacional José Martí en el 125 aniversario de su caída en combate en Dos Ríos, al Titán Antonio Maceo en el 175 aniversario de su natalicio y al Generalísimo Máximo Gómez en el 115 de su muerte. Sus legados fortalecen los andares emancipatorios del presente

Los enemigos temen a la historia, porque ella constituye el principal respaldo de la Revolución Cubana. De ahí que intenten tergiversarla irrespetando los símbolos, el liderazgo, las hazañas, los ideales, los acontecimientos

patrióticos, las realizaciones favorables a la emancipación social y el sacrificio de un pueblo que lucha porque está consciente del valor de sus principios.

Revelar la verdad histórica mediante la realización de investigaciones rigurosas, aumentar nuestra capacidad de diálogo con todos los sectores sociales del país, internacionalizar los conocimientos y resultados científicos, acercarnos a otras disciplinas afines para retroalimentarnos mutuamente, contribuir a la formación cultural de los jóvenes y enfrentar con nuestras verdades la bisutería ideológica y material que fabrican los enemigos de fuera y dentro de nuestro país, constituyen retos imposibles de obviar por quienes tenemos el deber profesional de defender la historia como baluarte patriótico.

Desde nuestra existencia como nación hasta los días actuales hemos recibido y ofrecido ayuda moral y material de y para el resto del mundo y también somos portadores de la concreción ideológica de una revolución auténticamente cubana, cuya trascendencia se hace sentir en el mejoramiento moral y espiritual de nuestros pueblos.

Los horrores de este tiempo son globales. Así lo muestran las consecuencias del cambio climático cuya más alta expresión se manifiesta hoy en la pandemia provocada por la covid-19. Ricos y pobres corremos la misma suerte; para semejante desgracia no existen diferencias sociales, étnicas, religiosas, geográficas, económicas o de cualquier otra naturaleza de carácter cultural. No obstante, hay grandes diferencias en su enfrentamiento. Mientras los poderosos emergen con sus egoísmos ancestrales negándoles recursos elementales de supervivencia a sus propios pueblos y al resto del mundo, Cuba acude al llamado de cualquier región por distante que esté. Nuestras convicciones nacen desde la historia y la solidaridad, de la colaboración con los desposeídos y más necesitados de apoyo, porque el aliento hacia las causas nobles es un valor gestado en nuestras luchas revolucionarias, civiles, armadas o de pensamiento.

Sí, no cabe la menor duda, la esperanza por un mundo justo y equitativo no fenecerá, muy

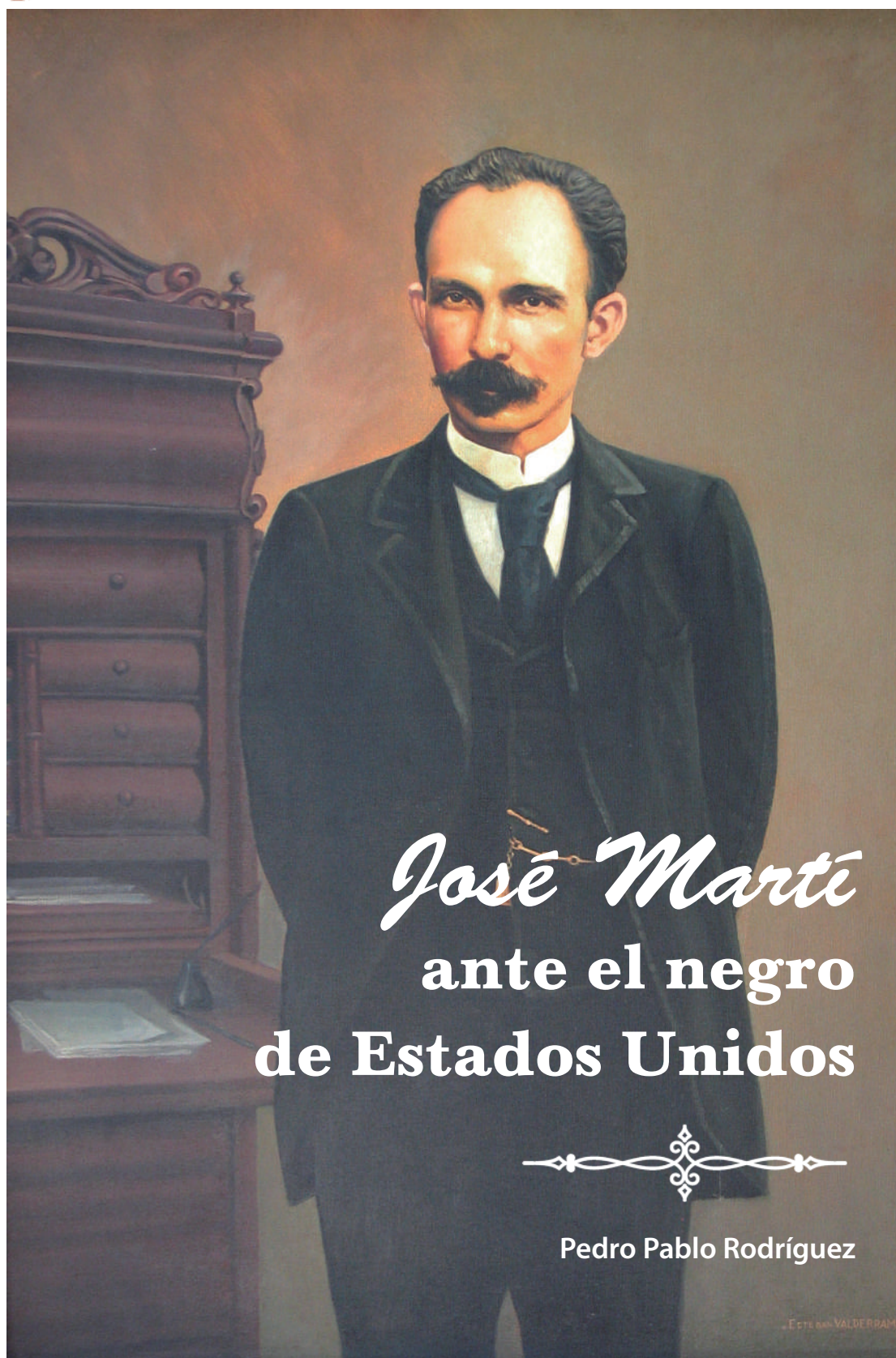
a pesar de los monstruosos egoísmos imperiales, que dejan sus huellas en los enfermos y fallecidos por carencias o insuficiente atención médica —continuadores de las víctimas del terrorismo de Estado— y también en los sueños frustrados de quienes hubieran deseado vivir con dignidad.

El dolor de este tiempo deja grandes lecciones. Una de ellas es conocer la naturaleza de los que apuestan por el crecimiento de sus arcas económicas sin importarles las tragedias de los pueblos empobrecidos, ni las consecuencias de sus guerras imperiales sobre los desposeídos, ni el aumento de enfermedades derivadas de la falta de higiene, el hambre y las desigualdades sociales. Contra los que destruyen el planeta bajo la premisa de que lo importante es el presente y no el futuro de la humanidad, están las fuerzas progresistas cuya unidad resulta imprescindible si queremos salvar el mundo del holocausto. Es también tarea inminente de los que amamos la vida de todos y por todos.

Tampoco podemos desdeñar la necesidad de profundizar en las sociedades contemporáneas desde la historia en sus relaciones con las restantes ciencias humanísticas. Hay que adentrarse en los movimientos sociales desde sus realidades contradictorias y oscilaciones desde y fuera del poder político. Se hace necesario estudiar los comportamientos recientes de una injusta globalización que permea y unifica mentalidades y sentimientos ajenos a la solidaridad y el orden político social basado en la fraternidad y en los ideales emancipatorios. Urge desentrañar los caminos recorridos por la humanidad en su búsqueda incesante para crear una sociedad digna y justa, donde el ser humano pueda realizar sus plenas capacidades a favor de su bienestar material y espiritual.

Debemos, desde nuestro noble e inteligente oficio de historiadores, prever los dolorosos cambios que en breve el mundo sufrirá, con la esperanza de que lograremos construir el futuro soñado por lo mejor de la humanidad. ■





*José Martí*  
ante el negro  
de Estados Unidos



Pedro Pablo Rodríguez

La larga estancia de José Martí en Estados Unidos —casi quince años— le permitió un sistemático examen a fondo de aquella sociedad en sus más diversas aristas, que, como es sabido, expuso principalmente en sus “Escenas norteamericanas” para varias publicaciones periódicas en lengua española. Fueron esos textos los que le convirtieron en un escritor reconocido y admirado por el orbe letrado hispanoamericano de su tiempo; hoy son estimados como indicadores significativos de su madurez literaria y como pensador. Últimamente, hasta en Estados Unidos comienza a entenderse la importancia de esa mirada martiana sobre el país como una de las más inteligentes y abarcadoras de un extranjero.

Aquellos escritos que se mueven, en cuanto a géneros, por la crónica, el artículo y no pocas veces por el ensayo, están unidos por su estilo original y novedoso, y también por una lógica expositiva en que la imagen no solo caracteriza la excelencia de sus cualidades literarias sino que marca, además, los procedimientos de su razonar. Ellos, pues, son factores imprescindibles para comprender esa perspicaz hondura de sus análisis acerca de una nación que atravesaba, durante los dos decenios finales del siglo XIX, por el tránsito notable dentro de la modernidad: del capitalismo de libre concurrencia al imperialismo del capital monopolista y financiero.

Lo interesante y sumamente valioso de esa pupila martiana es que no se limitó a señalar las causas de tal mudanza, sino que extendió un abanico de elementos para entender todo un proceso, complejo y contradictorio, enfrentado por él, tanto por los peligros que ello representaba para Cuba y toda nuestra América, como por la exacerbación y el predominio de los costados más objetables de la psicología social estadounidense.

En dos palabras: el estudio martiano acerca de Estados Unidos fue, por un lado, parte de su propia experiencia de vida, y por otro, fundamento para su previsor quehacer crítico y su decidido enfrentamiento contra los rumbos que tomaba el mundo moderno. Por eso, ante la vastedad del examen martiano, el estudioso de la obra del Maestro está obligado a partir de esa riqueza enorme de su pensar y de su proyecto de transformación social y humana por el bien mayor del hombre. El cubano es un caso no tan frecuente de unidad entre las muchas aristas de sus análisis de aquel presente y de la preparación de un futuro diferente al que le condujeron las líneas predominantes de aquel tiempo.

Por otra parte, ese enorme espacio en su obra del gran tema estadounidense hace necesario su abordaje por etapas y por temas. Tal consideración explica este acercamiento a lo que fue —y lamentablemente aún lo sigue siendo en nuestros días— un tópico con características muy particulares de encono y conflictividad social: las circunstancias de la población negra.

Desde luego, como es bien conocido, el joven que a las tres semanas de su llegada a Nueva York en 1880 cumplió 24 años de edad, lo hizo portando desde su adolescencia una crítica de fuerte sentido moral a la sociedad norteamericana, un marcado concepto acerca de la originalidad individual y colectiva adecuada a las características epocales e históricas, sociológicas y culturales de cada agrupación humana, y una notable comprensión de la importancia de las clases y sectores populares. Así, ya en territorio estadounidense, el campesino, el trabajador asalariado, el inmigrante, el indio y el negro recibían su apoyo en sus reivindicaciones ante la explotación inicua y también ante el racismo en los dos últimos casos.



Indios y negros recibían quizás la mayor violencia, en los primeros, encaminada a eliminarlos de las tierras que ocupaban y hasta de hacerlos desaparecer físicamente, y en los segundos, a mantenerlos segregados socialmente y encerrados en sus comunidades. A pesar de la abolición de la esclavitud y de la derrota de los confederados, los estados sureños no solo apartaron y discriminaron al negro sino que contra él, además, se manifestó una sistemática represión armada para evitar cualquier disfrute de sus derechos civiles como personas libres, la cual, incluso, les impedía, entre otros, el ejercicio del voto y ocupar cargos públicos. La intimidación se acrecentó de manera brutal durante los años ochenta y noventa del siglo XIX con los ilegales linchamientos de negros, de forma tan atroz como, incluso, el ser quemados vivos.

Desde la primera referencia encontrada en torno al tema del negro en Martí, se aprecia que su rechazo a esas situaciones no pasa por alto el servilismo con que muchas personas negras intentaban integrarse a aquella sociedad discriminadora.

En “Coney Island”, texto publicado en 1881, al describir la variedad de entretenimientos en aquel punto emblemático de la moderna cultura de masas que se iniciaba por entonces, Martí expresa su obvio desagrado ante el negro que pone su rostro para el tiro de una pelota y sirve así a la burla e irrespeto de su condición humana:

[...] con grandes risas aplauden otros la habilidad del que ha conseguido dar un pelotazo en la nariz a un desventurado hombre de color que, a cambio de un jornal miserable, se está día y noche con la cabeza asomada por un agujero hecho en un lienzo esquivando con movimientos ridículos y extravagantes los golpes de los tiradores [...].<sup>1</sup>

Llama la atención el hecho de que este es de los muy escasos momentos en que Martí escribe “hombre de color” para referirse a un negro. No he encontrado antes del año de este texto semejante eufemismo—tan propio de aquel siglo y que persiste hasta el actual— y solo lo he leído en un caso posterior.

En una de sus “Escenas norteamericanas” más reproducida por la posteridad, “El terremoto de Charleston”, de compleja construcción literaria, los pobladores negros de esta ciudad sureña son presentados como los más aterrados ante el terriblemente destructor acontecimiento y, al mismo tiempo quienes, con su religiosidad, se recuperan emocionalmente con mayor rapidez del shock ante aquel desastre natural. Junto con el relato de la catástrofe, Martí desarrolla la relación hombre-naturaleza, punto clave de su discurrir filosófico, según el cual ambos elementos conforman, inseparablemente, la realidad, pues para él todo es naturaleza, incluidos los seres humanos, y no hay, o no debe haber necesi-



riamente oposición entre los dos factores. Por consiguiente, aquellas agrupaciones humanas o culturas más respetuosas e interrelacionadas, más armónicas con lo que habitualmente llamamos naturaleza, tienen un comportamiento más adecuado en los momentos de los grandes desastres naturales. Y semejante conciencia de armonía es lo que Martí halla entre los negros de Charleston luego del terremoto, conciencia que les venía de sus ancestros africanos.

La enorme riqueza de los razonamientos martianos acerca del negro en ese texto amerita un estudio particular. El cronista, que no estuvo en Charleston entonces y basa su relato y extrae sus consideraciones de lo que lee en la prensa de la época, logra el efecto de un corresponsal que escribe *in situ*. Sus criterios acerca de la personalidad y la psicología social de aquellas personas negras hacen pensar que había asimilado mucha información acerca de ellos y de sus culturas de bases africanas.

Narra Martí cómo un grupo canta a coro, baila y anda en medio del desastre, pues en ellos ha resucitado el miedo primitivo que los fenómenos de la naturaleza inspiran a su “encendida raza.” Y señala más adelante: “[...] ;era la raza comprimida, era el África de los padres y de los abuelos, era ese signo de propiedad que cada naturaleza pone a su hombre, y a despecho de todo accidente y violación humana, vive su vida y se abre su camino!”<sup>2</sup> Y luego de llamar a respetar a “cada raza” y a “no estorbar la armonía del universo”, se pronuncia contra la idea de la superioridad de alguna raza sobre otra.<sup>3</sup>

Del africano afirma: “[...] Su sangre es un incendio; su pasión, mordida; llamas sus ojos; y todo en su naturaleza tiene la energía de sus venenos y la potencia perdurable de sus bálsamos”. En consecuencia, señala: “Tiene el negro una gran bondad nativa, que ni el martirio de la esclavitud pervierte, ni se oscurece con su varonil bravura”.<sup>4</sup>

Y ese espíritu de África le arranca varios párrafos para explicar ese terror que acometió a los habitantes negros, calmados luego por los cantos y bailes, junto a sus ancianos. Ahí está, pues, según Martí, lo que les llevó a adaptarse más pronto que los blancos a la nueva situación. La matriz africana, en consecuencia, no es entendida por él en sentido negativo, sino que representa una raíz de mejores consecuencias para los negros libres, que las marcas psicológicas del servilismo introducidas por la esclavitud.

En 1889, al tratar el tema de la Conferencia Internacional Americana de Washington —tan significativa para él, por los peligros que acertadamente previó para la soberanía de Nuestra América y el posible intento de anexar a Cuba—, pasea su mirada por el hotel Arlington, donde se alojaban muchos de los delegados latinoamericanos, y describe la entrada y salida de negociantes, diplomáticos y el personal que laboraba en la reunión. Con ágil y casi cinematográfica narración de aquel movido ambiente, Martí parece ser un observador participante y no olvida a los servidores atentos a los clientes: “[...] Los negros van y vienen, diez para cada huésped, cepillo en mano”.<sup>5</sup> A mi juicio, el cronista no quiere pasar por alto a estos trabajadores que atendían a los que allí se hospedaban, para de ese modo darle a entender al lector que ese era, casi seguro, el solo oficio visible reservado a las personas negras en un lujoso hotel de la capital estadounidense. Y quizás, sutilmente, quería también hacer pensar cómo, al reservarle exclusivamente tal tipo de labor, se contribuía a mantener una mentalidad subordinada en las personas negras.

Tal presunción se hace real cuando vemos los enjuiciamientos martianos acerca de cuánto se afecta la dignidad humana de quienes se humillan, como aquel hombre que recibía los pelotazos en Coney Island o los que imitaban costumbres o asumían

valores de los blancos porque querían parecerse a ellos.

En tal sentido resulta ejemplar el análisis escrito en abril de 1889 para el diario *La Opinión Pública*, de Montevideo, acerca de los “negros prósperos” de Nueva York. Obsérvese la presentación que hace de ellos, a primera vista quizás no tan favorable.

El texto se refiere a tres temas y, en el segundo de ellos, el cronista comienza describiendo el paseo por la Quinta Avenida, el corazón de la ciudad, el domingo de las Pascuas de Resurrección o Semana Santa en la cultura religiosa hispánica. Allí detalla el vestuario de hombres y mujeres, en velada crítica a la ostentación de ropas y joyas de los paseantes millonarios y de amplios recursos. Y continúa así el párrafo:

Pero en la avenida de al lado, es donde se alegra el corazón, en la Sexta Avenida: ¿qué importa que los galanes lleven un poco exagerada la elegancia, los botines de charol con polaina amarilla, los cuadros del pantalón como para jugar al ajedrez, el chaqué muy ceñido por la cintura y con la solapa como hojas de flor, y el guante sacando los dedos colorados, por entre la solapa y el chaleco? ¿Qué importa que a sus mujeres les parezca poco toda la riqueza de la tienda, y carguen túnica morada sobre saya roja, o traje violeta y mantón negro y amarillo? [...].<sup>6</sup>

De inmediato da la respuesta a esa falta de verdadera elegancia que encuentra en estos paseantes de la Sexta Avenida, respuesta que explica, también y sobre todo, por qué, sin embargo, ha dicho al principio que le alegran el corazón.

[...] Los padres de estos petimetres y maravillosas, de estos mozos que se dan con el sombrero en la cintura para saludar y de

estas beldades de labios gruesos, de cara negra, de pelo lanudo, eran los que hace veinticinco años, con la cotonada tinta en sangre y la piel cebreada por los latigazos, sembraban a la vez en la tierra el arroz y las lágrimas, y llenaban temblando los cestos de algodón [...].<sup>7</sup>

Los hijos de los esclavos, esos que paseaban por la Sexta Avenida neoyorquina, eran libres, lo cual alegraba el corazón del cronista a pesar de sus llamativos atuendos y gesticulaciones.

Y continúa Martí el largo párrafo ofreciendo entonces la visión absolutamente positiva de aquellos hijos de esclavos, convertidos en seres diferentes al calor de la libertad, del ejercicio de su propio albedrío.

[...] Miles de negros prósperos viven en los alrededores de la Sexta Avenida. Aman sin miedo: levantan familias y fortunas; debaten y publican; cambian su tipo físico con el cambio del alma; da gusto ver cómo saludan a sus viejos, cómo llevan los viejos la barba y la levita, con qué extremos de cortesía se despiden en las esquinas las enamoradas y los galanes: comentan el sermón de su pastor, los sucesos de la logia, las ganancias de sus abogados, el triunfo del estudiante negro, a quien acaba de dar primer premio la Escuela de Medicina: todos los sombreros se levantan a la vez, al aparecer un coche rico, para saludar a uno de sus médicos que pasa.<sup>8</sup>

Estos negros participaban como cualquier blanco de la vida social neoyorquina; no eran, pues, inferiores en disposición y capacidad a aquellos. Tal es el mensaje martiano y la importancia concedida por el cubano a la condición de persona libre. Y, al mismo tiempo, ofrece un criterio de prosperidad que no necesariamente se homologa con riqueza y poder, sino que la asocia





Motín de Oak Ridge, en el estado de Luisiana.

con el vivir adecuado a las condiciones de aquellos tiempos modernos, claramente con resultados no menores a los de quienes pudieran considerarse blancos prósperos.

Otro caso que Martí presenta, con evidente satisfacción, es el de un negro que se gradúa en la muy exclusiva Universidad de Harvard. A unos estudiantes de dicho alto centro docente que, para celebrar su victoria en una competencia de regatas, pintaron de rojo diferentes lugares de la institución incluida una estatua del fundador, les otorga por ello el calificativo de “bellacos”, mientras que al escogido como “el orador de la clase” en el acto de graduación, de apellido Morgan, lo presenta de este modo: “[...] un negro de enérgica dicción y frente ilustre”, “de buena palabra”, “favorecido por estos hijos de abolicionistas”, como califica a sus compañeros de estudios de Massachusetts que lo habían seleccionado. Y concluye esa referencia con esta idea esencialmente antirracista: “Y el Morgan habló de modo que no se le podía ver a las ideas si eran negras o blancas [...]”.<sup>9</sup>

Mas el grueso de las referencias martianas al negro estadounidense se relaciona

con los crímenes cometidos contra ellos en el Sur, en galopante aumento durante la segunda mitad del decenio de los ochenta del siglo XIX.

El llamado motín de Oak Ridge, en el estado de Luisiana, fue asunto que corrió por todo el país. En realidad, esa zona vivió durante el verano de 1887 un caldeado ambiente de confrontaciones raciales que incluyó varias matanzas de pobladores negros. Vale la pena analizar la totalidad de lo que escribe sobre el negro en la parte final de una crónica, en la cual trata, inicialmente, otros asuntos relacionados con la política seguida por el presidente Grover Cleveland para disminuir la animosidad en los estados sureños contra las autoridades federales y de ocupación militar tras la victoria del Norte en la Guerra Civil.

A todas luces, y sin decirlo, Martí sigue la estrategia discursiva de unir en el mismo texto ambos asuntos: la devolución de sus banderas a los antiguos estados rebeldes, lo cual levantó rumores, al parecer inciertos o de poca monta, de desagrado entre los veteranos combatientes nortños y la difícil situación del negro a pesar de la abolición,

que se suponía le hubiera permitido el verdadero ejercicio de sus derechos de personas libres, de ciudadanos. Vale la pena, pues, que veamos el texto en su totalidad.

Narra Martí un acontecimiento ocurrido el 4 de julio, día de celebración de la independencia de las Trece Colonias inglesas de la América del Norte. Tras comentar la conmemoración en Gettysburg —lugar de una de las más enconadas batallas de la Guerra Civil—, en la que confraternizaron antiguos federales y confederados, contrasta ese hecho con lo ocurrido en Oak Ridge, en Luisiana, donde ese mismo día “[...] adelantaba cautelosamente por el bosque rayano de un pueblo del Sur, una procesión sombría [...]”. Y se preguntaba el Apóstol: “[...] ¿Qué guerra hay que van armados? Llevan la carabina en el arzón, como para no perder tiempo al caer sobre el enemigo. Bandidos parecen; pero son el alcalde y su patrulla, que vienen a matar a los negros de Oak Ridge, en castigo de que un negro de allí vive en amor con una blanca”.<sup>10</sup>

El relato del suceso se interrumpe y Martí dedica dos párrafos a presentar las bases históricas y sociales del crimen cometido en Oak Ridge por aquella banda racista. En el primero, señala el rechazo al negro, generalizado en todo el país, y clama por la reparación de las ofensas recibidas por este durante la esclavitud.

¿Qué han de hacer los negros, perseguidos por todas partes en el Sur del mismo modo, expulsados hoy mismo de la orilla del mar en un poblado religioso del Norte porque los cristianos que van allí a adorar a Dios se enojan de verlos, más que apretar, como aprietan, la línea de raza, negarse a recibir del blanco, como antes recibían, la religión y la ciencia, levantar seminarios de negros y colegios de negros, prepararse a vivir fuera de la comunidad humana, esquivados y per-

seguidos en el país donde nacieron? Harto hacen ya, en estos hijos de padres degradados por la esclavitud, el carácter e inteligencia del hombre libre.

¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en vez de levantarlos de la miseria a que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y mísera, válense de esta apariencia que criminalmente les dieron, para rehusarle el trato con el hombre!<sup>11</sup>

Evidentemente, el cubano no se dejó engañar por la apariencia de que el negro en el Norte no sufría discriminaciones. Y en el segundo párrafo explica cómo el negro, sin ese apoyo reparador que acababa de reclamar, había sabido, no obstante, elevar su significación en el país hasta aprender a tomar las armas para defender su vida.

¡Y crecen: porque los ignorantes y los pobres, privados de los goces finos del espíritu, son padres fecundos. Compran haciendas y casas: fundan bancos: levantan credo propio y universidad propia: se fortifican en sus pueblos: se defienden como los infelices de Oak Ridge, con el arma al brazo: todos los días ya hay en el Sur esos ataques y defensas.<sup>12</sup>

Y como prueba de ese aprendizaje a defenderse armas en mano, vuelve al relato del acontecimiento:

Llegó el alcalde al pueblo: intimó rendición a los habitantes: le contestó la pólvora: hubo de un lado y de otro muertos: se desbandaron los negros vencidos; cuatro quedaron sobre el campo, y a ocho les dieron muerte, sin proceso, en la horca. ¿Al alcalde quién lo castigará, si él es la ley?

Para otra cacería estará limpiando el rifle.<sup>13</sup>





Masacre de Thibodaux, Luisiana.

Esa ominosa culminación del fragmento (el alcalde viola la ley, mata a ciudadanos porque son negros y se prepara para continuar cometiendo asesinatos) justifica cabalmente el final del tema y del escrito todo cuando Martí se refiere a los ya cultivados hijos de los esclavos y él mismo se suma al relato.

No en balde se nota en el lenguaje de los negros cultos un dejo de desolación que mueve a echarles los brazos: suelen hablar ásperamente, como se habla en campaña: los hijos nacen más determinados que los padres: leen los libros del sueco Swedenborg, que en lengua que parece red de fuego pinta el advenimiento de una nueva cristiandad: acaudalan, como los judíos, porque la riqueza es al fin una patria, cuando no se la tiene propia: les luce ya en los ojos aquella súplica desgarradora, que ni cesa, ni duerme, por donde revelan su agonía los desterrados.

Es el albor de un problema formidable.<sup>14</sup>

La visionaria conclusión martiana cobró realidad desde mediados del siglo xx y en

lo que va del xxi con las endémicas y fuertes protestas de los negros estadounidenses en defensa de sus derechos igualitarios.

Dos meses después, en agosto de 1887, todavía recuerda Martí en otra crónica la matanza de Oak Ridge al explicar el alzamiento del jefe indio Colorow, porque la ley no ampara a su pueblo y con ella “el blanco ambicioso” lo echa de su tierra. Por eso el indio siente, “como el negro perseguido en el Sur, el ímpetu de agosto en la sangre”.<sup>15</sup> Tras la rebelión de los indios, Martí pasa a comentar un congreso de negros que acordó no seguir votando exclusivamente por los candidatos del Partido Republicano, “[...] que por azar vinieron a libertarlo y en realidad lo odian y abusan de él”, y que además llamó a protestar “contra los que disfrazando su odio con el deseo de mantener la raza blanca pura, toman bandera de uno u otro matrimonio mestizo para echar a balazos de los pueblos a los negros en quienes luce más la razón, a sus sacerdotes, a sus poetas, a sus periodistas, a sus políticos.”<sup>16</sup>

De nuevo el cubano se ocupa de la abominable historia, manejada en Cuba también

desde la revolución haitiana y durante las luchas contra el colonialismo, de las violaciones de mujeres blancas por hombres negros, y cómo ello era a menudo un pretexto empleado en Estados Unidos para robar las tierras y otras propiedades de los descendientes de africanos. Es importante cómo le concede importancia a que esa represión era dirigida especialmente contra aquellos que habían logrado un reconocimiento y representatividad, por lo que solían convertirse en líderes (sacerdotes, poetas, periodistas, políticos) que podían lograr ser escuchados hasta por gente blanca y quizás hacerle comprender la iniquidad del racismo y de la violencia criminal desatada contra el negro.

En otra crónica, de finales de 1887, refiere dos agresiones armadas. En un pueblo del sur, so pretexto de una huelga, fueron atacados los negros en sus viviendas por una caballería y 62 de ellos resultaron muertos. En Thibodaux, Luisiana, durante una huelga organizada por los Caballeros del Trabajo, la milicia dio muerte a un alto número de huelguistas negros, a pesar de que estos no opusieron resistencia.<sup>17</sup>

Entre el 23 y el 26 de agosto de 1888 sucedieron ataques a comunidades negras en

Bayou-Martin y otros lugares de Luisiana. Martí lo comenta así en una de sus “Escenas norteamericanas”:

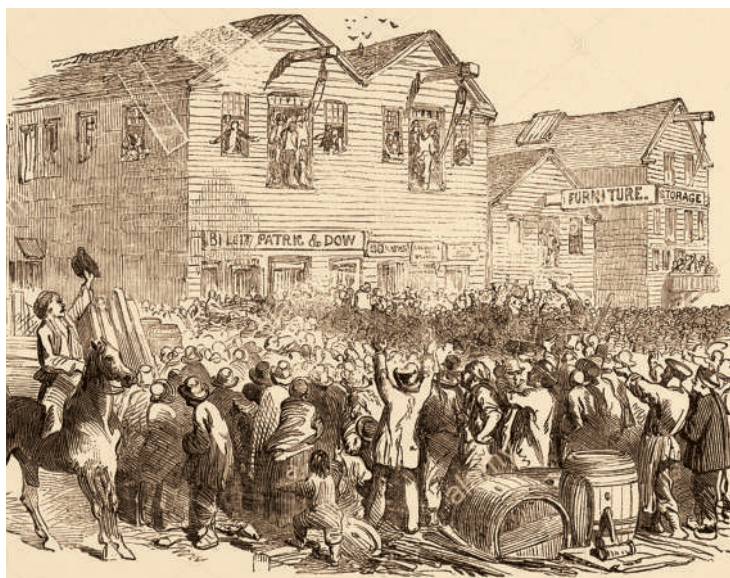
Los caucásicos de Luisiana, imitando a los terribles Gorros Blancos del Noroeste, asaltan encubriendo con odio sus pretextos de moral pública, los pueblos negros donde vive algún matrimonio de las dos razas, y flagelan sin misericordia contra un tronco de maple al hombre o a la mujer, desnudos de cintura arriba, y por la noche caen, en número de más de cien, sobre la aldea, intiman rendición a los negros dispuestos a resistir, y triunfan, cuando ya no queda un negro vivo. Pero el país no se inquieta... ni a los caucásicos nadie los castiga.<sup>18</sup>

Llaman la atención la crudeza de la descripción martiana acerca de estas atrocidades racistas y su conclusión en cuanto a cómo eran aceptadas por aquella sociedad. Es patente su toma de partido junto a los atropellados, postura que sostiene hasta ante un caso curioso que recoge en su periodismo.

En una crónica acerca del verano en Nueva York, Martí no se limita a entregar un cuadro costumbrista de esa temporada

calurosa. Desde el sumario anuncia que incluye “Un proceso célebre” y “El jurado de negros”. A primera vista parece que desea atraer a sus lectores con algo infrecuente: la formación en Estados Unidos de un jurado con negros.

La causa judicial era por el asesinato cometido en su propia casa por un médico de Charleston de “un político” que le había ido a reclamar por sus amoríos con una de sus criadas. Martí no





cree en la declaración del médico que mató en defensa propia, la considera falsa y escribe, coloquialmente, que fue un “cuento”. Veamos cómo explica que, a pesar de ello fue absuelto.

[...] Pero en el jurado había mayoría de negros, y dicen que por eso ha salido el médico libre, porque el muerto fue un caimán insolente, que hacía de amo y señor de todo el mundo, y miraba a los negros como presa natural, tanto que una vez escribió en su periódico que no era igual el delito cuando se le quitaba la virtud a una negra que cuando se le quitaba a una blanca. ¡Puesto que para eso son las negras apetitosas, para que el blanco se regale con ellas y les quite la virtud!—Y los negros danzaban en las calles, cuando supieron que el jurado declaró libre al asesino.<sup>19</sup>

Martí no lo dice directamente; pero, de hecho, justifica el fallo del jurado de negros y hasta la alegre reacción en las calles de quienes tenían el mismo color de piel. El periodista toma partido de manera clara, no en favor de la mentira del acusado, sino en rechazo absoluto al racismo del muerto y su infame justificación del derecho de un hombre blanco a forzar a una mujer negra, mientras que lo inverso —como sucedió en la referencia anterior a lo ocurrido en Luisiana— sí era causa justificada para el linchamiento del hombre negro, sin proceso judicial alguno. Por otro lado, quién sabe si el cronista quería llevar a sus lectores el ánimo de que estaba entendiendo el lado justiciero frente al abominable racista que había sido muerto.

Los actos represivos contra los negros se sucedían por aquellos años unos tras otros e incluían a los blancos no racistas y defensores de los acusados. Martí no pierde oportunidad para anotarlos en sus “Escenas norteamericanas”. El 15 de agosto de 1889 incorpora

a su crónica tres sucesos de esa naturaleza. Uno fue la quema de una efigie colgante del director de correos de Atlanta, un general blanco, porque había dado un puesto de responsabilidad a un negro, lo cual provocó la no aceptación de una subordinada blanca y el ataque a ese funcionario de designación federal por el periódico local.

El segundo caso fue el enjuiciamiento en Savannah de un hombre blanco llamado Cristóbal Orth, quien decía ser la reencarnación de Cristo y al que comenzaron a seguir muchos negros dada su promesa de llevarlos a Canaán, donde todos los hombres eran iguales. Ante el juez, Orth demostró su amplio dominio de la Biblia y fue dejado libre, pues le acompañaban trescientos negros, muchos de ellos armados. Mas finalmente fue detenido y encerrado. A este le sucedió un negro, alcalde de su caserío, que también se proclamó Cristo y terminó encerrado por loco.<sup>20</sup>

Ese mismo año pasa revista a varios sucesos agradables del verano; aunque corta “esos cuadros de placer” para ofrecer informaciones acerca de actos de violencia y, entre ellos, menciona los linchamientos de negros en el Sur.

[...] Lo del *lynch* es de toda seriedad, porque muestra la llaga que llevan en el corazón los que se lo alimentaron de sangre esclava, y hoy viven como sobre carbones ardientes, rechazando con furia el aire negro, el amor negro, la ambición negra: no hay día sin asesinato en los Estados del Sur [...].<sup>21</sup>

Y cierra así esta explicación de la psicología racista: “[...] el blanco del Sur, en cuanto ve que el negro se le iguala en lo real de la vida, lincha al negro”.<sup>22</sup>

Continúa Martí explicando que esos linchamientos han aumentado a partir de que el Partido Republicano abogara por proteger

el derecho al voto del negro sureño “con las leyes y con las armas”, para así echar del control político de esas entidades al Partido Demócrata. Sin embargo, patentiza su adhesión a “[...] los negros [que] van por donde es más cierto el camino, que es por la cultura puesto que mientras sean menos que los blancos en carácter y saber, nadie se parará en las causas de que sean así, sino en que lo son, el cual es argumento que no se les hará cuando puedan luchar de mente a mente, y calcen ambos con igual maestría el discurso y el guante [...]”. Pero, de inmediato, advierte con perspicacia: “[...] con la cultura del negro no se acabará el conflicto, pero tendrá menos causas y pretextos que ahora, y menos horrores. Porque el mundo se echará sobre los que quieran desposeer a sus iguales”.<sup>23</sup>

Con toda posibilidad, dado ese criterio propio, Martí destaca a fin de año del mensaje anual del presidente Harrison su señalamiento de ofrecer cultura para el negro, escuelas federales para ellos, libertar al voto negro. “[...] urge ponerles escuela y protegerles el voto: dígase la palabra—¡voto libre para el negro del Sur!—que se supone dará voto a los republicanos [...]”.<sup>24</sup>

Por esa misma época de 1889, el Maestro publicó otro análisis que cubre la primera parte de una crónica que abarca varios temas, y al cual tituló en el sumario como “El problema negro”, motivado también por los ataques a los negros en el Sur y en el que sigue similar línea de pensamiento que en el texto antes comentado.

Parte de una reunión, que se efectuaba tradicionalmente en el mes de septiembre, de una sociedad de amigos del negro en memoria de la proclama de emancipación de los esclavos dictada por Abraham Lincoln, y señala: “[...] dio este año desusado interés y fervor la zozobra con que se ha de ver la caza de negros que va de creces en el Sur”. Y recalca de inmediato: “No hay día sin choque de armas”.<sup>25</sup>

El segundo párrafo narra vívidamente cómo eran esos choques:

Merodean de canana al cinto, por los case-  
ríos de la negrada, los vigilantes de mos-  
tacho y perilla, “echando abajo a estas  
sombras del demonio”. Se entran por sus  
aldeas, como por plaza conquistada, vo-  
ceando a caballo, y descargando los rifles  
por las puertas abiertas de las casas. En las  
ciudades, dicen los finos caballeros del pie  
pequeño y la barba sedosa, que la negrada  
toda es una ingratitud, que en veinte años  
de ese trato amable no quiere tener amor  
por sus dueños antiguos, ni aprender las  
artes y ciencias que no tienen donde lucir  
ni cultivar, ni venir a las escuelas donde les  
enseñan los maestros pagados por aquellos  
mismos que aplauden y favorecen y acon-  
sejan la persecución y la carnicería [...].<sup>26</sup>

Continúa el extenso párrafo y Martí mira entonces hacia el negro acosado por todos lados: “El negro crece, con la fecundidad de los matrimonios pobres, que en la casa tienen el único placer, y ponen en la esposa todo el amor y compañía que les niega el mundo.” Interrumpe el razonamiento y ofrece de inmediato un aforismo, algo habitual en su prosa analítica: “El hombre ha de crear: ideas o hijos”. Y compara favorablemente al negro respecto al blanco sureño:

[...] Crece el negro en el Sur, y el blanco  
indígena no crece como él ni van al Sur,  
que solo por donde toca al Norte resucita,  
las arribadas de inmigrantes blancos. Y el  
blanco del país, antes que verse dominado  
por el negro o mezclarse con él de hembra  
o varón, decide exterminarlo, espantarlo,  
echarlo de la comarca como al zorro.<sup>27</sup>

Más adelante, Martí plantea preguntas claves que indican su comprensión acerca de cómo instituciones decisivas como las

escuelas y las religiones no colaboran para crear en los emancipados una verdadera conciencia de personas libres:

¿A qué la escuela donde le enseñan que nació para siervo por el castigo del color, que jamás podrá gozar en su suelo nativo de los derechos plenos del hombre? ¿A qué el seminario donde enseñan que Dios sentará a todos los hombres a su lado por igual, si los ministros blancos de Dios son más que Dios mismo y van contra su ley, y no quieren sentarse al lado de los ministros negros? [...].<sup>28</sup>

El Maestro ahonda en las causas del recrudescimiento de los ataques contra los negros y señala cómo el apoyo de ellos al Partido Republicano era entendido por los blancos sureños como algo encaminado a que el norte les quitase la libertad política. Y culmina esta parte de la crónica comentando cómo en Boston se había celebrado el aniversario de la proclamación abolicionista por Lincoln y el documento había sido leído por “[...] un negro joven, con voz que vibraba en el aire como el eco de un martillazo sobre el acero”.<sup>29</sup>

Años después, el 23 de febrero de 1892, en medio de la organización del Partido Revolucionario Cubano, dedicó una de sus últimas colaboraciones para el diario mexicano *El Partido Liberal* al enfoque del tema del negro en Estados Unidos. No es de sus textos más extensos; en él, con lenguaje preciso y extraordinaria garra narrativa, ofrece tres relatos referidos a tres ángulos que atenazaban a los antiguos esclavos y sus descendientes.<sup>30</sup>

El inicial es como una sacudida para aquellos que se humillaban ante la sociedad dominante. Sus palabras son como bofetadas para veinte parejas de negros participantes en el Paseo del Pastel en Nueva York. Esta era una costumbre que se exten-

día por aquellos años en que la competencia culminaba con la entrega de un pastel a la pareja ganadora, después de agotadoras jornadas de varias semanas. Para Martí, aquella era una manera de envilecerse.

El segundo relato lo dedica a la llegada de doscientos negros de Luisiana que arribaban al puerto de Nueva York para embarcarse hacia África. Además de explicar que era la violencia contra ellos la que motivaba esa vuelta al continente originario, el cronista entrega, con evidente disfrute artístico y pupila antropológica, un delicioso discurso del jefe de esos emigrantes expresado sobre la base de refranes, prueba de la riqueza imaginativa de la manera de pensar de aquellos descendientes de culturas africanas.

El tercer relato resulta estremecedor por el hecho que presenta en toda su horrible crudeza. De modo directo, sin adjetivos ni comentarios propios, Martí narra, con un montaje que hoy calificaríamos de cinematográfico, la conducción de un negro acusado de violar a una mujer blanca hasta las afueras de un pueblo del estado Arkansas, donde el prisionero, sin juicio alguno probatorio del delito imputado, fue quemado vivo ante una multitud alegre y festiva. El momento más impactante son sus últimas líneas, cuando relata cómo la propia mujer abusada es quien enciende el fósforo y lo lanza sobre el cuerpo del hombre empapado en petróleo y este comienza a arder.<sup>31</sup>


Así, la humillación aceptada como forma de supervivencia, el escape fuera del país y el atroz asesinato conforman el trío de muestras, con que este texto martiano resume las condiciones de existencia de la población negra en Estados Unidos, en su tiempo.

La mirada justiciera del Maestro sobre este tema que ha caracterizado la vida estadounidense se completa con el juicio que universaliza a John Brown, aquel líder



negro que fue ahorcado en Estados Unidos por encabezar una fallida insurrección contra la esclavitud y el oprobioso racismo:

Astros tienen los cielos, y la tierra: como un astro refulge el cadalso de John Brown. Jesús murió en la cruz, y este en la horca. Luego

de muertos los hombres, vacíanse, sin carne y sin conciencia de su memoria, en la existencia universal: en remolino suben, camino al Sol caminan; dichosamente bogan; mas si se hallaran los hombres después de muertos, que no han de hallarse, andarían de la mano Jesús y John Brown.<sup>32</sup> 

<sup>1</sup> José Martí: "Coney Island", en *Obras completas, Edición crítica*, t. 9, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2004, p. 137.

<sup>2</sup> *Ibidem*, t. 24, p. 222.

<sup>3</sup> *Ibidem*. En este, como en otros casos a lo largo de su obra, Martí no emplea la palabra raza como descriptora de diferencias físicas entre los grupos humanos —algo que para él era un mero accidente ante la igualdad universal de la humanidad—, ni, mucho menos, como causa de la superioridad de unas razas sobre otras, sino en el actual sentido del concepto de cultura.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> José Martí: "El Congreso de Washington", en *Obras completas*, t. 6, Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1963-1965, p. 42.

<sup>6</sup> José Martí: "Cómo se crea un pueblo nuevo en los Estados Unidos", en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, p. 205.

<sup>7</sup> *Ibidem*.

<sup>8</sup> *Ibidem*.

<sup>9</sup> José Martí: "Carta de Nueva York. La casa nueva de los Vanderbilt", datada en Nueva York, 1.º de julio de 1890 y publicada en *El Partido Liberal*, México, 16 de julio de ese año. En José Martí: *Otras crónicas de Nueva York* (investigación, introducción e índice de cartas, Ernesto Mejía Sánchez), Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 150.

<sup>10</sup> José Martí: "Correspondencia particular para *El Partido Liberal*", datada en Nueva York, 8 de junio de 1887 y publicada en ese diario mexicano el 26 de julio de 1887, en *Obras completas. Edición crítica*, ob. cit., t. 26, pp. 66. El asunto lo trata de modo similar en la versión de

esta crónica para *La Nación*, Buenos Aires, publicada el 16 de agosto del mismo año, la cual puede encontrarse, tanto en las *Obras completas*, t. 11, pp. 231-238, como en las *Obras completas Edición crítica*, t. 26, pp. 73-74.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 67.

<sup>12</sup> *Ibidem*.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> *Ibidem*.

<sup>15</sup> José Martí: "Cartas de Martí", datada en Nueva York, 17 de agosto de 1887 y publicada en *La Nación*, Buenos Aires, 29 de septiembre de ese año, en *Obras completas. Edición crítica*, ob. cit., t. 26, p. 126. También en *Obras completas*, t. 11, p. 264.

<sup>16</sup> *Ibidem*.

<sup>17</sup> José Martí: "Estados Unidos", datado en Nueva York, 7 de diciembre de 1887 y publicado en *El Partido Liberal*, México, 11 de enero de 1888, en *Obras completas. Edición crítica*, t. 27, p. 114. El texto se repite en "Congreso norteamericano", *La Nación*, Buenos Aires, 27 de enero de 1888.

<sup>18</sup> José Martí: "La campaña electoral en los Estados Unidos", *La Nación*, Buenos Aires, 11 de octubre de 1888, datado en Nueva York, 30 de agosto de ese año. Este escrito se repite en *El Partido Liberal*, México, 23 de septiembre, en *Obras completas. Edición crítica*, t. 29, pp. 186-187.

<sup>19</sup> José Martí: "Cartas de Martí", *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, datado en Nueva York, 8 de julio de ese año, en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, p. 272.

<sup>20</sup> \_\_\_\_\_: "Cartas norteamericanas", *La Nación*, Buenos Aires, 6 de octubre de 1889, datado en Nueva York, 15 de agosto de 1889, en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, pp. 292-295. El texto se repite en

*El Partido Liberal*, México, 5 de septiembre de ese año.

<sup>21</sup> José Martí: "Cartas de Martí", *La Opinión Pública*, Montevideo, 1889, datada en Nueva York, 26 de agosto de 1889, en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, pp. 323-324.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 324.

<sup>24</sup> José Martí: "El primer Mensaje de Harrison", *La Nación*, Buenos Aires, 23 de enero de 1890, datado en Nueva York, 6 de diciembre de 1889, en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, p. 366.

<sup>25</sup> \_\_\_\_\_: "En los Estados Unidos", *La Nación*, Buenos Aires, 10 de noviembre de 1889, datado en Nueva York, 30 de septiembre de ese año, en *Obras completas*, ob. cit., t. 12, p. 335.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 335-336.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 336.

<sup>29</sup> *Ibidem*. La información de que disponemos hace pensar que Martí, a pesar de esa imagen final, no escuchó a esa persona en Boston, y lo más probable es que se valiera de lo publicado en algún periódico.

<sup>30</sup> José Martí: "Cartas de José Martí", datada en Nueva York, 23 de febrero de 1892 y publicada en *El Partido Liberal* el 5 de marzo de ese año, en *Otras crónicas de Nueva York*, ob. cit., pp. 186-189.

<sup>31</sup> José Martí: "Carta de José Martí", *El Partido Liberal*, México, 8 de abril de 1892, datada en Nueva York, 23 de febrero de ese año, en *Otras crónicas de Nueva York*, ob. cit., pp. 186-189.

<sup>32</sup> José Martí: "Cartas de Martí", *La Nación*, Buenos Aires, 9 y 10 de mayo de 1885, datada en Nueva York, 15 de marzo de ese año, en *Obras completas. Edición crítica*, t. 22, p. 61.

# *Antonio Maceo* en la historiografía cubana



OLEO: ESTEBAN VALDERRAMA.

Zoe Sosa Borjas

**L**a figura de Antonio Maceo Grajales, lugarteniente general de nuestras luchas contra el colonialismo español, siempre ha sido de interés para quienes profundizan en la historia patria y referencia obligada para comprender nuestro proceso identitario, así como al líder que trascendió al siglo xx cubano como un símbolo de patriotismo e intransigencia y fue un fiel defensor de los derechos de los negros, mestizos y sectores más humildes de la población, razones por las cuales no es casual que, desde el periodo colonial hasta nuestros días, su personalidad haya sido tema vigente en la historiografía regional, local, nacional e internacional. La presencia del mayor general Antonio Maceo en la producción historiográfica ha sido amplia y diversa; a su accionar lo acompañan disímiles aspectos, se aluden a la par análisis caracterológicos, sociológicos y psicológicos. Sin embargo, es evidente y controvertido que en la reconstrucción de la existencia de Antonio Maceo pervivan historia y leyenda, por lo que devino biografía controversial y polémica.

¿Cómo se fue formando y hasta qué punto perdura esa imagen del héroe en la historiografía?

Si bien admitimos que esta figura de trascendental participación en el proceso independentista cubano en la segunda mitad del siglo xix incentivó numerosos estudios, tradicionalmente centrados en la epopeya guerrera, y movidos por la leyenda y el mito que lo acompañaban sin prestar atención a otras facetas de la vida del mambí, es necesario tener en cuenta para entender el porqué de tal situación, que la historiografía maceísta ha transitado en Cuba por varias etapas, cada una marcada por el comportamiento del contexto político y, además, articulada con el discurso histórico por el que ha transitado nuestra historiografía.

Primero, en el convulso entramado colonial, donde se configura al hombre esencialmente de acción, al militar por antonomasia; luego, a la altura de las cinco primeras décadas de República neocolonial, la imagen de Antonio Maceo, el ímpetu, el brazo férreo de la Revolución, se convirtió en una de las más socorridas y manejadas en la plataforma ideológica de la Isla para legitimar prácticas y discursos de las más variadas tendencias. Las diferentes visiones biográficas del héroe arquetípico se asociaron a otras tantas maneras de describir su leyenda y de examinar la época. La Revolución de 1959 encabezó una modificación de lo descrito sobre el tema de la nación y la nacionalidad cubanas y, como parte de dichos procesos, la revalorización del papel de la dirigencia de las guerras de independencia del siglo xix. En la práctica, la personalidad del general Antonio no estuvo exenta de este proceso y se proyectó de manera sensible y muy lentamente hacia nuevos horizontes para gestar un proceso de renovación en sus estudios.

Las realizaciones y carencias en la creación historiográfica, las circunstancias en que tomó forma la biografía del héroe, los factores que han dibujado la imagen del ilustre guerrero, calcados y reproducidos hasta convertirse en verdades prendidas, constituyen la materia esencial de este ensayo. Nuestra indagación persigue por sobre todo el desenvolvimiento de las biografías u otras referencias, en particular las que por su osadía y polémica marcan pautas en la historiografía maceísta. Quizás no sea relevante determinar los primeros contaminadores de esas falsedades, pues son autores que muchas aportaciones veraces nos legaron también; pero un análisis exhaustivo de este tipo ayuda a esclarecer la completa y rica personalidad de tan singular figura, que aún hoy espera por las investigaciones e interpretaciones que la iluminen en toda su intensidad.



Hay una primera historiografía relacionada con Antonio Maceo, desarrollada desde su existencia y con mayor fuerza en los primeros años posteriores a su muerte (1868-1900), a la cual se le ha dedicado poco espacio, aunque resulta abundante y abarcadora de diversos géneros y estilos literarios e historiográficos. En el afán de resaltar las cualidades de héroe invencible y brillante jefe, su efecto colateral fue sustentar y complementar el mito guerrero y, en ocasiones, impidió un mejor estudio del hombre y su desempeño histórico.<sup>1</sup>

Una de las grandes lagunas en la historiografía maceísta es el desconocimiento de una serie de documentos y cartas cursadas entre destacadas figuras del independentismo cubano y el ilustre santiaguero, partes de guerra, narraciones de combates, diarios, crónicas y comentarios acerca de su destacada participación en la guerra y durante el exilio, que ofrecen luz sobre acontecimientos de los cuales fue protagonista o testigo el destacado líder del pueblo cubano.<sup>2</sup> También hay numerosas referencias en periódicos de diversos orígenes que cubrían el acontecer revolucionario, folletos, revistas y literatura de campaña, que se publicaron y divulgaron dentro y fuera de Cuba, los cuales resultaron de especial interés y valor historiográfico.

La prensa jugó una labor notable en esta primera etapa. Medios como *El Cubano Libre*, *La Discusión*, *Diario de Cuba* y *Patria* constituyen fuente imprescindible en tanto trataron la vida del insigne caudillo y, de modo particular, su caída en combate.<sup>3</sup> En *Patria*, en el año 1893, publicó Martí uno de los más hermosos reconocimientos de la valía del Títán; en esa semblanza hay dos frases en que se exalta y reconoce a plenitud la capacidad de pensador: “Y hay que poner asunto a lo que dice, porque Maceo tiene en la mente tanta fuerza como en el brazo” y “Con el pensamiento la servirá, más aún que con el valor”.<sup>4</sup>

“Con el pensamiento  
la servirá,  
más aún que  
con el valor”.

José Martí

El 16 de diciembre de 1896, se publica la que puede ser considerada tal vez como la primera reseña biográfica de Antonio Maceo, salida de la pluma de Francisco de Paula Coronado.

*El Cubano Libre* fue promotor en forma de artículo, a partir de 1899, del primer aporte de José Miró Argenter. Los apuntes que dieron origen a las *Crónicas de la guerra* se generaron en la contienda y recibieron el estímulo del propio Antonio Maceo; pero como expresó su autor, “[...] me cautiva la imagen del héroe, me arroban sus recuerdos y el esplendor de sus victorias me deslumbra [...]”,<sup>5</sup> su encargo fue situar a Maceo como la primera figura política y militar de la revolución y crear una imagen pública del líder de Baraguá. Con razón afirmó Diana Iznaga en su ensayo, “[...] estas *Crónicas*... bien podían llamarse la epopeya del general Antonio”.<sup>6</sup>

Convertidas después en grandes obras dentro de la literatura del periodo que marca la “tendencia historiográfica de campaña”, como lo describe Zanetti, que se apoyan en los recuerdos, pero también hacen un muy apreciable empleo de los archivos personales y con frecuencia reproducen total o parcialmente valiosos documentos;<sup>7</sup> o como refiere con razón Aisnara Perera, “[...] omiten hechos y elementos de juicio contradictorios en virtud de mantener la imagen monolítica del Ejército Libertador para evitar enfrentamientos, apologetizar la



epopeya y al héroe, velando valores reales para crear el halo místico alrededor de la figura”,<sup>8</sup> que hace José Miró Argenter en su obra *Crónicas de la Guerra*, a la que se le atribuye “una influencia determinante en la idealización del héroe guerrero”.<sup>9</sup>

Las referencias encontradas dentro de las publicaciones españolas son también interesantes.<sup>10</sup> En ellas hay semblanzas muy *sui generis* de Maceo, considerado desde “[...] el insurrecto al que se le daba en Madrid el tratamiento de general, hasta un mulato nacido del acaso, ignorante y vulgar al principiar la Revolución, de cultura muy escasa, arriero mísero y gañan de bueyes, peón, jornalero y cargador en el muelle de su tierra, con el oficio de bañador de caballos y otros no menos bajos, como mozo de carga en ocasiones y capataz de negradas en la época del chapeo.”<sup>11</sup>

Cada una de esas publicaciones fue promotora, sin proponérselo, de la divulgación de una imagen maceísta: unas, por la necesidad de preservar su soporte ideológico, con tendencia hacia la desmedida exaltación; otras, para demeritarlo, en lo que no dejó de desempeñar su papel el racismo, porque era el líder que los españoles no habían podido vencer jamás.

Lo cierto es que sirvieron como patrón referencial para los historiadores y también

para seudohistoriadores, oradores y repetidores de historias, o sea, toda suerte de escritores menores, que en años posteriores se acercaron al tema; lo más curioso es que muchos de ellos dieron formulación literaria a esos apuntes biográficos y repitieron mecánicamente algunas incongruencias y aseveraciones infundadas, sin tener en cuenta la documentación existente. Esas deformaciones de la historia perduraron en el tiempo, como veremos en el transcurso de este trabajo. También contribuyeron a descontextualizar el propio quehacer cotidiano del Héroe de Baraguá, aquello que lo hacía ser coherente con lo que hacía, decía y escribía.

Para argumentar la grandeza de Maceo, en una época en que la Sociedad Antropológica de Cuba se empeñaba en demostrar la inferioridad racial de los negros y la República pretendía blanquearse a contrapelo, se realizó un estudio antropológico de su cráneo, con el objetivo de exaltar de manera “patriótica” la memoria del héroe independentista.<sup>12</sup>

Ese fue el comienzo. Homenajes y loas a su entrega desatendieron su pensamiento u otro elemento que divulgara sus ideales revolucionarios; era una figura excepcional, sin antecedentes ni vínculos sociales.<sup>13</sup> Escribir sobre Maceo comenzó a convertirse en un modo de legitimar, de manera posi-

A semejanza de esta primera etapa siguió otra, la de los años fundacionales de la República y hasta finales de los cuarenta, cuando abordarlo con objetividad era, de por sí, un ejercicio de exorcismo.

Ejemplo de ello son títulos como: *Historia de Antonio Maceo: el Aníbal cubano*, de Daniel Corso Pi, que no pasa de ser un conjunto de hechos narrados sin análisis mínimo acerca de ellos; su biografiado no fue pensador, sino un guerrero; en muchos casos reproduce relatos de compañeros de armas de Maceo, tomados de la prensa española de la época.<sup>16</sup>

Sin rebasar el sentido evocador está *Próceres: Ensayos biográficos*, de Néstor Carbonell,<sup>17</sup> motivo de polémica por las ideas expuestas en lo referido a la cultura de Maceo, detalle reproducido en forma exacta a Corso Pi, y que tuvo respuesta de Gonzalo Cabrales en el artículo “El genio y la cultura de Antonio Maceo: Rectificación de un juicio”,



publicado en *El Cubano Libre* del 9 de diciembre de 1922.

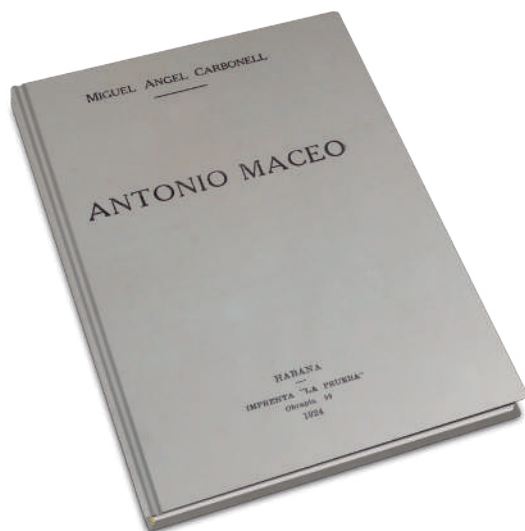
La abundante producción de discursos conmemorativos, además de ser un género que engrosó la historiografía, tiene también su cuota en el proceso de idealización del hombre. Durante la República cada año se pronunciaba casi el mismo discurso, el Maceo de cualidades excepcionales, talentoso militarmente, de un valor personal e intransigencia revolucionaria insuperable.<sup>18</sup> Una buena parte de este carácter y tonos apoloéticos cristaliza en relatos conservados por la memoria oral y el imaginario de la población cubana a lo largo de toda la República.

Gonzalo Cabrales dio en el blanco no tocado aún: la papelería dispersa de Antonio Maceo. Lo tituló *Epistolario de héroes; cartas y documentos históricos*; el texto contiene las cartas cruzadas entre Maceo y sus oficiales de igual rango y subalternos, así como otros papeles referentes a órdenes militares, conservados por María Magdalena Cabrales Fernández (esposa de Antonio Maceo) hasta su deceso en 1905, a través de los cuales se podía valorar el pensamiento y el papel que desempeñó Maceo en el desarrollo y consolidación del independentismo.<sup>19</sup> A pesar de avalar la autenticidad de los documentos, es preciso señalar que la veracidad del relato biográfico no puede ser asumida de forma absoluta, pues pese a que dice tomar los datos de las fuentes originales proporcionadas por su tía, tiene muchas inexactitudes; quizás en su interés de resaltar la figura, olvida el rigor y la objetividad a la hora de su estudio, lo que requiere una profunda decantación.

No todo, sin embargo, fue desfavorable y, a medida que el género biográfico desviado hacia lo novelado completaba la visión muy idealista y sublime que predominaba del hombre guerrero, originada desde su propia existencia y enriquecida

con posteriores escritos, algunos estudios comenzaban a participar de la controversia y polémica en torno a aspectos de la vida de Maceo como: origen de los padres, fecha y lugar de nacimiento de Antonio Maceo, nivel de educación obtenido, fecha de su matrimonio y su posible descendencia, papel de los padres en su formación, en especial, la madre, influencia del padrino de nacimiento y boda, ingreso o participación en la masonería, y fecha y lugar de nacimiento de los padres, entre otros, elementos todos que constituyen hasta hoy, pasajes polémicos de su biografía.

Era evidente que faltaba el examen acucioso, de corte científico, así como profundizar en los móviles personales de Maceo. Poco después, Miguel Ángel Carbonell publicó la biografía titulada *Antonio Maceo*,<sup>20</sup> en su afán de resaltar el patriotismo y heroicidad de uno de los próceres de la independencia, así como demostrar la capacidad del pueblo cubano para luchar contra la injerencia yanqui, esquematiza el carácter y la significación histórica del audaz revolucionario. Sin una exploración más rigurosa incluye en forma de extensas notas los datos biográficos que da del héroe; advierte para llamar la atención la diversidad de criterios en autores que le antecedieron:



Miró Argenter, Corso Pi, Néstor Carbonell y Francisco de Paula Coronado.

Miguel Ángel Carbonell sometió a somero juicio los desacuerdos sobre algunos aspectos de la vida de Maceo que para él resultaban contradictorios, algunos de los cuales habían provocado polémica anteriormente en la prensa. Para ello agrega documentos probatorios de gran valor como la partida de bautismo; pero no efectúa un análisis objetivo y crítico.<sup>21</sup>

Se ha dicho, y se ha dicho bien, que la imagen distorsionada y esquemática de la personalidad de Antonio Maceo surgió en vida del héroe y en los primeros años posteriores a su muerte, y ha provocado frecuentes divergencias historiográficas, aspectos controvertidos de su biografía que se conservan hasta hoy. De esa misma literatura surgió la imagen de un Maceo con ribetes casi legendarios.

¿Pero cómo surgió y por qué trasciende hasta la actualidad?

Fue la oratoria del influyente político e intelectual cubano Manuel Sanguily Garritte en un discurso pronunciado el 24 de septiembre de 1899,<sup>22</sup> la que echó a rodar la primera piedra sobre el origen de los padres de Maceo: Marcos venezolano y Mariana natural de Quisqueya. Estas afirmaciones se instalaron firmemente en su biografía, luego historiadores y biógrafos apuntaron similares inexactitudes y mayores confusiones aún. Autores como Miró Argenter, Corso Pi y Néstor Carbonell,<sup>23</sup> fueron muy importantes para que se alimentara esa tesis.

En tanto, la biografía, que parecía ocupar un espacio en las primeras décadas, por entonces no gozaría del mismo interés y mucho menos satisfaría plenamente las expectativas. Por años solo aparecen datos en libros de biografías colectivas y en algunas monografías históricas. Así, la memoria compleja de las guerras de independencia

comienza a deificarse, también en ediciones conmemorativas y textos escolares, en los que se limitó a recordar que “[...] la tradición heroica de la guerra grande no debía perderse, aunque sin el propósito de estorbar el proceso evolutivo del país”.<sup>24</sup> Un estilo anecdótico y divulgativo, que describía facetas y narraba épicas campañas, batallas memorables y hazañas de los grandes hombres, recorrió diversos títulos.<sup>25</sup>

Al mismo tiempo, Ramiro Guerra Sánchez publicó también una pequeña biografía del prócer para ser utilizada en las escuelas; pero en ese texto, el político y revolucionario, siempre preocupado por su superación intelectual, tiene una “personalidad forjada en una pieza de durísimo bronce, fuerte y magnífica en cualquier aspecto que se le analice”,<sup>26</sup> y sucedió que a esos niños lectores les acompañaba la imagen del Maceo de ejecutoria brillante; pero continuaban con limitaciones para captar el alcance del pensador.

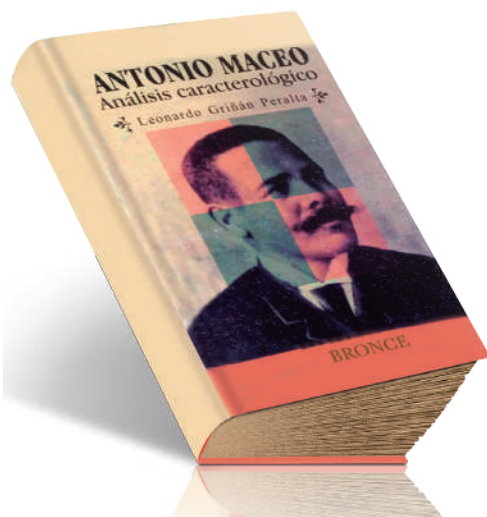
Fue Eusebio Hernández Pérez, con su libro *La personalidad de Antonio Maceo en la invasión*, quien moldea la perdurabilidad de la imagen del hombre superior. Hernández demostró a través de su estudio, en particular basándose en la eugenesia, que Maceo era un hombre excepcional, con un cerebro desarrollado. Al respecto, apuntó: “Si ese cerebro hubiera sido un órgano vulgar, con esos elementos difícilmente hubiera podido Maceo acometer las obras que desde los primeros instantes se planteó y resolvió con sorprendente brillo y precisión”.<sup>27</sup> A partir de entonces, los ancestros de Maceo eran considerados perfectos, aquel hogar modelo tenía una organización completa. Como refiere Oscar García Fernández: “Quedó abierto el camino para argumentar lo irreprochable de su educación familiar y de las acciones de Antonio Maceo”.<sup>28</sup>

Eusebio Hernández, testigo y protagonista de importantes hechos de la historia

de Cuba junto a Maceo, su compañero y amigo del destierro, ahondó en lo referente a varias creencias relacionadas con la vida del guerrero. No señaló el lugar de nacimiento de Mariana, aunque sí fijó el de sus padres en Santo Domingo, cuando otros autores afirmaban que había sido Santiago de Cuba. Avaló el marco familiar como el espacio exclusivo que formó definitivamente su personalidad; sin embargo, esta aseveración, así absolutizada, excluye u omite un número importante de factores y no esclarece suficientemente bajo qué condiciones se forjó el artífice de la invasión. Y lo más importante es que en su monografía aparece la primera referencia a la descendencia Maceo-Cabral: “[...] se había casado en 1865 y fue entonces padre de una niña de dos años”. Más adelante afirma: “[...] El teniente Maceo ha perdido un niño, de siete días de nacido, probablemente de tétanos [...]”.<sup>29</sup>

Coincidió con García Fernández, al igual que la investigadora Jean Stubbs, en que los historiadores posteriores, en lo esencial no se apartaron de la dirección trazada por Eusebio Hernández, repitiéndolo en sus detalles.<sup>30</sup>

*Antonio Maceo, análisis caracterológico*, del profesor e investigador Leonardo Griñán



Peralta, es el más original de todos los libros acerca del Titán, por ser un intento de penetración psicológica, que obtiene como producto un texto que ilumina de manera definitiva rasgos de la personalidad y la conducta de Antonio Maceo, antes no mencionados. Comparto el criterio de Juan Marinello al considerarlo como “[...] el mejor paso hacia la justa perspectiva de Antonio Maceo [...]”.<sup>31</sup> Sin embargo, de igual modo contiene un significativo error: Griñán es el primer biógrafo que afirma categóricamente que Maceo nació en Majaguabo, a pesar de que desde 1915 ya se había hecho pública su partida bautismal,<sup>32</sup> y cada uno de sus biógrafos reconocía Santiago de Cuba como su ciudad natal. Su versión del lugar de nacimiento pudo estar influenciada por la fuerte tradición oral existente y verificable hasta hoy día, que señala a Majaguabo como lugar de nacimiento.<sup>33</sup>

¿Qué sucedió después? ¿Corrigieron el derrotero quienes realmente dispusieron del tiempo y la información suficiente para profundizar en sus investigaciones? No, por esa senda se legitimó al héroe, su mitología y la razón de vida.

La producción historiográfica sorprende entonces, con un comportamiento muy interesante y complejo. Los estudiosos de la temática enfrentarían retos o escollos, entre los cuales merecen señalarse el hecho de acercarse a uno de los mitos de más alto valor político nacional, a una biografía en la que fueron legitimados y repetidos mecánicamente detalles y aspectos, sin que hubiera una constatación con fuentes orales o escritas y, finalmente, a relatos que exaltaban las hazañas del general Antonio y que no solo conmovieron a sus compañeros de ideal independentista, sino también a las generaciones sucesivas de luchadores cubanos, anécdotas que fueron transmitidas de generación en generación y que vivían



y viven en el imaginario cubano. Todo ello suscitó el surgimiento de zonas en las que convergen historia y leyenda.

Los numerosos biógrafos continuadores copiaron mecánicamente y contribuyeron a prolongar por años, esos numerosos gazapos en relación con los orígenes, la familia y el entorno de Antonio Maceo, sin la verificación debida.

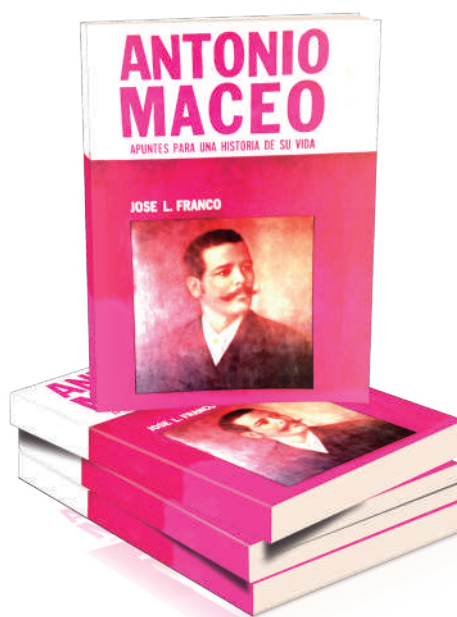
Entre los biógrafos de Antonio Maceo y sus familiares en los años cuarenta y cincuenta se hallan Emeterio Santiago Santovenia, quien encaminó sus indagaciones en relación con el carácter y la personalidad de Maceo; Gerardo Rodríguez Morejón, que obtuvo el premio Bacardí en el concurso convocado por el Senado para seleccionar la mejor biografía sobre el general Maceo, por él considerado un “modelo de perfección humana”; Rafael Marquina, que se destaca por señalar las contrapuestas opiniones en cuanto al verdadero día y año de nacimiento, matrimonio y descendencia de Antonio Maceo, aunque su obra carece de fundamentaciones y análisis. Además, Leopoldo Horrego Estuch,<sup>34</sup> quien recibió el elogio de voces autorizadas como el general del Ejército Libertador Enrique Loy-naz del Castillo quien anotó: “Mucho se ha escrito sobre la vida legendaria del vencedor de Peralejo [...] Usted ha tenido la fortuna de encontrar nuevas fuentes”;<sup>35</sup> Herminio Portell Vilá y Leopoldo Zarragoitia, que ofrecen una enorme riqueza informativa, sin aspiración a una crítica analítica.<sup>36</sup>

Por su parte, Fermín Peraza, además de publicar *Bibliografía de Antonio Maceo*, obra que fue durante muchos años el único estudio de su tipo, se destacó con su libro *Infancia ejemplar en la vida heroica de Maceo. Breviario biográfico para la juventud cubana*, que pretende presentar a su biografiado desde el ángulo de la vida hogareña, de ahí que le dedique nueve partes de la estructura general en que divide la obra, a la etapa de for-

mación del héroe; pero la visión que ofrece de este importante momento de su vida no logra concatenar de modo coherente la totalidad de factores que influyeron en la personalidad de Maceo.

Antonio Ramón Costa, en 1947, contribuyó igualmente a engrosar el mencionado género con su obra “Antonio Maceo. El héroe”,<sup>37</sup> laureada en el concurso extraordinario al premio del Senado como la mejor biografía, a pesar de que no supera los anteriores intentos biográficos. Según Antonio Iraizos, esta obra “[...] nunca entra en lo polémico [...]”.<sup>38</sup>

*Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*, del historiador José Luciano Franco Ferrán, es lo más logrado que se escribió en materia biográfica. Firme intuición, tesis osadas, ubicación en el contexto internacional, elegancia... Al final el lector queda con el sabor de haber conocido realmente al hombre; sin embargo, aun así, quedó a mitad de camino por los propios límites del trabajo.<sup>39</sup>



En 1964, Antonio Iraizos expresó su frustración porque en 1945, año del centenario del nacimiento del héroe, no se esclarecieron “aquellas lagunas advertidas”.

## **construir la historia**

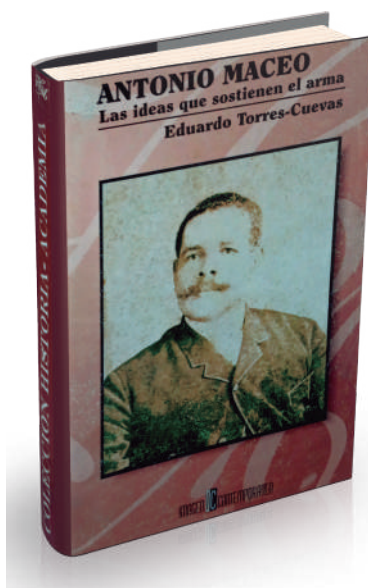
A partir del año 1960, el tema maceísta fue tratado con mucha frecuencia en fuentes publicistas y se trascendió la labor divulgativa para entrar en una indagación más profunda. Se revolucionó el esquema en el que se había enmarcado a Maceo, para presentar al hombre de pensamiento, que se elevó sobre su tiempo y conquistó un lugar en la guerra de liberación nacional y popular durante el siglo XIX.

Quizás el llamado a ahondar en el legado de su pensamiento ya estaba contenido en el discurso del entonces comandante Raúl Castro, en el mismo año del triunfo revolucionario, cuando señaló la importancia que el Titán atribuía a la lucha en el frente de las ideas, abordó facetas poco divulgadas del pensamiento maceísta y contextualizó su legado para la naciente Revolución, al expresar: “¡General Antonio, los seguidores de hoy de tu obra que quedara trunca hace medio siglo, han vuelto a recoger la bandera del 95!<sup>40</sup>

No obstante, no se volvió a escribir otra biografía hasta *Hombradía de Antonio Maceo*, de Raúl Aparico Nogales, premiada en el concurso Enrique Piñeiro de la Uneac, en 1966. La obra fue exaltada por sus valores; pero, en realidad, no se atendieron las limitaciones señaladas por el propio autor, que desde el preámbulo al libro, tras explicar sus motivaciones, reveló las dificultades que confrontó en la reconstrucción de los primeros años de la existencia de Maceo.<sup>41</sup> Quizás por ello, repitió inexactitudes, sobre todo en lo referido a los orígenes de Maceo y su familia, sin la necesaria crítica y verificación.

Contra la ponderación mayoritaria de los intelectuales cubanos, el estudioso autodidacta Candelario Hernández Larrondo hizo unas acotaciones donde trata y rectifica, entre otras cuestiones, la verdadera procedencia social del padrino de Maceo y el vínculo del prócer con la masonería. Sobre lo primero expresó sus discrepancias con la

historiografía precedente que consideró a Asencio como un hombre de letras, abogado y de familia distinguida y de alto prestigio en la sociedad santiaguera. Sin embargo, los señalamientos de Hernández Larrondo no fueron adecuadamente atendidos y las problemáticas planteadas tuvieron que esperar alrededor de treinta años para que fueran retomadas y, en buena parte, dilucidadas, por los historiadores Olga Portuondo Zúñiga, Manuel Fernández Carcassés, Joel Murlot Mercaderes y Eduardo Torres-Cuevas, entre otros.



Por supuesto, el propósito deslindador encuentra de oficio un serio escollo: una historiografía por momentos accidentada, contradictoria, con progresos y retrocesos en su paso hacia la comprensión cabal de su lugar en la historia nacional. No resulta casual que los primeros en divulgar sus apuntes biográficos sintieran la necesidad de presentar, en algunos casos, un guerrero imbatible que llamara al combate y que se convirtiera en el principal elemento de identificación para negros y blancos; otros, para justificar el sitio alcanzado en la historia por un negro de humilde cuna en

una sociedad racista, adornaron sus orígenes, al punto de presentarnos un verdadero titán. ¿Cómo entender que un mestizo, sin títulos ni estudios universitarios, destacara como figura paradigmática de la naciente República? El hecho de que tales características resultaran de difícil aceptación para los sectores oligárquicos, condicionó una interpretación sobre la vida de Maceo que, por mecanismos de poder asociados a la divulgación de ideas, tuvo una dilatada jerarquía y prevalencia en el tiempo.

Cuando se pensaba, sentía y quería un símbolo de extraordinaria extirpe que había luchado por separar a Cuba de España, se ignoraba el ideal que lo guiaba, como sugirió Roig de Leuchsenring: “Maceo es grande, sobre todo, porque el amor a la patria despierta en él sus magníficas cualidades latentes de combatiente, de organizador y de jefe, y porque las consagra, sin desmayos a la causa revolucionaria”.<sup>42</sup>

El acercamiento historiográfico confirma que se reiteran, con asiduidad, en la biografía maceísta criterios no bien fundados, que por desconocimiento o por el acomodo a una postura tradicional, se continúa ocasionalmente ignorando los nuevos hallazgos históricos que tuvieron su máxima expresión en el marco de las conmemoraciones por el sesquicentenario del nacimiento de Antonio Maceo y el centenario de su caída en combate:

- Marcos Maceo, padre de Antonio, nació en Santiago de Cuba y no en Vela de Coro, estado de Falcón, Venezuela, como tradicionalmente se ha afirmado. Los valores patrióticos adquiridos por el héroe más que encontrarse en la posible participación de su padre en las luchas antibolivarianas, radican en el vínculo de su abuelo paterno y el padre con el liberalismo español.
- Mariana Grajales, madre de Antonio, nació en Santiago de Cuba el 12 de ju-

lio de 1812 y no como se ha dicho frecuentemente en Santo Domingo.

- Antonio Maceo nació en la ciudad de Santiago de Cuba y no en las Enramadas de San Luis, como se afirmó desde los años republicanos. Los argumentos de los historiadores y, sobre todo, la documentación revelada así lo confirman.
- La historiografía tradicional aseguró que el matrimonio formado por Antonio Maceo y María Cabrales engendró dos hijos: María Caridad (nacida en noviembre de 1866) y José Antonio (nacido en 1868), ambos muertos en la manigua en medio de los rigores de la guerra. La supuesta descendencia de Antonio Maceo parece estar más vinculada a la leyenda que a lo que las evidencias históricas han aportado. El único hijo de Antonio Maceo fue el que tuvo en Kingston, Jamaica, en mayo de 1881, como resultado de su relación extramatrimonial con Amelia Maryatt, al cual prodigó la atención requerida a pesar de la distancia y el conflicto que pudo provocar en su matrimonio con María.
- Al analizar los factores que propiciaron la formación del héroe debe atenderse a criterios que enfatizan en lo social —entorno, familia y nivel educacional— sin absolutizar ninguno de ellos.
- La historiografía del siglo xx se refiere a Ascensio Asencio Ayllón, padrino de Maceo, como una persona muy influyente en la formación de su personalidad. Le otorga atributos y cualidades que lo convierten en una suerte de padrino ideal y “modelo de hombre en sociedad” de la primera mitad del pasado siglo xix, por su posición económica ventajosa, que le permitió relacionar a su ahijado con personas de un universo social distinto al suyo; poseer un título de licenciado en Derecho Civil, con la





consiguiente influencia cultural sobre Antonio; y finalmente, su condición de integrante de la masonería. Sin embargo, una abundante documentación prueba que Ascencio formó parte de una familia declarada insolvente en los años cuarenta del siglo XIX, y que gracias a nexos de linaje y parentescos que conservó por vía paterna, pudo aspirar a cargos en la administración colonial, aunque solo como funcionario de tercer nivel. Enfrentó una situación económica muchas veces precaria y carecía

del referido título de licenciado en Derecho Civil. Se ha demostrado que fue un hombre vinculado a las luchas por la independencia y que integra la larga lista de los héroes de la Patria, pues fue asesinado en 1869 junto a otros santiagueros, por conspirar contra el dominio colonial español. Así se esclarece la real identidad del padrino de Maceo y se le despoja de la serie de atributos erróneos, que lo acompañaron durante casi un siglo de historiografía maceísta, y que empezó a ser cuestionada en 1967, por Candelario Larrondo. Por otra parte, no caben dudas de que Ascencio fue quien acercó al joven a las logias masónicas del Gran Oriente de Cuba y las Antillas, en cuyas liturgias pudo encontrar las bases para una formación ciudadana y patriótica.

La necesidad de acercarnos a la posibilidad de palpar sus esencias, como sugirió Juan Marinello y así tener una más justa y objetiva perspectiva de su vida, transparenta y ratifica la valía histórica de este singular hombre, que vivió una época agitada y difícil como pocas en la historia de formación de la nación cubana.<sup>43</sup> ■

<sup>1</sup> Hay una nota en la *Bibliografía de la Guerra de los Diez Años*, de Aleida Plasencia (Biblioteca Nacional de Cuba José Martí, Colección Cubana, La Habana, 1968, p. 328), que comenta cómo estas semblanzas no contienen datos completos ni verificados y proviene en general de los órganos españolistas.

<sup>2</sup> La inexistencia de un diario personal de Antonio Maceo nos priva de un conocimiento más íntimo de su vida y de las numerosas y complejas circunstancias de su existencia en campaña.

<sup>3</sup> Sacaron a la luz los primeros apuntes biográficos de Maceo, en fotos y documentos; entre las pri-

meras se encuentran las de Maceo y su casa natal, la exhumación de los restos, y entre los segundos, las actas de nacimiento y defunción del Titán, así como extractos de documentos inéditos.

<sup>4</sup> José Martí: "Antonio Maceo", en *Patria*, 6 de octubre de 1893, en *Obras completas*, t. 4, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2007, p. 454.

<sup>5</sup> José Miró Argenter: *Cuba: Crónicas de la guerra*, Editorial El Cubano Libre, 1899, pp. 301-302. Este autor llama "controversias menudas" a temas como el de la cultura intelectual y la educación recibida por el Titán de Bronce; anotó que "su cultura intelectual era otra conquis-

ta de su voluntad batalladora", pues indica la intensa evolución intelectual de Maceo durante la Guerra de los Diez Años y posteriormente en el exilio, aunque también advirtió: "Decir que Maceo era una personalidad de sólida cultura sería exageración evidente o elogio desmesurado; pero afirmar que carecía de los adornos necesarios fuera del torneo de las armas, es solemne desatino". José Miró Argenter: Ob. cit., pp. 617-618.

<sup>6</sup> Diana Iznaga: *Presencia del testimonio en la literatura sobre las guerras por la independencia nacional (1868-1898)*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1989, p. 300.

- <sup>7</sup> Oscar Zanetti: *Isla en la historia. La historiografía de Cuba en el siglo xx*, Ediciones Unión, La Habana, 2005, p. 22.
- <sup>8</sup> Aisnara Perera Díaz: *Antonio Maceo. Diarios de campaña*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 3.
- <sup>9</sup> *Ibidem*.
- <sup>10</sup> El propio Máximo Gómez confesó que supo “[...] de los primeros rumores de lo acaecido en San Pedro por la prensa española”. Publicaciones como *La Verdad*, *La Vanguardia*, *El Domingo*, *El Imparcial*, *La Correspondencia Militar*, *Diario de la Marina*, *El Liberal* y *La Bandera Española* también se hicieron eco del suceso y contribuyeron a incógnitas y discrepancias alrededor de las 47 versiones que sobre la muerte del líder existen. El *Diccionario biográfico cubano* de Francisco Calcagno contiene una semblanza sobre la vida de Antonio Maceo que comprende hasta 1878, la información biográfica es escasa y proviene en general del órgano españolista *La Voz de Cuba*.
- <sup>11</sup> Con ningún otro jefe cubano puso el gobierno colonial español mayor empeño para desarrollar una campaña de desacreditación. La prensa periódica española de la época constata la construcción de una imagen caricaturesca sobre Antonio Maceo y un imaginario de tipo profano. Fue desprestigiado como un hombre de instintos primarios, capaz de realizar una guerra de razas, y de él expresaron, de forma persistente, como para que quedase bien grabado en la mente de todos, que era un acendrado negrero y militarista. Hasta bien entrado el siglo xx pervivió en algunos sectores de la sociedad cubana la leyenda que circularon en torno a Antonio Maceo: “el líder fue mandado asesinar por sus propios compatriotas para evitar que un negro de su prestigio emergiese en la política cubana al final de la guerra”.
- <sup>12</sup> *El cráneo de Antonio Maceo: estudio antropológico, por los doctores J. R. Montalvo, Carlos De La Torre y Luis Montané*, Imprenta militar, La Habana, 1899, pp. 3-15; también en la revista *Medicina y Cirugía*, no. 20, 25 de octubre de 1899; Archivo Nacional de Cuba (ANC): Fondo Museo Nacional, caja 17, no. 13; *El Telégrafo*, Trinidad, año 212, 5 de octubre de 1899. Fue promovido por la propia comisión y vendido a los ayuntamientos del país como parte de una campaña patriótica de alcance nacional para recoger fondos que serían destinados a la construcción de un mausoleo y al sostenimiento de la viuda.
- <sup>13</sup> Por eso se crea un entable de su partida de nacimiento, para darle el apellido del padre, porque hasta finales del siglo xix, después de su muerte, Maceo aparecía como hijo natural y, por supuesto, en aquella República no se podía concebir un Maceo hijo ilegítimo.
- <sup>14</sup> Un ejemplo paradigmático puede ser el descrito por Jorge Ibarra en *Un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, pp. 33-34. Refiere Ibarra el caso del Grupo Nacional de Acción de Arte, formado por un grupo de intelectuales que aspiraban a preservar los más altos valores de la cultura nacional, como premisa para la formación de una patria nueva. El método utilizado para desenmascarar las tendencias antinacionales era el de confrontarlas con el pensamiento revolucionario de Maceo.
- <sup>15</sup> Oscar Zanetti: *Isla en la historia...*, ob. cit., p. 20.
- <sup>16</sup> Daniel Corzo Pi: *Historia de Antonio Maceo (El Aníbal cubano)*, Imprenta Díaz y Castro, La Habana, s. a.
- <sup>17</sup> Néstor Carbonell y Rivero: *Próceres. Ensayos biográficos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1919.
- <sup>18</sup> Rafael Estenger: *Homenaje a Maceo*, Editorial Selecta, La Habana, 1945. Esta compilación contiene 33 discursos pronunciados en la Cámara, en el periodo de 1909 a 1944, “jamás interrumpida más que en los años de 1933 a 1935”.
- <sup>19</sup> Gonzalo Cabrales: *Epistolario de Héroes. Cartas y documentos históricos*, Imprenta El Siglo XX, La Habana, 1922. Reeditado en 1996, con motivo del centenario de la muerte del Titán de Bronce, con revisión y notas de la santiaguera Nydia Sarabia y el aporte sustancial de incluir en la segunda edición la documentación excluida en la originalmente preparada por su autor.
- <sup>20</sup> Miguel Á. Carbonell y Rivero: *Antonio Maceo*, Imprenta La Prueba, La Habana, 1924.
- <sup>21</sup> La partida de bautismo original de Antonio Maceo se halla en el *Libro de Pardos*, no. 17, folio 126 v, de la Parroquia de Santo Tomás. Fue inscrito como hijo natural de Mariana y no se menciona a Marcos (padre), aunque lleva su apellido. El 23 de septiembre de 1899, se hizo una enmienda en las partidas de bautismo y matrimonio de Antonio, para declararlo en ambas hijo legítimo, mediante auto del provisor y vicario general licenciado don Mariano de Juan y Gutiérrez y del arzobispo, doctor don Francisco de Paula Barnada y Aguilar. La partida enmendada se halla en el *Libro de Pardos*, no. 18, folio 338.
- <sup>22</sup> En una velada del club Calixto García, en la sociedad El Pilar.
- <sup>23</sup> José Miró Argenter: Ob. cit., p. 730; Daniel Corzo Pi: Ob. cit., p. 8; Néstor Carbonell Rivero: Ob. cit., p. 164.
- <sup>24</sup> Oscar Zanetti: Ob. cit., p. 39.
- <sup>25</sup> Rafael G. Argilagos Loret de Mola: *Patricios, Céspedes, Agramonte, Martí, Maceo*, Editorial El Arte, Manzanillo, 1927; Manuel de J. de Granda Odio: *Memoria revolucionaria*, Tipografía Arroyo Hermanos, Santiago de Cuba, 1926; Mario García Kholy: *Grandes hombres de Cuba*, Talleres Poligráficos S. A., Ferraz 72, Madrid, 1930; Juan Jerez Villarreal: *Tríptico: Céspedes, Maceo y Martí* [La Habana], [1930] (Contiene una minibiografía de Antonio Maceo).
- <sup>26</sup> Ramiro Guerra, quien era entonces superintendente general de escuelas, la publicó en el *Boletín del Ejército*, noveno, 11926, Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- <sup>27</sup> Eusebio Hernández Pérez: *La personalidad de Antonio Maceo en la invasión*, Editorial Tipos Molina y CIA, La Habana, 1931, p. 34.
- <sup>28</sup> Oscar García Fernández: “Para apreciar al héroe”, en *El Cubano Libre*, suplemento del periódico *Sierra Maestra*, Santiago de Cuba, 15 de junio de 1996, p. 3.
- <sup>29</sup> Eusebio Hernández: Ob. cit., pp. 33 y 37.
- <sup>30</sup> Jean Stubbs: “Mariana Grajales Cuello: madre política y social de Cuba”, en *Historia y Sociedad* (Registro del Departamento de Historia de

la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico), año XI, 1999, p. 37.

<sup>31</sup> Juan Marinello Vidaurreta: *Maceo. Líder y masa: Notas polémicas, en el libro de Griñán Peralta*, Publicaciones Páginas, La Habana, 1937, p. 42.

<sup>32</sup> *El Cubano Libre*, 14 de junio de 1915.

<sup>33</sup> Resulta oportuno recordar que el nacimiento de Maceo en Majaguabo fue una reivindicación sostenida por los veteranos de la independencia de la localidad de San Luis (la cual en su momento se impugnó), ello le confirió valor de reclamo casi institucional. Esta tradición oral y escrita ha pasado a otras numerosas fuentes y espacios, que han actuado como una suerte de recurso de legitimación del hecho; se pueden enumerar poesía, cancionística popular y actos públicos de carácter patrióticos.

<sup>34</sup> Leopoldo Horrego Estuch: *Antonio Maceo, héroe y carácter*, Editorial Luz Hilo, La Habana, 1943, p. 7.

<sup>35</sup> *Ibidem*.

<sup>36</sup> Herminio Portell Vilá: *Breve biografía de Antonio Maceo*, Sociedad Colombista Panamericana, La Ha-

bana, 1945 y Leopoldo Zarragoitia Ledesma: *Biografía de Antonio Maceo (A través de doce momentos decisivos de su vida)*, Editorial Lex, La Habana, 1945.

<sup>37</sup> ANC: Fondo Academia de la Historia, caja 345, leg. 2. Aparece el original mecanografiado con el título "Antonio Maceo. El héroe".

<sup>38</sup> Antonio Iraizos: *De los historiadores de Maceo*, Publicaciones de La Gran Logia, La Habana, 1965, p. 14.

<sup>39</sup> Lo más increíble es que sitúa a Maceo como nacido en Majaguabo, San Luis. Osado llega a aseverar, sin muchos argumentos, que Maceo se unió a los que depusieron a Céspedes en Bijagual. De igual modo, aseguró que, en 1893, el general, necesitado de tener contacto con los revolucionarios de la Isla, decidió encaminarse clandestinamente al interior del país, y que tras su llegada por Santiago de Cuba y su estadía en La Habana, pasó por Cárdenas y más tarde logró llegar a la ciudad de Cienfuegos, donde después de examinar detalladamente lo relacionado con el alzamiento —y presionado por la constante persecución—, regresó a Costa Rica.

<sup>40</sup> Raúl Castro Ruz: "Discurso en conmemoración de la caída en combate de Antonio Maceo", Capitolio Nacional, 7 de diciembre de 1959, en periódico *Revolución*, pp. 4 y 10.

<sup>41</sup> Aparicio anotó: "[...] tropecé con vacíos informativos [...] El vacío más desconsolador lo encontré al estudiar al ambiente hogareño que, asociado al político y social en que estaba inmerso, formó la personalidad de Antonio Maceo [...] No hay información directa alguna [...] He tenido que trabajar ese trecho de su vida con la sola iluminación que arrojan, retrospectivamente, algunos hechos de su conducta adulta, y la de sus familiares. Véase Raúl Aparicio: *Hombradía de Antonio Maceo*, Ediciones Unión, La Habana, 1967, pp. 13-14.

<sup>42</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Ideario cubano III. Antonio Maceo, Cuadernos de Historia Habanera*, no 34, municipio de La Habana, 1946, p. 12.

<sup>43</sup> Zoe Sosa Borjas: *Antonio Maceo en la historiografía cubana. El tratamiento a aspectos controvertidos de su biografía*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2015.



A black and white portrait of Máximo Gómez, an elderly man with a full white beard and mustache, wearing round-rimmed spectacles and a dark suit with a white shirt and tie. The portrait is centered in the upper half of the page.

*Máximo Gómez*

**y los partidos políticos  
durante la ocupación militar  
de Estados Unidos (1899-1902)**



Yoel Cordoví Núñez

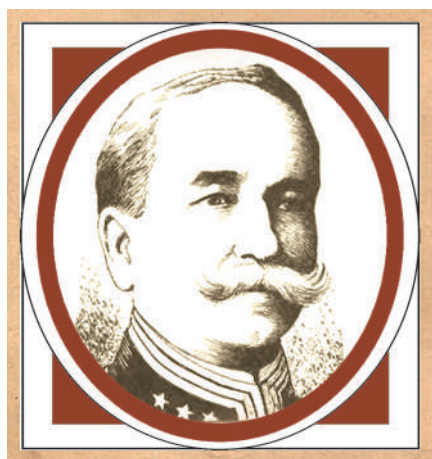
## construir la historia

La definición de los agrupamientos como presupuesto táctico para llegar al establecimiento de la República no constituyó una fórmula exclusiva del general Máximo Gómez; aunque ciertamente sus ideas impactaban en los reordenamientos de fuerzas, cualesquiera que estos fueran. Durante la ocupación militar salieron a relucir al menos tres variantes fundamentales de organización partidista entre los grupos procedentes de las filas del independentismo. Ellas son:

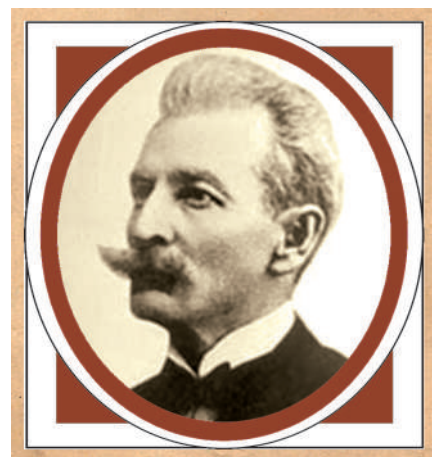
- Creación de partidos políticos con un programa común hasta que fuera establecida la república.
- Creación de partidos políticos con programas bien delimitados, de forma tal que las distintas tendencias quedaran separadas de acuerdo con su filiación política.
- Creación de una “agrupación única”.

Las dos primeras tenían en común la tradicional concepción liberal pluripartidista como estrategia a seguir. La diferencia estribaba justamente en el sistema de alianzas que era preciso concertar. Entre los adeptos a la primera variante se encontraba Juan Rius Rivera, partidario de que las organizaciones abrieran “campana simultánea y persistente”, de forma tal que el Gobierno norteamericano quedara convencido de la aspiración unánime del pueblo a ser independiente. Por su parte, Manuel Sanguily Garrite, abanderado de la segunda opción, advertía desde el periódico *La Discusión*, la necesidad de organizarse en partidos políticos, “las distintas o encontradas tendencias”. De esa forma, alertaba: “sabríamos quién era nuestro hermano y quien nuestro enemigo”.<sup>1</sup>

La tercera variante, la “agrupación única”, constituyó la primera propuesta de alianzas sustentada por Máximo Gómez, acorde con su estrategia política trazada en el convulso periodo.<sup>2</sup> En Cuba, estimaba, no debía formarse más que una sola organización con un solo objetivo: “[...] colocar en su puesto —en que todavía no está— la bandera que, ensangrentada, hemos paseado los hijos de esta tierra por los campos desolados de la patria conquistando sus derechos y defendiendo su honor”.<sup>3</sup> A tal efecto, anunciaba en un artículo publicado en el periódico *La Lucha* el 6 de junio de 1899:



Juan Rius Rivera.



Manuel Sanguily Garrite.

Debemos constituir inmediatamente un gran Centro, un Comité, un Gobierno, désele el nombre que se quiera —para que sea el director de la opinión al mismo tiempo que su legítimo representante, la encauce por los caminos de la pacificación y no se interrumpa la lenta reconstrucción del país.<sup>4</sup>

La actividad desplegada en ese sentido fue intensa. En las comunicaciones que a diario enviaba a los directores o presidentes de pequeñas instituciones, dispersas



por todo el país, insistía en la necesidad de formar una sola entidad que contribuyera “[...] a dar forma política respetable, a la suprema aspiración nacional de República”. He ahí las razones que inspiraban su carta a Martín Serviá, presidente del Club Democrático Republicano creado en Bolondrón, en la cual le advertía la necesidad de “[...] constituir la agrupación única, de todos los elementos sumados, sin exclusiones de ninguna especie”.<sup>5</sup>

En marzo de 1899 se creó el Partido Nacional Cubano (PNC) bajo la dirección del doctor Alfredo Zayas Alfonso. El organismo con la denominación de partido surgió como consecuencia de la disolución de la Junta Patriótica de La Habana presidida por el hacendado Perfecto Lacoste Grave de Peralta. El primer paso en su estructuración consistió en la formación de los comités de barrios, considerados como asambleas primarias de la entidad y encargados de resolver los intereses del Partido en cada una de sus respectivas demarcaciones territoriales, mientras que las instancias superiores estaban compuestas por las convenciones a cada nivel: municipal, provincial y nacional.<sup>6</sup>

Si bien desde un inicio el general Gómez declaró que no pertenecería a ninguna agrupación política que se formara en Cuba, su inclinación por el PNC quedó manifestada públicamente. En vísperas de las primeras elecciones municipales, el diario *La Lucha* recogió las impresiones del general al respecto. A su juicio, “[...] lo conveniente hubiera sido que hasta llegar a la República no hubiera más que un solo partido, el Nacional”.<sup>7</sup>

Las actividades del partido en La Habana durante 1900 fueron intensas. Pronto aparecieron agrupaciones con el mismo nombre en distintas zonas del país, fundamentalmente en Oriente, Camagüey y Matanzas. Desde su creación, el desenvolvimiento de la agrupación en la arena política había sido fructífero. Faltaba solo un poder fuerte que respaldara sus actos.

Las principales agrupaciones surgidas en la época —partidos, clubes y otras formas de asociación política— buscaron legitimar su funcionamiento por medio del vínculo con el pasado libertador. Lo que podía pare-



Perfecto Lacoste Grave de Peralta.

cer un momento crucial en la unidad revolucionaria no fue más que una manifestación de su descomposición. En la formación y actuación aislada de los diferentes partidos, el prestigio que significaba haber participado en la gesta de 1895, más que funcionar como factor aglutinador frente al ejército de ocupación, fue en buena medida un medio de sumar partidarios a sus respectivas campañas políticas.

Uno de los casos más representativos de esa tendencia lo encontramos en el Partido Unión Democrática, compuesto por exautonomistas y connotados miembros procedentes del campo independentista. El historiador Joel James Figarola, al reflexionar sobre lo que él denominó “la extraña alianza”, hacía referencia a la estrategia del elemento revolucionario integrante de ese partido en la búsqueda de la unidad de todos los factores dispuestos a establecer la república independiente.<sup>8</sup> Claro está, en su conformación los antiguos autonomistas



maniobraban hábilmente en la obtención de un reconocimiento político como fuerza beligerante en las nuevas circunstancias. La fusión con los componentes más radicales constituiría el necesario espaldarazo.

Por su parte, el Partido Nacional Cubano, con una base social mucho más amplia que el resto de los grupos políticos, tuvo su carta de triunfo en la figura de Máximo Gómez. Su prestigio dentro del pueblo lo convertía, de hecho, en un factor importante en la vida política del país.

El 5 de abril de 1900, la Convención Municipal del Partido Nacional decidió acoger por unanimidad la moción del Comité del Barrio de Jesús María, consistente en organizar una manifestación en honor al general Gómez por sus declaraciones públicas ante la formación del PUD. La ocasión era propicia y así lo comprendió su director, Alfredo Zayas, para redactar un documento en el cual “se rogara” al Generalísimo que “continuara inspirando” la labor de la organización.<sup>9</sup>

Fue este un primer momento de definición en la concepción de los partidos sustentada por Gómez. El 5 de junio de 1899, en una proclama del general al pueblo cubano, manifestaba: “Ya no hay autonomistas, ni conservadores. Todo eso pasó ya a la Historia para no volver jamás. Ya no debe haber sino cubanos”.<sup>10</sup> Sus esfuerzos conciliatorios quedaron plasmados en las cartas cruzadas con el líder autonomista Eliseo Giberga y Galí, en las cuales le proponía marchar juntos “a la gran obra nacional de la paz y del establecimiento de la República”.<sup>11</sup>

Sin embargo, la reorganización del autonomismo como fuerza política, a poco de celebrarse las primeras elecciones municipales, impuso cambios en la expresión de sus ideas. El 29 de marzo de 1900, el periódico *Patria* publicó una extensa declaración del Generalísimo en la que condenaba la formación del Partido Unión Democrática.

Ninguno más que yo, y creo que fui el primero, ha predicado con mayor sinceridad la unión y la concordia entre todos los elementos de este país [...] Pero de eso a que los enemigos encarnizados de ayer entren de lleno a ayudar (y eso contando con su sinceridad política dudosa) a constituir el país, existe



Alfredo Zayas Alfonso.

notable diferencia. Ellos, por decoro político, por miramientos a su respetable condición, se ven vencidos, deben esperar a que la Revolución termine su obra grandiosa de constituir la República.<sup>12</sup>

Los términos en que están planteados sus argumentos no dejan margen a dudas. La búsqueda de la unidad de todos los elementos, más allá de las tendencias políticas que representaban, funcionaba como principio táctico en el establecimiento de la república. Para lograr ese objetivo, Gómez comprendió la necesidad de atraer la mayor cantidad de individuos posibles en torno a lo que debía ser la agrupación única: “Si no perdonamos, y olvidamos, y sumamos y sabemos esperar, iremos al desencanto y a la muerte de nuestro ideal sagrado”.<sup>17</sup> Ahora, las tareas a cumplir en un país ocupado militarmente por un “poder extraño” y que contaba, además, en el interior con “aliados velados con el más refinado patriotismo”, solo podían estar dirigidos —a su

juicio— “por hombres genuinamente cubanos, revolucionarios”.<sup>13</sup>

El 12 de junio de 1900, cuatro días antes de celebrarse las elecciones municipales, el general dominicano-cubano aconsejaba al pueblo por medio del periódico *La Lucha* la necesidad de que “[...] se fuese a buscar a las filas del ejército disuelto a los candidatos para las alcaldías”.<sup>14</sup> La propuesta formaba parte de una táctica muy bien concebida. En las cartas que dirigiera a Alejandro Rodríguez Velazco, presidente de la Convención Municipal del Partido Nacional Cubano y primer alcalde de la ciudad, y posteriormente a su sustituto, el antiguo secretario de Justicia, doctor Miguel Gener y Rincón, incluía los listados de individuos que, a su entender, debían ocupar los cargos públicos. La argumentación de sus actos llevaba implícita una búsqueda de definición de tendencias políticas, mediante el fortalecimiento de la representación revolucionaria que debía componer la agrupación única.

Esta fuerza, de acuerdo con los criterios de Gómez, había que buscarla en “la ramificación popular”, a su juicio, “la mejor seguridad del que manda”. En uno de sus mensajes al alcalde Alejandro Rodríguez, luego de recomendarle a Jacinto Las-tra para un puesto administrativo, le aconsejaba: “[...] a esos hombres del Pueblo, por el que nos hemos sacrificado, son a los que V. debe colocar”.<sup>15</sup>

Para esta labor se apoyaría también en el general Bernabé Boza Sánchez, alcalde municipal de Santa María del Rosario, y Fernando Figueredo Socarrás, subsecretario de Estado y Gobernación durante el gobierno militar del general John Brooke. En una de sus misivas a Figueredo, fechada el 26 de septiembre de 1901, le solicitaba un puesto para Francisco Arredondo Miranda, afirmando que “[...] de esos hombres así es que se debe formar la base de la República”. La respuesta no se hizo esperar y en la misiva se decía: “Esta es una orden, por mi parte será cumplida”.<sup>16</sup>

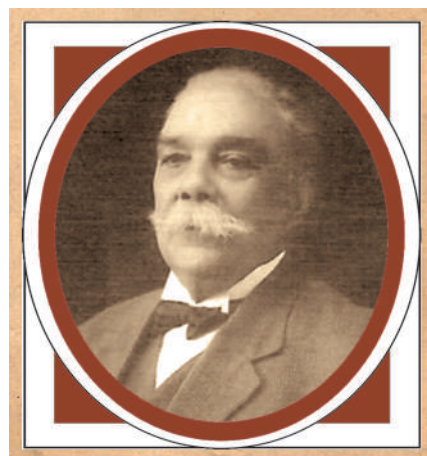
Es decir, se imponía fortalecer la línea de pensamiento revolucionaria en condiciones de gestión política y administrativa. Para Gómez, el PUD constituía el renacimiento del autonomismo como tendencia con formas diferentes. Las causas de este



Alejandro Rodríguez.



Bernabé Boza Sánchez.



Fernando Figueredo Socarrás.

fenómeno las atribuyó a la falta de unidad del elemento revolucionario: “Nos dividimos y ahí tiene Vd. el resultado”, expresó en una entrevista concedida al periódico *Patria*.<sup>17</sup>

### **Segundo momento de definición**

Hemos visto cómo a partir del reagrupamiento de los exautonomistas en un nuevo partido, la concepción de “agrupación única” sostenida por Máximo Gómez ganó en definición con respecto a sus postulados unificadores iniciales. A partir de ese momento, dentro de su táctica de unidad y concordia, quedó delimitada la posición que debía asumir cada una de las tendencias políticas en el establecimiento de la república.

Nuevos acontecimientos, posteriores a las primeras elecciones municipales, condicionaron un segundo momento de definición. El retraimiento del PUD en los comicios electorales, por un lado, y por otro, el triunfo de los candidatos del PNC en la mayoría de las regiones del país fueron hechos que contrariaron la urdimbre de artimañas políticas confeccionada por el gobernador general de la Isla, Leonard Wood.

Una vez más quedaba demostrada la imposibilidad del establecimiento de vínculos “orgánicos”, variante formulada por el presidente William McKinley para las relaciones con Cuba.<sup>18</sup> La Orden Militar no. 301, fechada el 25 de julio de 1900, dejaba expedito el camino para el ensayo de lo que sería el experimento republicano.<sup>19</sup> Por medio de ella se ordenaba la elección de los delegados a la Convención, que debían redactar y adoptar una constitución para el pueblo de Cuba y como parte de ella acordar con el Gobierno de Estados Unidos las relaciones que habían de existir entre aquel y el de Cuba.

Desde el propio mes de septiembre, fecha en que se efectuaron las elecciones para la Convención Constituyente, Máximo Gómez condenó, en cartas a personas de su confianza, el decreto estadounidense mediante el cual disponían que las relaciones entre Cuba y Estados Unidos fueran tratadas como materia constitucional. Le preocupaba la “mala cohetilla” que arrastraba la Convención que habría de

llegar. Más tarde, y sobre la base de esos criterios, expresaría al general Boza: “República sí tendremos General de eso no le quede a usted la menor duda” —pero advertía— “lo que sí tenemos es que pensar con la calma y la prudencia que reclaman estos asuntos, cuál será la forma más conveniente en su parte exterior”.<sup>20</sup>

Lo expuesto explica la importancia que desde un inicio le concedió Gómez a la elección de los constituyentes. En sus proclamas al pueblo cubano le aconsejaba ser “muy atinados” en la elección de los hombres que constituirían la Convención, encargada “de levantar los cimientos del templo de las libertades cubanas”. El alto cuerpo, como lo definió, debía ser “[...] un organismo compuesto de hombres genuinamente cubanos, revolucionarios, siendo ella como es la resultante hermosa de la revolución”. Y al efecto alegaba: “Sin descender de sus puestos, sin faltar a los deberes sagrados que impone el honor, no se puede, no se debe dar cabida en aquella magna congregación de amigos, de hijos de la patria libre, a ninguno que ayer la infamó”.<sup>21</sup>

La preocupación de Máximo Gómez por los “enemigos de ayer” respondía a su percepción del espacio político que alcanzaban esos elementos. Los sectores liberales más conservadores reordenaron en las nuevas circunstancias sus quebrantadas instituciones corporativas y buscaron, en los partidos formados, el indispensable sostén político, por medio del cual poder encauzar sus demandas económicas.



En ese marco de agudas confrontaciones políticas y a raíz de la elección de los constituyentes, Máximo Gómez por primera vez expresó el término de “partido”, para definir la filiación de los elementos “separatistas”. La agrupación era “la de la independencia del país”, que promulgaba la capacidad del cubano “de gobernarse por sí mismo”. Esa declaración, publicada en el periódico *El Cubano*, excluía, de hecho, a las tendencias opuestas al movimiento revolucionario del único partido que debía componer la asamblea encargada de redactar la Constitución de la República. De ahí que su pregunta al pueblo estuviera encaminada a precisar posiciones dentro del concierto de fuerzas que pugaban en la arena política: “¿Se debe confiar esta obra a los que se armaron para combatir la revolución, o a los cubanos revolucionarios?”.<sup>22</sup>

El peligro para “la patria”, según palabras de Gómez, era mayor en esos momentos que en los tiempos de la ofensiva despiadada del general español Valeriano Weyler: “[...] tenemos al extranjero metido en casa y es cuerdo pensar que sin que él lo solicite, han de sumársele las fuerzas todas que un día estuvieron frente a frente de la Revolución”.<sup>23</sup>

Solo así se explicaba, concluía el general dominicano-cubano, el valor del Congreso de Estados Unidos para implantar la Enmienda Platt y hablar en términos de anexión de la Isla a esa república. Contaban con determinados grupos en el país, que “al parecer muertos o dispersos pertenecientes a los antiguos partidos Autonomistas y Conservadores”, se inclinaban a defender lo que consideraban “el salvador eterno predominio” garantizado por dicha enmienda.<sup>24</sup>

Ante el peligro que amenazaba con distorsionar y barrer los ideales de república de Máximo Gómez, su concepción sobre los agrupamientos se definió aún más. Quedaban delimitadas así, con mayor nitidez, las tendencias que debían enfrentarse en el futuro escenario republicano. A su entender, en Cuba debían existir solo dos partidos: “el Separatista y el Conservador, o llámeselos con otros nombres, si se quiere”.<sup>25</sup>

El Partido Separatista, definido con anterioridad, estaría integrado por los partidarios de la independencia absoluta y el gobierno propio. Por otra parte,

el Conservador, que consideraba en proceso de gestación, lo formarían “todos los elementos más valiosos del país” por “el dinero” que poseían y por “la masa intelectual” que arrastrarían consigo. Consideraba su programa sustentado en el criterio de que el pueblo cubano, “tan sufrido y tan heroico”, no estaba capacitado para “gobernarse a sí mismo”.<sup>26</sup>

Esa nueva concepción no llegó a trascender, en dicha etapa, el marco de sus reflexiones. Sus criterios al respecto los confió solamente a determinadas figuras, bajo el más estricto secreto, o quedaron plasmados en la intimidad de sus escritos. El proceder de Gómez es explicable, si tenemos en cuenta que para él la estabilidad del país constituía un requisito esencial para que la república independiente fuera reconocida por el gobierno interventor. La imagen en el exterior debía ser de unidad ante la consecución de un proyecto y no de división y pugnas entre partidos.

El general no hacía más que preparar el terreno para enfrentar lo que evidentemente se dibujaba en el horizonte político insular. La nueva organización partidista que adoptaría la república una vez constituida exigía no solo la delimitación de las tendencias que incidirían en su destino, sino también el fortalecimiento y preponderancia de la entidad separatista en la confrontación política a la que estaría abocada.

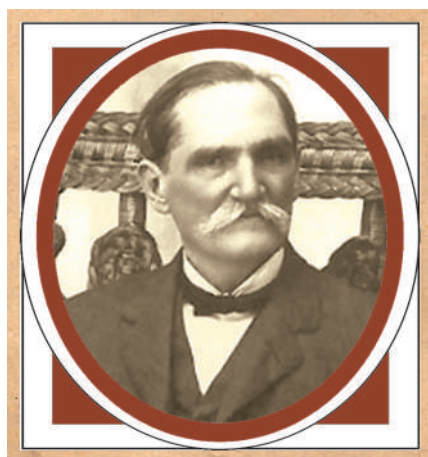
Había que implantar, al decir de Gómez, “una política de atracción”, encaminada a aunar fuerzas sobre la base de dos componentes

## construir la historia

esenciales: en primer lugar, el pueblo, como constante en sus prédicas unificadoras. “En el Pueblo —afirmaba— está la razón de nuestra existencia, y con el Pueblo y por el Pueblo estaremos, aún cuando agotemos toda la amargura del cáliz”.<sup>27</sup> El otro componente estaba integrado por los atomizados grupos del independentismo. Si en un principio consideró muy difícil la unidad de los principales partidos que sustentaban el ideal de la revolución, en las nuevas circunstancias creía indispensable, y así lo expresó: “[...] promover una fusión de todas las agrupaciones políticas, en que más por cuestión de forma y un poco de personalismo —que no por desacuerdo en el fondo— se encuentra desgraciadamente dividida la opinión”. Las consecuencias de la desunión podían ser lamentables. A tal efecto indicaba: “De esa ofuscación o pueril desavenencia [...] puede sacar muchas ventajas el partido opuesto, el reaccionario ensanchando sus filas con los descontentos o despechados”.<sup>28</sup>

Si bien el general solo expresó públicamente sus criterios con respecto a la organización de los dos partidos políticos a raíz de la reelección de Tomás Estrada Palma afiliado al recién constituido Partido Moderado, en 1904, las gestiones de acercamiento, en medio de la desunión, con elementos importantes provenientes del campo independentista formaron parte de un activismo político intensificado en torno a la elección de la presidencia de la República, lo que parecía ser el momento crucial de materializar sus propósitos unificadores. Y de ahí su propuesta de candidatura: Estrada Palma/Masó.

En efecto, Máximo Gómez admiraba a Tomás y no es de dudar que buscara en su persona al líder necesario en aquellas circunstancias. En una carta a la puertorriqueña Lola Rodríguez de Tió le expresaba: “Si a algún hijo de Cuba se le puede titular inmaculado, es a Tomás E. Palma”.<sup>29</sup> Además, la devoción y el respeto hacia la persona de Estrada Palma no eran exclusivos del Generalísimo. Múltiples fueron los mensajes de apoyo a su candidatura y de felicitaciones al general por la acertada selección para la magistratura del país. De estas demostraciones no escapó el mismísimo Bartolomé Masó, quien, en carta dirigida al general Gómez, luego de



Tomás Estrada Palma.



Bartolomé Masó Márquez.

afirmarle que él no estaba en condiciones de asumir la presidencia de la República, le confiaba su parecer sobre los dos únicos candidatos aptos para ocupar ese cargo: Máximo Gómez y Tomás Estrada Palma.<sup>30</sup>

En ese consenso radicaba la posibilidad unificadora que le atribuía Gómez a la candidatura de Estrada Palma. La formación de un frente único de todas las agrupaciones revolucionarias en torno a la figura de Estrada podría ser el precedente que diera origen al “partido sepa-

ratista”, la entidad política sólida que se opondría a los grupos “reaccionarios”, a su entender, en proceso de organizarse en el “partido conservador”.<sup>31</sup>

Las manifestaciones al pueblo que, desde su residencia en Calabazar, se iniciaron promoviendo la “solución patriótica” de alcanzar la unidad en torno a la candidatura Estrada Palma-Masó comenzaron a extenderse al resto de las provincias. Como acertadamente afirmó el abogado Horrego Estuch: “Gómez se echa la empresa de la elección de Estrada Palma con la pasión de que está realizando la obra complementaria de la guerra”.<sup>32</sup>

Con casi 70 años de vida y con la fuerza moral que lo acompañaba, efectuó recorridos por Matanzas, Cienfuegos, Camajuaní, Remedios, Santa Clara, Nuevitas y Camagüey. En los contactos diarios con la población, por cierto no en todos los casos bien acogidos,<sup>33</sup> el general insistía en la unión alrededor de los candidatos mencionados.

En igual sentido gestionó la unidad de las entidades independentistas. Quizás fuera ese el momento de mayor posibilidad de fusión desde el inicio de la ocupación militar. En más de una ocasión figuras de prestigio dentro del movimiento de liberación nacional se reunieron, sin distinción de partidos políticos, para debatir sobre el proceso electoral que se avecinaba y, fundamentalmente, en torno a lo relacionado con los candidatos más convenientes para los destinos del país.

Los resultados de esas discusiones permitieron constatar el acierto de Máximo Gómez en la promoción de sus candidatos en cuanto a la posibilidad de respaldo y unión por parte de la fragmentada dirigencia independentista. El 21 de septiembre de 1901 se efectuó una reunión en La Habana, con el fin de conocer los puntos de vista de Tomás Estrada Palma de acuerdo con un cuestionario que semanas antes le habían hecho llegar por medio del general Juan Rius Rivera. En el citado encuentro fueron aprobados sus criterios por amplia mayoría de 23 votos a favor y dos en contra, a pesar de considerarlos ambiguos y poco diáfanos. El 28 de septiembre, en un manifiesto al país, quedó lanzada oficialmente su candidatura.<sup>34</sup>

Nótese la importancia que en todo momento le confería el general Gómez a la candidatura de Bar-

tolomé Masó para la vicepresidencia de la República. El hecho de promover a Estrada Palma como presidente no significaba entablar una lucha comicial con el candidato opuesto. En una carta abierta al presidente del Comité del Barrio de Monserrate, el 10 de agosto de ese año, después de rechazar una vez más la presidencia, le manifestaba: “[...] yo creo que los dos hombres llamados a ocupar la Presidencia y la vicepresidencia de la República son: Para el primer puesto el Sr. Tomás E. Palma, y para el segundo puesto el General Bartolo Masó”.<sup>35</sup> Dos meses después de esta respuesta, el Partido Nacional Cubano le remitió una carta al general Masó en la que le informaba la decisión unánime de proclamar por medio del sufragio la candidatura de Estrada Palma para la presidencia de la república y la suya para la vicepresidencia.<sup>36</sup>

Sin embargo, la esperada unidad no logró materializarse. Bartolomé Masó aceptó su postulación por la coalición del PUD con el Partido Republicano Independiente de Juan Gualberto Gómez. Para mayor contradicción, Masó en carta a Salvador Cisneros Betancourt le expuso: “El general Gómez, yo le aseguro a Vd. que perderá inútilmente su tiempo conmigo, ninguna combinación suya será aceptada ni tenida en cuenta por mí”. Lamentaba, igualmente, la “descortesía” de Gómez al postergarlo injustificadamente en su candidatura, y concluía: “Su anzuelo, aunque sea de oro, como Vd. dice, no nos pescará ni a Vd. ni a mí”.<sup>37</sup>




Al rechazar el patriota bayamés la propuesta de Gómez, sentaba las bases de lo que sería la formación de dos grupos políticos. Por una parte, la Coalición Pro Masó, aupada por un conglomerado heterogéneo de tendencias políticas, incluidas las más conservadoras, sostenidas por los elementos contrarios a la revolución. Por otra, se encontraba la inestable Coalición Nacional Republicana, lograda con algún acierto solo en la provincia de La Habana, aunque más homogénea en cuanto a la procedencia independentista de sus integrantes.

Es sabido que el primer presidente de la república no respondió a las expectativas del general Gómez y que las brechas abiertas por la desunión de los independentistas cubanos facilitaron el desplazamiento de los sectores más radicales del liberalismo insular por los sostenedores del conservadurismo, incluidos quienes se habían opuesto a la revolución, al tiempo que se le facilitaba la política hegemónica de Estados Unidos en la excolonia hispana y, por consiguiente, en la región. No en vano el Generalísimo aducía, como preocupación fundamental en aquellas circunstancias, al hecho de no encontrar “[...] en el seno de nuestra República de mañana otras fuerzas que oponer a las fuerzas avasalladoras que como ley fatal han de ejercer los americanos en América”.<sup>38</sup>

Frustrados sus proyectos de unidad colegiados en las altas esferas de los partidos, mantuvo su quehacer político luego de establecida la República. Bien mediante proclamas, consejos, palabras o a través de artículos en la prensa o entrevistas concedidas a pe-

riodistas, expuso con claridad meridiana sus consideraciones acerca de la situación del país en los no menos convulsos primeros años republicanos:

Nunca como en estos momentos me he sentido dispuesto a dar mis consejos de buen amigo a los cubanos, que no porque la paz y la victoria me obligaron a dejar tranquila la espada en la vaina, he de enmudecer como un soldado mercenario a quien se le paga y despide. No; que mi deuda de amor contraída con el pueblo cubano es inmensa, y será eterna para mí y los míos.<sup>39</sup>

No podía ser de otro modo. Confiaba en el pueblo: “En el Pueblo —afirmaba— está la razón de nuestra existencia, y con el Pueblo y por el Pueblo estaremos, aún cuando agotemos toda la amargura del cáliz”.<sup>40</sup> Y a quienes lo tildaban de extranjero, servible solo en tiempos de guerra..., les respondía, como para no dejar dudas de su ineludible activismo político: “el General Máximo Gómez siempre está en la manigua”.<sup>41</sup> 

<sup>1</sup> Manuel Sanguily: “Por Cuba o contra Cuba”, en *La Discusión*, 1.º de agosto de 1899, en Rafael Cepeda: *Manuel Sanguily frente a la dominación yanqui*, La Habana, 1986, p. 232.

<sup>2</sup> Sobre esta concepción de “estrategia política” en el general Gómez, véase Yoel Cordoví Núñez: *Máximo Gómez. Utopía y realidad de una república*, Editora Política, La Habana, 2003.

<sup>3</sup> Máximo Gómez: «Proclama al pueblo cubano», 5 de junio de 1899, en Emilio Roig de Leuchsenring:

*Ideario Cubano II. Máximo Gómez, Cuadernos de Historia Habanera*, 1936, p. 144.

<sup>4</sup> “Declaraciones de Máximo Gómez en el periódico *La Lucha*, 6 de junio de 1899, en Mario Averhoff Purón: *Los primeros partidos políticos*, La Habana, 1971, p. 33.

<sup>5</sup> Máximo Gómez: “Carta a Martín Servia”, abril de 1899, en Archivo Nacional de Cuba (ANC): Fondo Máximo Gómez, leg. 20, no. 2892.

<sup>6</sup> El programa del Partido Nacional Cubano quedó plasmado en el “Ma-

nifiesto de la Convención Municipal de La Habana al País” el 23 de febrero de 1900. En el plano político planteaba la división del gobierno en tres poderes: el ejecutivo, un legislativo ilustrado que representara los intereses de los distintos grupos y sectores de la sociedad, y un poder judicial independiente. Desde el punto de vista social se pronunciaba a favor de las libertades del individuo, el respeto y protección a la familia y a la propiedad; así como de la difusión de la instrucción pú-

- blica en sus diversos grados, entre otras cuestiones. Por último, en el plano económico, abogaba por mayores franquicias comerciales basadas en la reciprocidad, la protección a la producción nacional y la organización de un sistema de rentas que regulara la vida económica de las corporaciones municipales.
- <sup>7</sup> Máximo Gómez: "Aclaraciones necesarias", en *La Lucha*, La Habana, 12 de junio de 1900.
- <sup>8</sup> Joel James Figarola: *Cuba 1900-1928: la República dividida contra sí misma*, La Habana, 1974, pp. 76-101.
- <sup>9</sup> *La Lucha*, La Habana, 5 de abril de 1900.
- <sup>10</sup> Máximo Gómez: "Proclama al Pueblo Cubano", 5 de junio de 1899, en Emilio Roig de Leuchsenring: Ob. cit., p. 145.
- <sup>11</sup> Máximo Gómez: "Carta a Eliseo Giberga", 3 de febrero de 1899, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 22, no. 3009.
- <sup>12</sup> "Habla el General Máximo Gómez", en *Patria*, 29 de marzo de 1900.
- <sup>13</sup> Máximo Gómez: "Carta a José M. Capote", 20 de mayo de 1899, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 21, no. 2904.
- <sup>14</sup> \_\_\_\_\_: "Dos palabras de consejo a mis amigos cubanos", 20 de agosto de 1900, en Bernabé Boza: *Mi diario de la guerra*, t. II, La Habana. 1974, p. 311.
- <sup>15</sup> \_\_\_\_\_: "Aclaraciones necesarias", en *La Lucha*, 12 de junio de 1900.
- <sup>16</sup> \_\_\_\_\_: "Carta a Fernando Figueredo", 26 de febrero de 1901, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 29, no. 3772.
- <sup>17</sup> "Entrevista con el General Máximo Gómez", en *Patria*, 8 de abril de 1900.
- <sup>18</sup> "Mensaje del presidente estadounidense William McKinley al Congreso Federal", 5 de diciembre de 1899, en Ramiro Guerra y otros: *Historia de la nación cubana*, t. VII, Editorial Historia de la Nación Cubana, La Habana, 1952, pp. 44-45.
- <sup>19</sup> *Ibidem*.
- <sup>20</sup> Máximo Gómez: "Carta a Bernabé Boza", 15 de marzo de 1901, en *La Lucha*, 23 de marzo de 1901.
- <sup>21</sup> \_\_\_\_\_: "Dos palabras de consejo a mis amigos cubanos", 20 de agosto de 1900, en Bernabé Boza: Ob. cit., p. 311.
- <sup>22</sup> "Carta publicada por el Generalísimo Máximo Gómez en el periódico *El Cubano*", Calabazar, 22 de agosto de 1900, en Bernabé Boza: Ob. cit., p. 316.
- <sup>23</sup> Máximo Gómez: "Porvenir de Cuba" [s. f.], en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 22, no. 3081.
- <sup>24</sup> *Ibidem*.
- <sup>25</sup> Máximo Gómez: "Carta a Sotero Figueroa", Calabazar, 8 de mayo de 1901, en Emilio Rodríguez Demorizi: *Papeles dominicanos de Máximo Gómez*, Editorial Montalvo, República Dominicana, p. 396.
- <sup>26</sup> *Ibidem*, p. 394.
- <sup>27</sup> *Ibidem*.
- <sup>28</sup> Máximo Gómez: "Porvenir de Cuba" [s. f.], en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 22, no. 3081.
- <sup>29</sup> \_\_\_\_\_: "Carta a Lola Rodríguez de Tió", 11 de octubre de 1900, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 21, no. 2927.
- <sup>30</sup> Bartolomé Masó: "Carta a Máximo Gómez", 17 de abril de 1901, en ANC: Fondo Máximo Gómez, leg. 21, no. 2941.
- <sup>31</sup> Máximo Gómez: "Carta a Sotero Figueroa", 8 de mayo de 1901, en Emilio Rodríguez Demorizi: Ob. cit., p. 396.
- <sup>32</sup> Leopoldo Horrego Estuch: *Máximo Gómez, libertador y ciudadano*, La Habana, 1948, p. 233.
- <sup>33</sup> En Camagüey la acogida no fue muy favorable. El mitin en la sociedad El Liceo no pudo celebrarse por el bullicio y hasta el lanzamiento de piedras hacia el balcón donde se hallaba Máximo Gómez. Véase de Orestes Ferrara: *Mis relaciones con Máximo Gómez*, Molina y Compañía, La Habana, 1942, p. 235.
- <sup>34</sup> Rafael Martínez Ortiz: *Cuba, los primeros años de su independencia*, t. I, París, 1929, pp. 359-370.
- <sup>35</sup> *La Lucha*, 12 de agosto de 1901 (Máximo Gómez gestionó su reproducción en todos los periódicos de la Isla).
- <sup>36</sup> "Comités de Barrio del PNC a Bartolomé Masó Márquez", 9 de octubre de 1901, en Mario Averhoff Purón: Ob. cit., p. 105.
- <sup>37</sup> Bartolomé Masó: "Carta a Salvador Cisneros Betancourt", 8 de agosto de 1901, en ANC: Fondo Donativos y Remisiones, caja 309, no. 49.
- <sup>38</sup> Máximo Gómez: "Carta a Sotero Figueroa", 8 de mayo de 1901, en Emilio Rodríguez Demorizi: Ob. cit., p. 396.
- <sup>39</sup> *La Lucha*, La Habana, 3 de diciembre de 1904, en Emilio Roig de Leuchsenring: Ob. cit., p. 168.
- <sup>40</sup> *Ibidem*.
- <sup>41</sup> *Ibidem*, p. 169.

# Conexión cero: la Zona Franca y Turística Especial

## de Isla de Pinos (1955-1959)



**Roberto Francisco Unger Pérez**

**L**a investigación acerca de la Zona Franca y Turística Especial de Isla de Pinos<sup>1</sup> contribuye a la solución del problema referido al escaso conocimiento del tema a causa de la limitada existencia de fuentes documentales y orales. La condición insular subordinada a Cuba y “última frontera” es un factor importante para la promoción de mecanismos económicos, políticos y jurídicos que propicien el control nacional. En la época de la dependencia de España, se creó la colonia Reina Amalia con ventajas expuestas en sus bases fundaciona-

les como puerto libre y exento de impuestos. Durante la etapa neocolonial, se caracterizó por las condiciones creadas a causa del “limbo jurídico” que sobre su jurisdicción generó la aprobación de la Enmienda Platt, y después del triunfo de la Revolución, por los cambios en la división político-administrativa, que la transformó de región de La Habana a municipio especial.

La zona franca es un territorio delimitado con beneficios tributarios. Por lo general, se establecen en lugares apartados o extremos con el fin de promover el desarrollo



económico de una región en particular. En ellas suelen crearse grandes centros de compra en almacenes *in bond*. Con frecuencia también se instalan maquiladoras<sup>2</sup> en parques industriales.

La Zona Franca y Turística Especial de Isla de Pinos funcionó entre 1955 y 1959, y formó parte de la política económica del gasto compensatorio<sup>3</sup> del gobierno de Fulgencio Batista. Sus propósitos la conectaron con negocios de gran envergadura en la región del Caribe y en Estados Unidos. El diseño inicial, en apariencia, preveía la integración de Isla de Pinos al archipiélago cubano a través de la conexión con el fallido canal Vía Cuba,<sup>4</sup> e involucraba las zonas francas del puerto de Cienfuegos, Matanzas y el parque industrial de Mariel. La zona franca pinera tenía un propósito solapado, que era la separación económica de Isla de Pinos del territorio nacional, para convertirlo en un paraíso fiscal.<sup>5</sup> De esa manera la tan anhelada conexión económica con el país quedaba anulada. Con esa forma de instrumentar la política se cambió el mecanismo económico de dominación neoco-

lonial de inicios del siglo xx mediante una base naval y carbonera para el control militar del canal istmeño, luego sustituido por la estimulación de su colonización por *farmers* yanquis. La variante de la zona franca tenía similares ventajas en el orden estratégico, pues significaba el control absoluto del territorio económico pinero. De hecho, la concepción general de dicho proyecto tenía un alcance regional, en gran parte del mar Caribe, con la pretensión de convertir sus aguas interiores (bahías y puertos) en escenario principal que se ponía en función del capital procedente de Estados Unidos y del grupo de poder aliado de la oligarquía cubana.

Ese negocio de gran alcance comprendía operaciones comerciales de importación y exportación, desarrollo del turismo y de bienes raíces. Las primeras tenían el objetivo de introducir mercancías desde Estados Unidos, libres de impuestos, para reinsertarlas en el mercado habanero a precios ventajosos; la segunda, al igual que en el resto del país, era la vía para desarrollar casinos de juegos y captar dinero



El emblemático hotel Colony fue una de las construcciones que se edificaron en la época con destino al turismo.

fácil; mientras que la tercera, además de servir para la venta especulativa de terrenos y fincas rústicas, aseguraba la construcción de repartos turísticos, caminos, carreteras y puentes, con financiamiento de instituciones paraestatales y facilitaba la apropiación del dinero público por los colaboradores más cercanos al presidente de la República.

El informe Truslow influyó de manera decisiva, pues recomendaba para todo el país el desarrollo del turismo, la exención de impuestos y el auge inversionista, tanto estatal como privado, que se conjuga con la política del gasto compensatorio y es parte del plan económico-social imperante desde 1954, centro de la política económica del batistato.

Para Isla de Pinos se limitó a promover un tipo más temprano de fruta cítrica.<sup>6</sup> Dicha política se manifestó con más precisión a partir de enero de 1955, cuando todo el territorio de la isla, y hasta 15 millas náuticas, adquirieron el estatus de Zona Franca y Turística Especial, mediante la aprobación de la Ley-decreto no. 2071 de este mismo año, en lo cual su condición de isla influyó particularmente.<sup>7</sup> De ella se derivaba el Decreto Presidencial no. 3014, a través del cual se eliminaron todos los aranceles.

### **Legislación sobre la Zona Franca y Turística Especial de Isla Pinos: reglamentación**

- Decreto-Ley no. 1973, 25 de enero de 1955 (*Gaceta Oficial*, 27 de enero de 1955). Autoriza a la Comisión nacional de deportes para celebrar corridas de toros en Isla de Pinos.
- Decreto-Ley no. 2071, 27 de enero de 1955 (*Gaceta Oficial*, 7 de febrero de 1955). Declara zona turística a Isla de Pinos y los cayos adyacentes, y zona franca a Isla de Pinos.
- Decreto Presidencial no. 3014, 28 de julio de 1955 (*Gaceta Oficial*, 3 de octubre

de 1955). Reglamento para la zona franca y turística de Isla de Pinos.

- Decreto Presidencial no. 1084, 21 de marzo de 1956 (*Gaceta Oficial*, 3 de mayo de 1956). Modifica, con efecto retroactivo, algunos artículos del Decreto Presidencial 3014 (1, 2, 4, 6 y 7).
- Decreto Presidencial no. 2723, 24 de septiembre de 1957 (*Gaceta Oficial*, 14 de octubre de 1957). Autoriza una cuota anual de exportación libre de ganado vacuno.
- Decreto Presidencial no. 3076, 8 de noviembre de 1957 (*Gaceta Oficial Ordinaria* 11 de noviembre de 1957). Autoriza al ministro de Hacienda a designar delegados en la Aduana de Nueva Gerona, Isla de Pinos.
- Acuerdo-Ley no. 38, 8 de julio de 1958 (*Gaceta Oficial*, 21 de julio de 1958). Concede franquicia a turistas que visitan la Isla de Pinos.
- Decreto Presidencial no. 2518, 31 de julio de 1958 (*Gaceta Oficial*, 1.º de agosto de 1958). Reglamenta la franquicia concedida a los turistas y establece que todo producto, mercancía, artículo, maquinarias, etc., que saliera de Isla de Pinos y entrara al resto del territorio nacional, se debía considerar como si llegara directamente del extranjero, por lo tanto debía pagar impuestos arancelarios.

Como se puede apreciar, en la anterior reglamentación de la Ley sobre la Zona Franca y Turística Especial de Isla de Pinos, tuvieron una gran incidencia los decretos presidenciales, porque Batista fue uno de los más interesados en convertir ese territorio en una zona económica diferente al resto de Cuba, pues tenía participación en los negocios a desarrollar, a través de testafieros como Justo Luis del Pozo, alcalde de La Habana y en la compañía de transporte Aerovías Q, entre otros.

De gran interés resulta el Decreto presidencial no. 3076, del 8 de noviembre de 1957, sobre la designación de delegados en la Aduana de Nueva Gerona. La finalidad principal de este funcionario, completamente nuevo en la empleomanía burocrática oficial, era la de controlar los negocios en interés de los altos jerarcas del batistato, por demás, incongruentes con un régimen de exenciones aduanales, según leyes y reglamentaciones oficiales. Lo anterior queda aclarado en el cuarto Por Cuanto de la Ley-Decreto no. 3014, de 1955 o reglamento para la ejecución de la ley, que dice textualmente:

[...] Se crea para Isla de Pinos un tipo único y especial de zona franca, que difiere, esencialmente, del concepto jurídico que sobre zonas francas en general existen, ya que, mientras las leyes sobre esta materia circunscriben su creación y funcionamiento a extensiones marítimo-terrestres previamente delimitadas y aisladas de todo núcleo urbano, en cuyo territorio se concede, a quienes lo soliciten, la superficie adecuada para establecer industrias, muelles y almacenes, la zona franca de Isla de Pinos comprende y se extiende a todo el territorio insular de la misma, sin que en modo alguno establezca área o límite de superficie topográfica, ni procedimientos para su ocupación, como existen en las legislaciones dictadas para operar otras zonas francas [...].<sup>8</sup>

En el capítulo 2 del reglamento se establece el régimen de explotación de la zona turística, que se divide en tres secciones:

Sección Número Uno: Que comprende toda la parte Norte del territorio insular de la Isla de Pinos hasta el límite septentrional de la Ciénaga de Lanier. Sección Número Dos: Que comprende toda la parte Sur del territorio insular de la Isla de Pinos hasta

el límite septentrional de la Ciénaga de Lanier. Sección Número Tres: Que comprende de todos los cayos adyacentes a la Isla de Pinos comprendidos dentro de las quince millas náuticas.<sup>9</sup>

En el artículo 16 del decreto se dispone la creación de una “Autoridad del centro turístico de la Isla de Pinos (Acetip)”, que funciona como patronato de interés público, en calidad de organismo oficial del Estado, con personalidad jurídica y autonomía. La integran, según el artículo 17, siete miembros, la mayoría designados por el presidente de la República, entre ellos el presidente, vicepresidente y secretario, y participan las principales autoridades militares.

De hecho, con esas medidas refrendadas directamente por Fulgencio Batista, el camino quedaba abierto al gran capital foráneo y nativo. También le dio cierta participación a la mediana burguesía cubana, y habanera en particular, encargada de invertir en negocios de poca envergadura, pero lucrativos. La población pinera fue favorecida con más empleos, con el programa de obras públicas mientras se desarrollaron las construcciones, cuyos destinos principales fueron el turismo y el comercio; pero una vez concluidas las obras se mantuvo la situación histórica de subempleo. La construcción de tiendas y almacenes para el comercio minorista, y mayorista en particular, permitió ciertas ventajas en el consumo, pero el turista era el más beneficiado.

El momento de mayor auge de la zona franca de Isla de Pinos se extendió entre 1955 y 1957, por la influencia de la crisis de superproducción de este año, que afectó a Estados Unidos y que se reflejó en el proceso inflacionario habanero e inversionista de las nuevas compañías, las cuales a partir de entonces quebraron o se disolvieron: de 211 consignadas en el Registro de la Propiedad





Fidel en la Isla, 7 de junio de 1959.

de Isla de Pinos, 99 permanecieron activas, 90 inactivas y 22 fueron disueltas.<sup>10</sup>

El sistema de exenciones se convirtió en el instrumento que propició la expansión de las inversiones, principalmente en los sectores de bienes raíces, comercio y turismo. Ello condujo a una clara reducción del aporte de la economía pinera a la renta nacional

y se erigió en un mecanismo artificial de la gradual separación económica de dicho territorio del resto del país.

El 7 de junio de 1959, Fidel propuso al pueblo pinero su disolución, que fue aprobada, en lo que se considera uno de los primeros plebiscitos del nuevo poder revolucionario. ■

<sup>1</sup> El 2 de agosto de 1978, en acto celebrado en el Presidio Modelo, con la presencia de Fidel Castro Ruz, se le confirió oficialmente el nuevo nombre de Isla de la Juventud.

<sup>2</sup> Empresa que importa productos sin pagar aranceles y cuyo resultado productivo se comercializa en el país de origen de la materia prima. El término se originó en México.

<sup>3</sup> Suponía el crecimiento del mercado interno mediante la expansión del gasto público generador de inversiones extranjeras no azucareras, que serían el elemento compensatorio capaz de atenuar los efectos de la crisis del sector azucarero; sin embargo, su consecuencia

estuvo centrada en la estimulación de la importación, el déficit en la balanza comercial y la disminución de las reservas del país.

<sup>4</sup> Mario Mencía: *La prisión fecunda*, Editora Política, La Habana, 1980, pp. 207-211.

<sup>5</sup> Territorio o Estado que se caracteriza por aplicar un régimen tributario especialmente favorable a los ciudadanos y empresas no residentes que se domicilien a efectos legales en dicha zona. En realidad, en el caso de Isla de Pinos, la intención era esta.

<sup>6</sup> Economic Technical Mission to Cuba: Informe sobre Cuba, t. 2, p. 61.

<sup>7</sup> Ley 2071 del 27 de enero de 1955 (folleto), en Archivo Histórico Mu-

nicipal, Nueva Gerona, leg. 3, exp. no. 374.

<sup>8</sup> Nívio López Pellón: *Hablemos de Isla de Pinos* (folleto), Talleres Graphis de Juan González y Cía., La Habana, 26 de septiembre de 1958, p. 3.

<sup>9</sup> *America's Costomhouse Magazine*: Sección de Información Internacional de Aduanas y Puertos: "Zona franca de Isla de Pinos: reglamento", año V, no. XLIV, La Habana, enero de 1956, s. p.

<sup>10</sup> Registro de la propiedad de Isla de Pinos: *Índice general de sociedades, compañías activas, inactivas, disueltas*, 1959. Dirección Municipal de la Vivienda, Isla de la Juventud.

# Lourdes Casal y el proceso cultural cubano



Sonia Almazán del Olmo

*Recorro las calles de este New York vestido de verano,  
con sus guirnaldas de latas de cerveza [...] obsedida por la pasión de nombrar,  
azotada por la furia de fijarlo  
y recrear todo en la palabra,  
esta batalla irremediablemente perdida  
contra la caducidad de todo,  
esta batalla incesante y dolorosa  
contra la erosión,  
el tiempo y el olvido,  
que se lo devora todo.<sup>1</sup>*

LOURDES CASAL.



**A**cercarse a Lourdes Casal es acercarse al drama del biculturalismo, a la añoranza, al vivir del emigrado, que con fuertes raíces identitarias se debate ante una posible pérdida de identidad, entre dos culturas, y asume, no sin laceración, su condición bicultural. En ellos refleja su angustia ante la posibilidad de “el tiempo y el olvido, que se lo devora todo”. La nostalgia, el desarraigo, la pérdida sin recuperación de espacios y recuerdos, siempre presentes, marcan la hibridez de su ser y se expresan con enorme fuerza en su producción artística y literaria.

Muchos de los estudiosos de la experiencia cultural de los escritores nacidos en Cuba que han emigrado afirman que estos, al “optar” por convertirse en cubano-americanos, de hecho, asumen una doble identidad, y que el espacio cultural se define y los define a partir de la asunción del discurso de la nostalgia y el desarraigo.

En unos, sobre todo los que emigran siendo pequeños, el quehacer de una y otra experiencia cultural se mezcla en su escritura y es la expresión de ese vivir, en el plano existencial y sociocultural, “entre dos orillas”, en la cual no aflora el sentimiento de marginalidad que aparece en la obra de otros escritores étnicos latinoamericanos y caribeños. Pueden ser escritores a contracorriente, escribir en español o utilizar un discurso bilingüe o interlingüe;<sup>2</sup> pero han logrado insertarse en el mundo cultural pluralista estadounidense. Resulta interesante en estos casos señalar que, a pesar del reconocimiento de su biculturalismo, ha aparecido en ellos la voluntad del acercamiento a Cuba a partir de la necesidad de encontrar sus raíces o de confrontar el discurso cultural que les han legado sus padres.

En otros, casi siempre en los que emigraron siendo adultos y con una obra hasta cierto punto reconocida en Cuba antes del triunfo revolucionario, aparece la continui-

dad del discurso tradicional, por lo general, a partir de la reproducción de una forma cultural que se ha conformado en la emigración y con un fuerte componente de una identidad construida en la certeza del retorno y la recuperación, y en la creencia de ser los albaceas de los “verdaderos valores culturales”, de “lo cubano”, que quedó atrás hace casi sesenta años, lo que niega no solo el fenómeno de la transculturación sino también el carácter dinámico de la cultura.

El caso de Lourdes Casal (La Habana, 1938-1981) es especialmente diferente. Como intelectual atraviesa un complejo proceso ideológico que la hace arribar, en época muy temprana, a posiciones y concepciones que marcan una diferencia con la mayoría de los que pertenecen a su generación. Ejerció un liderazgo y ocupó posiciones de vanguardia entre los jóvenes que en aquel momento fueron partícipes de proyectos inéditos en relación con Cuba y su emigración. La periodista y dramaturga cubano-americana Dolores Prida, en una presentación en Casa de las Américas, decía al referirse a Lourdes:

Creo que muchos de nosotros somos producto directo o indirecto de la subversión intelectual que ella practicaba tan hábilmente. Fue nuestro Pígmalión. Me siento dichosa de haberla conocido. De haber sido con ella parte de un momento importante, de esta saga aquende/allende los mares.<sup>3</sup>

Muchos pueden ser los artículos y ensayos de Lourdes que nos permiten acercarnos o identificar las múltiples aristas que definen este proceso; pero al releer “Los límites del pluralismo”, escrito en enero de 1981, y su defensa de los principios, el diálogo y el pluralismo que rigieron el surgimiento del Instituto de Estudios Cubanos (IEC), se hace evidente la incompatibilidad



de sus posiciones con las de los representantes de sectores de la derecha, lo que la llevó a afirmar:

De ahí que yo crea que no cabemos en el Instituto de Estudios Cubanos Carlos Alberto Montaner y yo. No solo porque él está en mis antípodas, sino porque él tiene una postura agresiva y ofensiva frente a la Revolución Cubana, no cabe dentro del IEC si este se sigue definiendo como un instrumento de diálogo... ¿por qué quepo yo dentro de IEC y no CAM? Porque el proyecto mío, cualquiera que este sea, no es incompatible con el diálogo [...].<sup>4</sup>

Se busca como referencia y se habla sobre su itinerario ideológico. Precisamente en el estudio de ese tránsito están las claves para la mejor comprensión de su devenir como intelectual. Su etapa de estudiante universitaria en Cuba es un periodo fértil. Tiene una intensa vida intelectual dentro de las diferentes organizaciones juveniles y estudiantiles católicas cubanas, fue editora de *Memorias*, subdirectora de la revista *Ínsula* y colaboradora del periódico *El Quibú*. Escribió además en panfletos y revistas de vida efímera lamentablemente perdidos.

Hispanoamérica es una de sus primeras preocupaciones. Es asombrosa la profundidad y claridad de análisis con respecto a los problemas hispanoamericanos y la comprensión del peligro del papel de Estados Unidos como modelo cultural, así como la responsabilidad histórica del intelectual ante la desarticulación y desvalorización de la cultura en la América hispana que hace Lourdes a los 17 años, cuando era estudiante de Ingeniería Química en la Universidad de Santo Tomás de Villanueva. En un ensayo titulado “Problemas de Hispanoamérica”, presentado en junio de 1955 y luego publicado en *Ínsula*, expresó:

La influencia norteamericana ha logrado resquebrajar la fe de los hispanoamericanos en nuestro estilo de vida. Todos los pueblos de Hispanoamérica están de acuerdo en una actitud defensiva y hasta agresiva frente a la potencia del norte; pero el influjo del triunfo aparente de ese estilo de vida, que nos es ajeno, ha determinado, sin embargo, la duda y la aceptación de costumbres importadas con etiquetas de “Made in USA”, que se ha ido infiltrando en nuestra América a través del imperio económico del dólar.<sup>5</sup>

Esas reflexiones mantienen vigencia en estos tiempos de globalización y de amenaza a las identidades culturales de Nuestra América. Asimismo, con una marcada herencia martiana y bolivariana, añade en el mismo artículo:

La hispanidad es un estilo de vida. Es un modo de pensamiento. Es una tradición y es un futuro. Y ese futuro encontraría su expresión más valedera y sólida en la unión cultural y económica de las repúblicas de la América Hispánica, en esa fusión de hispanidad y americanidad que debe ser la base de nuestro común futuro.<sup>6</sup>

Desde posiciones católicas militantes se acerca a la figura de Varela y del pensamiento filosófico del siglo XIX cubano. Para Lourdes, el movimiento liberal se encuentra emparentado, en su raíz y en su tronco, con el anticlericalismo y la masonería. Busca la explicación, dentro de los marcos de la iglesia, de la acción independentista de una de las figuras fundadoras de nuestro ideario nacional, por lo que afirma que para defender la libertad, Varela no combate la tradición sino que, al contrario, se apoya en ella señalando que, para este, entre Iglesia y libertad no hay oposición sino perfecto acuerdo. Dentro de este contexto se inscribe también el artículo “Mujer cristiana”, quizás su primer

acercamiento al tema femenino, en el que aspira a destacar “[...] su dignidad, sus derechos, sus obligaciones y su posición en el mundo contemporáneo”.<sup>7</sup> Valoración todavía lejana de sus luchas por las reivindicaciones de las féminas como grupo marginado de la sociedad y permeada por las prédicas del ideal católico de la mujer y de la necesidad de “modernización” a que se vio impelida la Iglesia a partir de “[...] las condiciones que se derivan del presente estado económico y social”;<sup>8</sup> pero que de alguna manera ya anuncia la necesidad de una mirada más atenta a este sector de la sociedad. Sus estudios y experiencia profesional le permiten el conocimiento de la marginalidad no solo de la mujer, sino también del negro en la sociedad norteamericana, lo que le permitió enfrentarse a esas desigualdades dentro de su labor en el Movimiento de Derechos Civiles en los Estados Unidos de los años sesenta y setenta. Lourdes lograba con éxito interrelacionar ambas desigualdades dentro de una realidad compleja.

“África ante el problema cubano” (1962) es un interesante artículo que aparece en *Itinerario ideológico. Antología de Lourdes Casal*, escrito al calor de su activismo político en el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE), una de las organizaciones formada principalmente por militantes de organizaciones estudiantiles y juveniles católicas, que se enfrentó activamente a la Revolución. Sin embargo, en este trabajo reconoce aspectos sumamente importantes a la hora de apreciar el papel de los pueblos africanos en el contexto internacional y el valor que para la existencia de la propia Revolución Cubana tiene el apoyo de los pueblos de ese continente, a la vez que identifica un destino común cuando afirma:

A nosotros los cubanos, en particular, África nos interesa por una multiplicidad de razones. En primer lugar, nuestro destino, a largo pla-

zo, está ligado al curso general que sigan los países del llamado “tercer mundo”, el mundo de los países subdesarrollados, pues a ese mundo, querámoslo o no, pertenecemos.<sup>9</sup>

Esta experiencia africana, paradójicamente, de una u otra forma, contribuiría a acercarla a los problemas del mundo subdesarrollado, aun cuando la intención de su misión en África estuvo orientada al activismo político en función de buscar apoyo a la cruzada contra la Revolución Cubana.

En su artículo de 1976 “Sobre Angola y los negros de Cuba” resalta el valor “[...] por la *magnitud* y su impacto del gran número de manifestaciones concretas de la solidaridad cubana con las luchas africanas de liberación y con los regímenes progresistas”,<sup>10</sup> y sobre todo, pone de manifiesto, en términos históricos, “[...] la contribución negra a la tradición nacional cubana (Castro define a Cuba como una nación latino-africana) y la sangre derramada por tantos negros en pos de la independencia cubana en los últimos 200 años”.<sup>11</sup>

En 1971 escribe sobre el “caso Padilla” en dos artículos: uno es la “Introducción” a la antología *El caso Padilla: Literatura y revolución en Cuba*<sup>12</sup> y el otro, “Opinión”, donde hace un recuento pormenorizado de las diferentes acciones llevadas a cabo en el campo cultural cubano y la “crisis”<sup>13</sup> de los intelectuales en la Revolución en los años sesenta y principios de los setenta. Hace referencia a las reuniones en la Biblioteca Nacional y al discurso de Fidel Castro conocido como “Palabras a los intelectuales”, en el que se establecieron los lineamientos de la política cultural cubana. Este texto es profundamente crítico, pero de gran importancia dentro de su devenir ideológico, en tanto resulta una de las últimas valoraciones críticas, desde posiciones de enfrentamiento, sobre la situación de los intelectuales en Cuba.

Es precisamente la década de los setenta la que marca el momento de reevaluación de la Revolución Cubana y su relación con la nación. Se habla de su radicalización y del breve espacio en que esta ocurre. La radicalización del pensamiento de Lourdes Casal es tan coherente como la de otros intelectuales cubanos del siglo xx y sobre todo es el resultado de la búsqueda consciente de respuestas a las interrogantes que su condición de cubana le planteaba en cada momento de su quehacer cultural. Su nueva actitud fue calificada por algunos autores como “friendly critic”; pero, en justeza, más que suavizar su actitud crítica hacia el proceso revolucionario, lo que prima en Lourdes está muy bien explicado en la entrevista que publica *Areíto* en 1974 y donde ella responde a la pregunta de por qué había venido a Cuba:

Yo tengo un interés casi obsesivo por la Revolución cubana. Aunque en estos últimos doce años y medio mis actitudes han cambiado, siempre ha habido una constante en ese interés, y es el querer saber, interpretar y comprender bien lo que pasa allí en Cuba, aunque fuera simplemente como espectadora estudiosa o académica. Yo siempre me había planteado la idea de ir, porque pensaba que me faltaba el contacto primario necesario para entender la Revolución, ya que mi visión de la realidad cubana venía de fuentes secundarias o terciarias. En otras palabras, la decisión ya estaba hecha. Yo quería ir [...].<sup>14</sup>

Si por un lado el biculturalismo se hace patente en su literatura y por qué no, en su cotidianidad, también rompe con el mito de la contemplación pasiva de ese ser y no ser “demasiado habanera o demasiado neoyorquina”, entre los que, según su propia voz, se dieron a “[...] la tarea difícil de analizar con seriedad y la mayor objetividad posible los asuntos cubanos” y pasa a incluirse entre los que buscan y encuen-

tran su vínculo cultural; la última estrofa de “Areíto por Carlos Muñiz”<sup>15</sup> es un ejemplo fehaciente de la superación de esa escisión:

*Las rosas que afloraron en tus sienes  
Tenían luz.  
Para ti fueron / pasaporte a la historia/  
inconfundible sello de elección.  
Para nosotros,  
jalón, guía, rescate,  
incandescente crisol donde se funden  
el odio que no supimos sentir antes  
y el amor del que al fin nos enseñaste  
la cima.*

Fue una gran transgresora. La fórmula esgrimida por la mayoría de los estudiosos de la cultura cubana en el exterior dice que la producción de la diáspora cubana en las décadas de los sesenta y setenta se vuelca, fundamentalmente, hacia el pasado y la añoranza de lo perdido y que frente a una posición activa, ante la actitud discriminatoria de la mayoría anglosajona, de los grupos de mexicanos, dominicanos y puertorriqueños, los escritores cubanos no incluyen la necesidad de un activismo étnico. Lourdes rompió con todo lo que hasta ese momento se consideraba como posición del intelectual emigrado, se sumergió en la cultura receptora sin renunciar a la suya, vivió su momento de forma plena, se incluyó entre los que cada día dan vida a esa ciudad, enseñó, escribió, investigó, creó, promovió cultura, participó de forma activa en los movimientos sociales a favor de las minorías fueran hispanos, gays, negros o mujeres.

Para nada su mundo era contemplativo o de aceptación del estatus de emigrada sin retorno, de cubana sin asidero, de pez nadando entre dos aguas. Para ella el *hyphen* se llenaba de sentido. No diferenciaba, no separaba. Era profundamente neoyorquina y lo suscribió cuando de afrontar los problemas socioculturales en su espacio vital





se trataba, cuando se comprometía con las minorías marginadas, cuando se sumergía en la pluricultura que ese espacio significaba y, a la vez, era esencialmente cubana cuando se adentraba en los estudios sobre los cubanos en Estados Unidos. En este sentido vale acercarse a algunos de sus estudios sobre el tema, por ejemplo, “Los cubanos en Estados Unidos”, donde aborda cuestiones tan importantes para la comprensión de la comunidad cubana en esa nación como: las causas de la inmigración, composición demográfica, asimilación, comportamiento político, cambios en la familia, salud mental, ajuste ocupacional, problemas de la juventud, relaciones de los cubanos con otros grupos étnicos, etc., durante los primeros 15 años de la emigración cubana, y “El desarrollo de los estudios cubanos en Estados Unidos”, donde realiza importantes consideraciones en torno a cuatro libros que abordan esta temática: *Desde Colón hasta Castro*, de Jaime Suchlicki; *Revolución y reacción en Cuba 1933-1960*, de Samuel Farber; *El ejército político en Cuba*, de Louis A. Pérez y *La fabricación de una crisis de misiles*, de Herbert S. Dinerstein. Ese tipo de análisis para Lourdes era una necesidad cultural con el fin de comprender nuestra realidad en la segunda mitad del siglo xx y producir una narrativa o una poesía de hondas raíces que se inscribiera sin ruptura en el devenir literario cubano.

Poco se ha estudiado su producción literaria, sus análisis sobre la emigración cubana, su crítica cinematográfica o su quehacer con el teatro hispano. La obra de la Casal combina el compromiso social y la excelencia literaria. Sirva como muestra su reseña sobre el documental de Barbara Kopple “Harlan County

USA”,<sup>16</sup> donde se pone de manifiesto “[...] la efectividad cinematográfica y política [que] lo convierte en un arma de combate, de concientización de educación”. Logra identificar al lector no solo con las luchas obreras de un sector determinado, sino que, a partir de una mirada desde adentro, capta la verdadera esencia del movimiento sindical norteamericano y sus limitaciones, así como las relaciones clasistas en Estados Unidos.

Al respecto dice:

No creo que haya un instrumento más efectivo [que] “HARLAN COUNTY USA”, para destruir el mito de la homogenización de clases en los Estados Unidos. El abismo entre los mineros y los accionistas, abogados y ejecutivos de las compañías resulta tan evidente, desde un punto de vista puramente visual que nos sacude como un puñetazo plexo.<sup>17</sup>

Y añade en otro momento:

El mito del conservadurismo de los obreros blancos norteamericanos queda expuesto reveladoramente. En la lucha, vemos a los mineros trascender las divisiones raciales y el intento de utilizarlas para dividir la clase obrera. (“Cuando entramos a la mina, tenemos diferentes colores; al salir de la mina todos somos negros”); comprender el papel

de la organización y de la sindicalización y después, las limitaciones de los sindicatos y de los “líderes obreros” y la necesidad de sacudir las estructuras sindicales.<sup>18</sup>

A esto agregó lo indispensable de la toma de partido porque en sus propias palabras expresa que “[...] es indispensable tomar partido porque pretender no tomarlo es ya haberlo tomado”<sup>19</sup> y concluyó, luego de un interesante análisis de los medios de que se valió la directora para lograr el clímax, expresando: “La violencia que mata de un pistoletazo es más dramática pero menos real que la violencia cotidiana bajo la que tiene que vivir el oprimido”.<sup>20</sup>

Rompió esquemas y trató de comprender, de buscar una explicación al devenir político y social cubano dentro de los principios que la Revolución promueve. Eran años duros para la nación. La divisa en los centros de decisión política de Estados Unidos era no escatimar recursos humanos y técnicos para desestabilizar el país. El ambiente general no era precisamente favorable para tomar la decisión de un acercamiento de los emigrados a la Revolución: del encuentro, del respeto y de la tolerancia como opción. En este contexto, Lourdes captó que lo real maravilloso estaba aconteciendo en la tierra que la había visto nacer: una nación labraba su propia historia, cometía errores y rectificaba, se reencontraba con sus raíces culturales y gestaba de manera autóctona y legítima una sociedad humana genuinamente cubana frente a los retos y desafíos de modelos foráneos. Y ante las interrogantes “¿cómo y para qué se regresa a Cuba?” y “¿qué le acontece a uno después del regreso?”, respondió:

En mi caso regresé a Cuba para tratar de enfrentarme con una serie de interrogantes que a lo largo de los años se me habían vuelto materia de obsesión ¿Qué era, después de todo, la Revolución Cubana? ¿Era

posible para mí, reencontrarme vivencialmente con el evento más radical y convulsante de la historia de mi país? ¿Podía yo reencontrarme con Cuba, no ya al nivel físico, sino a otro nivel...?<sup>21</sup>

Al final de su “Descarga” concluye: “En cuanto a mí, si lo que he hablado y escrito acerca de mis experiencias en Cuba ha sonado muy positivo, es porque las experiencias fueron extraordinariamente positivas. Y valga la perogrullada”.<sup>22</sup>

Dos de sus trabajos de la primera mitad de los setenta resultan de gran importancia para acercarnos al estudio de los cubanos en Estados Unidos y la situación de los sectores históricamente menos favorecidos de la sociedad (negros y mujeres).

En el primero de ellos —*The Cuban Minority in the U.S. Preliminary Report on Need Identification and Program Evaluation. Final Report for Fiscal Year 1973* (365 pp.)— examina qué se ha hecho en torno a los estudios cubanos; la estructura de poder de estos dentro del sistema político norteamericano; los patrones de liderazgo, nexos o no con estructuras de poder de comunidades no cubanas y la necesidad de hacer esfuerzos más sistemáticos para investigar desde las ciencias sociales sobre los cubanos en Estados Unidos. El otro trabajo lo constituye su tesis de doctorado de 1975 —*Images of Cuban Society among pre- and post-Revolutionary Novelists* (323 pp.)—. El centro de su investigación lo constituye el análisis de la sociedad cubana prerrevolucionaria con respecto a las estructuras de las clases sociales y otros niveles de desigualdad relativos a sexo y raza, así como los cambios producidos en este aspecto por la Revolución. El núcleo de su estudio consiste en el análisis de 30 novelas pre- y pos-Revolución, seleccionadas de forma aleatoria.

El fundamento de esta obra se sustenta en la tesis de que el novelista es un observador privilegiado de la sociedad. Su trabajo

concluye con la afirmación de la baja representatividad de los personajes de la raza negra en relación con los datos del censo en la novelística estudiada, así como la degradación a que está sometido el empleo femenino, sus restricciones y estereotipos y el estatus legal de la mujer. El balance resulta positivo en ambos aspectos en el período revolucionario.

En julio de 1979 publicó una interesante crítica al libro de Jorge Domínguez —*Cuba: orden y Revolución* (1978)—, donde señalaba que la debilidad principal de su obra residía en su incapacidad de considerar a la Revolución Cubana en su propio escenario, sino que la percibía desde un marco foráneo y concluyó afirmando: “[...] la objetividad es una dama evasiva aún para aquellos que la hacen un fetiche [...]”. “El problema es que una visión sobre la Revolución Cubana desde el punto de vista del mundo académico norteamericano tiende a estar distorsionada y ser distorsionante”.<sup>23</sup>

Otros importantes artículos y críticas aparecen durante este periodo en diferentes publicaciones como *Latin American Perspectives*, *Latin American Research Review*, *Cuban Studies*, etc., donde se pone de manifiesto su conocimiento de la realidad cubana y su capacidad para interpretarla de manera novedosa y creadora.

No se conforma esta intelectual con una actitud individual y se convierte en una afanosa activista por el reencuentro con la Patria. En las palabras leídas por el Consejo de Dirección de *Areíto* y la brigada Antonio Maceo, se pone en evidencia su reconocido liderazgo entre los cubanos emigrados, sobre todo entre los más jóvenes, cuando expresaron:

Aquellos que tuvimos el privilegio de conocerte, Lourdes, recordamos que en el año 1974, te encontrabas en un acelerado proceso de radicalización y toma de

conciencia, tan acelerado que en muy poco tiempo te colocaste a la vanguardia de nosotros.

Al igual que otros compañeros contribuiste en forma fundamental a la creación y posterior desarrollo de la revista *Areíto* y participaste activamente en los trabajos organizativos en el histórico primer contingente de la brigada Antonio Maceo, en el cual solo tu edad te impidió participar.

Siempre, Lourdes, fuiste un elemento de unidad entre nosotros, una figura carismática, capaz de generar confianza y seguridad con tus planteamientos.<sup>24</sup>

Su peculiar manera de decir traiciona los últimos versos de su poema “Para Ana Velfort”,<sup>25</sup> porque están llenos de singular cubanía, de humor y amor a la cubana. Recordemos cuentos como “Alfonso”, “María Valdés o la Colina universitaria” o “Love Story, según Cyrano Prufrock” donde, a más de diez años de ausencia, pone de manifiesto esa raigambre, esa manera de decir y actuar esencialmente cubana. En “Love Story...” juega con la pérdida del idioma:

[...] podría escribir una novela realmente cachonda, aunque tú ni siquiera la podrías leer, con tu español subdesarrollado, insuficiente para lidiar con esta cotelera de castellanos que se me ha vuelto el habla después de demasiados años de exilio y platicar con demasiadas gentes diferentes. Es la madurez y la pureza (o por lo menos la fidelidad al habanero) o hablar y sentirme navegando entre las muchas lenguas, literalmente descendientes del viejo Miguelón —no el de los Villalobos— sino el otro, el de los entremeses que no se mastican.<sup>26</sup>

Acercarnos a su obra y a la realidad del vivir cotidiano de los que no se encuentran en la Isla —de sus sueños—, nos permite, sin prejuicios de ninguna índole, entender



que la identidad cultural cubana no tiene espacios límites. Se encuentra, como señalara don Fernando Ortiz, en cada uno de los que siente esta tierra con conciencia de ser cubano y voluntad de quererlo ser.

Este estar en un lugar y añorar y sentir nostalgia por otro, este saberse con un corazón dividido por el amor a dos espacios, este ser portador de un biculturalismo, se expresa de manera clara en su propia voz cuando nos dice:

[...] Nueva York es mi casa,  
Soy ferozmente leal a esta adquirida patria  
[chica.

Por Nueva York soy extranjera ya en cualquier  
[parte [...].  
Pero Nueva York no fue la ciudad de mi  
[infancia,  
no fue aquí que adquirí las primeras  
[certidumbres,  
no está aquí el rincón de mi primer caída  
ni el silbido lacerante que marcaba las noches.  
Por eso siempre permaneceré al margen,  
una extraña entre estas piedras,  
aun bajo el sol amable de este día de verano,  
como ya para siempre permaneceré extranjera  
aun cuando regrese a la ciudad  
[de mi infancia [...].<sup>27</sup>

<sup>1</sup> Lourdes Casal: "Domingo", en *Palabras juntan Revolución*, Casa de las Américas, La Habana, 1981, p. 58.

<sup>2</sup> Al referirse al fenómeno que los lingüistas llaman *code switching* o alternación de lenguas, Juan Bruce-Novoa lo llama *interlingualism*. Cit. por Eliana Rivero: "Cubanos y cubanoamericanos: perfil y presencia en los Estados Unidos", en Ambrosio Fornet: *Memorias recobradas*, Editorial Capiro, Santa Clara, Cuba, 2000, p. 33.

<sup>3</sup> Dolores Prida: "Dolores Prida recuerda a Lourdes Casal" (Presentación leída en Casa de las Américas), en revista *Areíto*, vol. VII, no. 26, p. 8.

<sup>4</sup> Lourdes Casal: "Los límites del pluralismo", en *Itinerario ideológico. Antología de Lourdes Casal*, Instituto de Estudios Cubanos, Miami, Florida, 1982, p. 121.

<sup>5</sup> \_\_\_\_\_: "Problemas Hispano-americanos", en *Ínsula*, año I, no. 1, La Habana, 1957, p. 21.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>7</sup> Lourdes Casal: "Mujer cristiana", en *Ínsula*, año V, no. 1, La Habana, 1958, p. 95.

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 99.

<sup>9</sup> Lourdes Casal: "África ante el problema cubano", en *Itinerario ideológico...*, ob. cit., p. 65.

<sup>10</sup> \_\_\_\_\_ y Marifeli Pérez Stable: "Sobre Angola y los negros de Cuba", revista *Areíto*, año 3, no.1, p. 32. La cursiva es del original.

<sup>11</sup> *Ibidem*.

<sup>12</sup> \_\_\_\_\_: *El caso Padilla. Literatura y revolución en Cuba*, "Introducción", en *Itinerario ideológico...*, ob. cit., pp. 83-88. El libro fue publicado en Miami, Florida, por Ediciones Universal, 1972.

<sup>13</sup> El entrecomillado es del original.

<sup>14</sup> \_\_\_\_\_: "Semana en Cuba", Entrevista con Lourdes Casal, en revista *Areíto*, no. 1, 1974, p. 21.

<sup>15</sup> \_\_\_\_\_: "Areíto por Carlos Muñiz", en revista *Areíto*, vol. VII, no. 22, reverso de portada.

<sup>16</sup> \_\_\_\_\_: "HARLAN COUNTY USA", en *Areíto*, vol. III, no. 4, 1977, pp. 44-45.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 44.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 45.

<sup>21</sup> Lourdes Casal: "Descarga no. 1", en *Areíto*, año II, no. 2/3, p. 19.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

<sup>23</sup> Lourdes Casal: "Cuba: Order and Revolution", en *Cuban Studies / Estudios Cubanos*, 9:2 (julio 1979), p. 97.

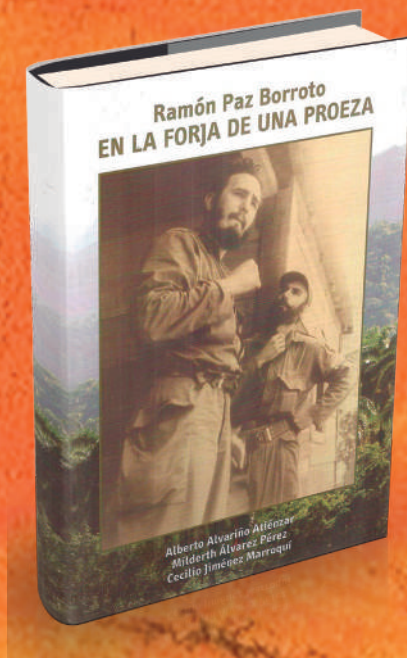
<sup>24</sup> "Homenaje" a Lourdes Casal. Palabras del Consejo de Dirección de la revista *Areíto* y la brigada Antonio Maceo, en *Areíto*, no. 26, p. 6.

<sup>25</sup> *Cargo esta marginalidad inmune a todos los retornos,/ demasiado habanera para ser neoyorkina,/ demasiado neoyorkina para ser,/ —aun volver a ser—/ cualquier otra cosa.*

<sup>26</sup> Lourdes Casal: "Love Story, según Cyrano Prufrock", en *Itinerario ideológico...*, ob. cit., p. 93.

<sup>27</sup> \_\_\_\_\_: "Para Ana Velfort", en *Palabras juntan Revolución*, ob. cit., pp. 60-61.

# ALGUNOS TÍTULOS DE NUESTROS HISTORIADORES



# LAS IMPRONTAS DE LA BARCIA ZEQUEIRA



**Mildred de la Torre Molina**

**R**esulta difícil reseñar brevemente la labor docente e investigativa de la Dra. Cs. María del Carmen Barcia Zequeira, no solo por la densidad de su obra sino también por su constante acercamiento con el mundo académico nacional y foráneo. Para los que de, una forma u otra, hemos sido y somos sus discípulos, ella es parte de nuestro andar por los complejos caminos de la creación historiográfica. Más que un reconocimiento, estas palabras van dirigidas hacia los que necesitan profundizar en su historial de realizaciones historiográficas con vistas al desarrollo de sus quehaceres epistemológicos.

Graduada de la Facultad de Filosofía e Historia en los inicios de la Revolución, ejerció en la Escuela de Historia, posteriormente denominada Facultad de Filosofía e Historia, como instructora graduada, profesora asistente, auxiliar, titular y actualmente Profesora de Mérito, a la vez que se desempeñaba como jefe de cátedra, vicedirectora docente, jefa de departamento, miembro y secretaria del Consejo Científico, vicedecana, integrante del Tribunal Nacional para el otorgamiento de grados científicos y del Consejo Asesor de la Casa de África, académica titular y de mérito de la Academia de Ciencias de Cuba, miembro de número de la Academia de la Historia de



Cuba y presidenta del Consejo Científico del Colegio San Gerónimo, entre otras muchas responsabilidades reveladoras de su experiencia y sabiduría.

Su campo investigativo abarca múltiples esferas de la historia nacional, siendo pionera de los estudios sociales sin desdeñar los económicos y políticos. La sociedad esclavista ha constituido una de sus grandes pasiones derivadas en aportes al conocimiento de la historia insular. El inventario de publicaciones, inmenso y sugerente, es indicativo de su sistemático bregar científico. En este último sentido baste mencionar sus estudios sobre la estructura y la dinámica de la clase dominante en Cuba durante la segunda mitad del siglo XIX; los grupos de riqueza patrimonial en La Habana y los de presión en la Isla; las capas y sectores populares e inmigrantes de los finales del siglo XIX y principios del XX; las etnias africanas; la ruta del esclavo; los oficios femeninos en la población de origen africano;



los emancipados y cimarrones; el comercio de esclavos y la abolición de la esclavitud; la prostitución; los derechos civiles de los esclavos; la vida cotidiana; las relaciones económicas entre España y Cuba; matrimonios y lazos familiares; la marginalidad; racialidad y racismo, entre otros muchos temas.

Barcia, investigadora incansable, ha prestado atención a otras áreas del conocimiento histórico. Recuérdense sus incursiones en los partidos políticos insulares de la segunda mitad del siglo XIX, la problemática de la nación y la nacionalidad cubanas, el anexionismo decimonónico, los acontecimientos de 1898 y el fin de la dominación colonial.

Historiadora marxista, poseedora de una sólida cultura, ha abordado, de forma creadora y puntual, el complejo y sugerente mundo de la filosofía de la historia. De ello dan fe sus valoraciones críticas a la historiografía cubana, española y norteamericana, al comportamiento de la historia social, la construcción del discurso historiográfico, la historiografía y la modernidad, y la sociabilidad, entre otros asuntos de interés para el desarrollo y comportamiento de las ciencias históricas.

Ciertamente, en ese difícil y no siempre comprendido mundo, María del Carmen Barcia muestra, a través de sus resultados científicos, dominio de la teoría y los conceptos así como del desenvolvimiento de las actuales corrientes historiográficas a nivel global. En ello radica, además, una de sus múltiples excelencias profesionales.

Digna de recordarse es la labor desplegada por ella en la creación de los dos primeros tomos de la obra *Historia de Cuba* bajo el patrocinio del Instituto de Historia de Cuba, cuya relevancia está presente en las demandas continuas de los lectores, sean estudiantes, docentes o investigadores. Síntesis necesaria que marcó un punto de partida para futuros empeños de semejante naturaleza.

La historiadora y profesora indica múltiples caminos para el devenir de la historiografía especializada en Cuba. Uno de ellos es la desacralización de los procesos, acontecimientos y figuras y el consecuente desentrañamiento de las sociedades profundas más allá de los paradigmas, siempre necesarios, pero no exclusivos para el entendimiento crítico del pasado. Otro, lo constituye el papel del protagonismo histórico alejado de las elites e inherente a los sectores populares cuyas voces son reivindicadas a través de sus variadas formas de lucha no necesariamente vinculadas a la violencia insurgente. Por último, la comprensión de que desde el estudio de la sociedad, como un todo vívido y dinámico, se puede asumir la espiritualidad como totalidad generadora de la conciencia crítica de una época determinada. Bajo esta concepción, se fortalece la historia política como disciplina científica.

María del Carmen Barcia y sus polisemias son partes inseparables de lo mejor de la historiografía cubana, científica y eternamente patriota.

Múltiples son los reconocimientos recibidos por Barcia. Baste mencionar los premios nacionales de Ciencias Sociales e Historia, otorgados por el Instituto Cubano del Libro y la Unhac, respectivamente; los de la Academia de Ciencias de Cuba por investigaciones, el Félix Varela, el Juan Marinello; las medallas por el 250 Aniversario de la Universidad de La Habana y por el 180 Aniversario del Archivo Nacional de Cuba; la orden Carlos J. Finlay, entre otros.

Pero sobre todo, están los de sus discípulos y colegas beneficiarios de sus sabias orientaciones inherentes a un digno magisterio que va más allá de las aulas, los eventos y conferencias para acercarse al cotidiano andar por el mundo fascinante de la cultura histórica. Así lo revelan sus improntas siempre favorables al desarrollo de nuevos y mejores entendimientos sobre la historia patria. ■

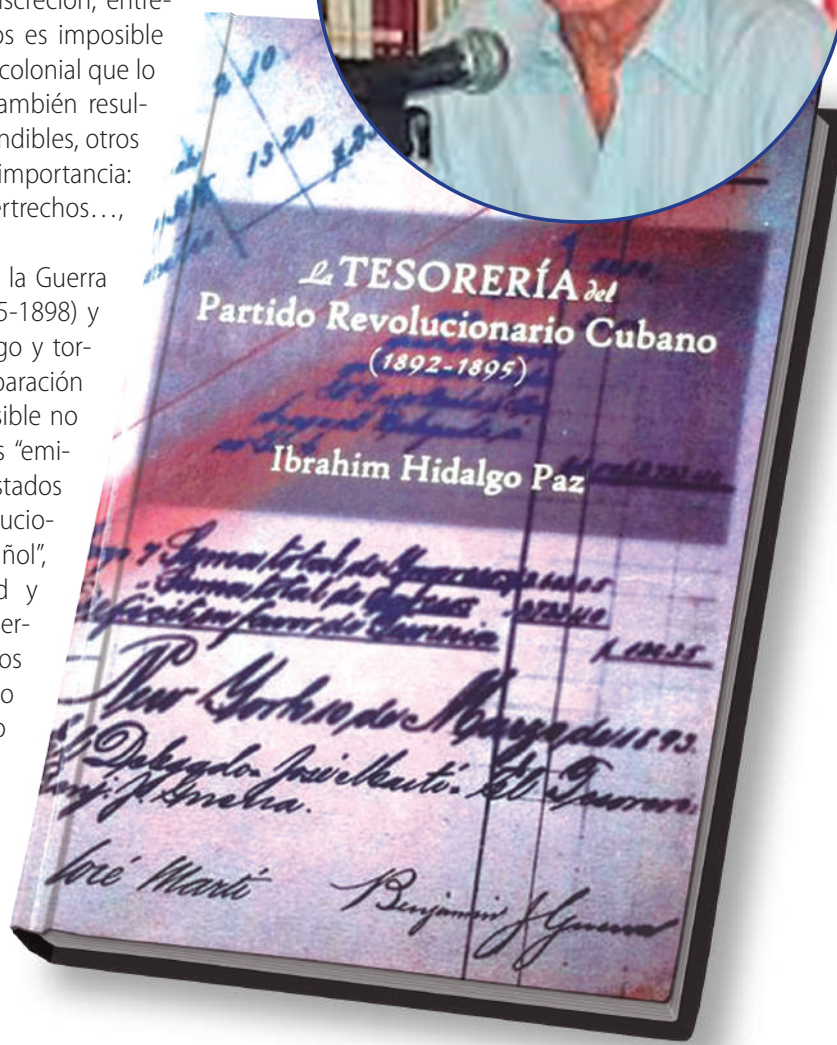
# SOBRE LAS DIFICULTADES para financiar una guerra...



**Luis Fidel Acosta Machado**

Las guerras, cuando son de liberación nacional, exigen mucho durante su etapa de preparación, y aún más una vez iniciadas. Organización, tesón, sacrificio, discreción, entrega..., sin estos atributos es imposible liberar un país del yugo colonial que lo oprime; sin embargo, también resultan necesarios, imprescindibles, otros elementos de capital importancia: armas, municiones, pertrechos..., dinero.

Cuando se habla de la Guerra de Independencia (1895-1898) y específicamente del largo y tortuoso periodo de preparación que esta tuvo, es imposible no mencionar los términos "emigración cubana en Estados Unidos", "clubes revolucionarios", "espionaje español", "tabaqueros", "hostilidad y persecución del Gobierno norteamericano", y los imprescindibles "Partido Revolucionario Cubano (PRC)" y "José Martí".



Fue el Maestro precisamente el alma —como lo catalogó Máximo Gómez Báez— de aquel torbellino preparatorio que fue antesala de la revolución del 95. Un hombre se volvió cientos y se transformó en un ente casi omnipresente que publicaba ardorosos artículos en *Patria* y otros medios de prensa; realizaba inflamados discursos donde llamaba a poner alrededor de la estrella, en la bandera nueva, la fórmula del amor triunfante: “Con todos y para el bien de todos”;<sup>1</sup> se reunía con los obreros, trabajadores, ricos, pobres, la emigración toda, en busca de apoyo, aunando esfuerzos; marchaba a Costa Rica y convencía a Maceo de unirse a la causa y de olvidar rencillas y resentimientos pasados; marchaba a Santo Domingo y pedía al Generalísimo su concurso en la causa cubana, sin nada más que ofrecer a cambio al viejo guerrero que “el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres”;<sup>2</sup> y recaudaba fondos o animaba a ello. Sin embargo, sobre esta faceta de la labor realizada por Martí, en la cual la Tesorería del PRC y su tesorero Benjamín Guerra y Escobar jugaron un papel tan trascendente, muy poco se ha interesado la historiografía cubana.

Por supuesto, es hartó conocido que desde la fundación del PRC en abril de 1892, inmediatamente después del cargo de delegado se creó el de tesorero y que dentro de las estructuras del partido se encontraba la Tesorería. No resulta novedad para nadie que uno de los requisitos fundamentales para ser miembro era pagar la cotización, como es de sobra señalado el hecho de que fueron los obreros cubanos, emigrados en Estados Unidos, tabaqueros en su inmensa mayoría, su base fundamental, apoyo y sostén financiero de la guerra que se preparaba. No obstante, y respecto a esto último, tal afirmación se realizaba sin la correspondiente investigación histórica.

A suplir este vacío se volcó Ibrahím Hidalgo Paz, hasta ofrecer al público el texto *La Tesorería del Partido Revolucionario Cubano (1892-1895)*, publicado en una exquisita factura. Desde la arrancada de la obra, en las palabras dedicadas al futuro lector, el investigador señala el principal objetivo del libro, que deviene su tesis central:

Con *La Tesorería del Partido Revolucionario Cubano (1892-1895)* me propuse argumentar de manera convincente, basados en las

cifras que aparecen en los documentos de los clubes, los Cuerpos de Consejo y la Delegación, la afirmación acerca del aporte fundamental y decisivo de las masas populares de la emigración a la preparación de la contienda contra el colonialismo español, reiterada por la generalidad de quienes estudiamos el periodo señalado, aunque sin la debida sustentación que ofrecen las fuentes documentales.<sup>3</sup>

Asimismo, y como humilde demiurgo de la historia, agrega: “Como podrá apreciar el lector, dejo muchas interrogantes que no he podido dilucidar, y que seguramente abordarán, junto con otras, los investigadores que se ocupen de este tema”.<sup>4</sup> Y sin embargo, ahí radica uno de los primerísimos valores del texto que se reseña, la variedad de líneas investigativas que deja abiertas tras cada acápite, aspecto que se intentará demostrar en las líneas que siguen.

Ibrahím Hidalgo logra sobradamente desarrollar su objetivo central. A través de textos breves —pocos toman más de cinco cuartillas— y haciendo gala de un verdadero poder de síntesis histórica e informativa, expone los innumerables esfuerzos realizados por el independentismo cubano para acopiar cada centavo que sería destinado por completo a la Revolución, bajo la constante persecución del Gobierno español y el norteamericano. Sin embargo, nuevos obstáculos que debieron sortear los revolucionarios en la emigración son expuestos en la obra, algunos de los cuales resultaron verdaderas novedades para este autor, a pesar de ser obvias. Así, junto a la labor de zapa de los enemigos políticos de la revolución, se sumaba la de no pocos cubanos que, dentro y fuera de la Isla, trataban de sacar provecho en medio de la vorágine organizadora y buscaban lucrar a costa de estafar, hurtar y engañar a los trabajadores cubanos que daban su menguado aporte a la causa, y lo hacían a nombre del PRC e incluso de su delegado. De esta forma, expone la naturaleza de estas estafas y las acciones realizadas, desde *Patria*, por José Martí, para denunciarlas y combatirlas.<sup>5</sup>

Otras trabas que hubieron de sortear las emigraciones cubanas en Estados Unidos —demostrado por Hidalgo en su obra— fueron las crisis



económicas que golpearon las ciudades de Tampa, Cayo Hueso, Nueva York o la nación americana en su totalidad y que imposibilitaron a los patriotas cubanos ofrecer su óbolo para la redención patria, al carecer de este; desarrolla el autor en su investigación, el caso, en Cayo Hueso, de la huelga de los obreros de los talleres de la fábrica La Rosa Española, de la firma Seindenberg y Compañía, contra los intentos de la patronal de reducir los salarios, hecho que fue utilizado por los Gobiernos norteamericano e ibérico para abatir la base de emigrantes cubanos en el Cayo.<sup>6</sup> Muchas veces obvian los historiadores estudiosos del periodo, que estos grupos de emigrados cubanos, la inmensa mayoría obreros, se vieron envueltos en los cambios económicos del capitalismo norteamericano, periodos de crisis y de bonanzas; además de verse influenciados por las diversas corrientes de pensamiento político y social que caracterizaron la época, y que, obreros al fin, muchas veces exigieron y reclamaron derechos laborales por medio de la acción huelguística, todo lo cual, paradójicamente, iba en detrimento de la labor revolucionaria independentista.<sup>7</sup>

Ahora bien, deja Hidalgo abiertas otras líneas investigativas para aquellos que deseen acercarse al universo histórico del proceso independentista cubano y no exactamente relacionadas con el tópico que el autor trata en su libro. Y es este, permítaseme decirlo de una vez, otro de los grandes valores de esta obra. A medida que investiga, que indaga entre la papelería existente en el Archivo Nacional de Cuba (ANC), el autor descubre otros cabos históricos que, aunque no deja sueltos del todo, tampoco los termina de zurcir y cede un resquicio al novel historiador. Sirvan de ejemplo la actitud de Julio Sanguily Garrite, quien terminaría siendo el responsable de la conspiración independentista en La Habana y los apuntes realizados respecto a Flor Crombet Tejera, en su papel de organizador de la expedición que traería a Maceo y a los patriotas concentrados en Costa Rica a los campos cubanos.

Relacionada con la cuestión financiera, el comportamiento del “controvertido veterano” de la Guerra Grande, rescatado por Agramonte en 1871, se hacía harto sospechosa al Maestro, especialmente debido a sus constantes exigencias de dinero, no ya solo a la Delegación del PRC, sino directamente a la emigración cubana. Esa postura la mantuvo

hasta el mismo instante en que, ante el fracaso del vasto plan concebido y estructurado por Martí, conocido por la Fernandina, le pedía no, le exigía al Apóstol la estafalaria suma de “quince o dieciséis mil pesos” para alzarse en armas.<sup>8</sup> Estas notas vienen a engrosar la hipótesis sostenida por otros historiadores —como Rolando Rodríguez García— que definen a Julio Sanguily como traidor a las armas cubanas y arrojan mayor claridad respecto al hecho de que el 24 de febrero de 1895 no se alzó en armas, como se había comprometido con la dirección revolucionaria tanto en Cuba como en Estados Unidos.

Sobre el espinoso asunto de la discrepancia Maceo-Martí, motivada por la expedición que debería traer al Titán y a sus acompañantes a Cuba, cuya organización se había dejado en manos de Flor Crombet tanto por el Delegado como por el Generalísimo, también ofrece valiosa información, aunque tangencialmente, el historiador en su libro. Parece que no era infundado o producto de cierta vanidad y aires de superioridad, el malestar de Maceo al verse reducido a Crombet, pues las relaciones entre estos dos hombres distaban mucho de ser las mejores.<sup>9</sup>

Asuntos como la creación del Día de la Patria y una lotería revolucionaria para acopiar fondos para la guerra son también de largo analizados en *La Tesorería*. . . Fueron muchos los medios que emplearon los revolucionarios cubanos para hacerse de los imprescindibles recursos, incluso algunos que desagradaban al delegado, como el de la lotería.

Por otra parte, la obra revela la esforzada actividad de Benjamín Guerra, tesorero del PRC, segundo cargo elegible dentro de la organización, que tuvo la importantísima tarea de administrar los fondos recaudados para la independencia patria. Esta figura exige hoy una profunda investigación biográfica que muestre los detalles de la vida, obra y labor de este patriota, amigo y colaborador de Martí. Resulta el libro de Ibrahim Hidalgo un primer paso en este camino, que debe ser retomado, sin duda alguna, por los historiadores del patio.

Quedan por resaltar los apartados que realiza el autor, al final de cada capítulo, bajo el título de “Datos valiosos”, donde ofrece valiosísimos datos de los ingresos y egresos en la Tesorería, lo que demuestra, entre otras cosas, la honestidad y transparencia

con que eran tratados los sagrados fondos para la independencia patria. Y, además, el acápite “Consideraciones finales”, que deviene un sintético, pero excelente análisis, de la composición socioclasista de las diferentes emigraciones cubanas en el extranjero, especialmente en Estados Unidos, Centroamérica y el área del Caribe.

Deben señalarse finalmente los abultados anexos que cierran el libro, con facsimilares de los libros del Fondo de Acción de la Tesorería del PRC, así como otros documentos y tablas realizadas por el autor. Valiosísimos materiales de archivo son puestos a disposición de los investigadores.

No parece estéril situar un elemento más relacionado con *La Tesorería*... y resulta la exquisita prosa con la que está redactada la obra. A pesar de tratarse de asuntos económicos, que obligan a la mención de cifras y desgloses, el libro se lee de ma-

nera amena, no resulta una lectura cargosa ni repelente, y ello se debe al magistral uso de la lengua del que hace gala Ibrahim Hidalgo Paz, ya demostrado en otros ejemplares de su autoría.

Ciérrense estas breves líneas con la recomendación de la lectura de *La Tesorería del Partido Revolucionario Cubano (1892-1895)*, un nuevo texto que engrosa las investigaciones realizadas en torno a la preparación de la Guerra de Independencia y la labor de José Martí al frente de esta. Sus páginas despejarán muchos pasajes históricos no suficientemente abordados con anterioridad y, además, lo que resulta infinitamente más importante, generará nuevas dudas, inquietudes e interrogantes que son, al fin, el aliciente que necesita el investigador de la historia para continuar descifrando el devenir de Cuba como nación. ▣

<sup>1</sup> José Martí: “Con todos y para el bien de todos”, en *Obras escogidas*, t. III, Centro de Estudios Martianos y Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, p. 19.

<sup>2</sup> \_\_\_\_\_: “Al General Máximo Gómez”, en ob. cit., p. 154.

<sup>3</sup> Ibrahim Hidalgo: “Al lector”, en *La Tesorería del Partido Revolucionario Cubano (1892-1895)*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2017, p. 12.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> En el acápite titulado “Estafadores” señala Hidalgo Paz: “Públicamente, en *Patria*, alertó [José Martí] con su “Aviso a Cuba” sobre el fraude intentado “en algún caso por persona de aparente patriotismo y responsabilidad”, quien

había pedido dinero para el Partido mediante la mentira y la intimidación, en ob. cit., p. 41. No sería la única vez, como queda demostrado en el libro, que este tipo de hechos ocurría y era a través del periódico que Martí denunciaba el hecho.

<sup>6</sup> La compañía decidió contratar obreros españoles de Cuba como rompehuelgas y el Gobierno madrileño aceptó.

<sup>7</sup> Otro autor que hizo notar estos factores como determinantes en el desarrollo del accionar de la emigración cubana en Estados Unidos y, por ende, en el desarrollo del PRC y su liderazgo, fue Yoel Cordoví Núñez: *La emigración cubana en los Estados Unidos: estructuras directivas*

y corrientes de pensamiento. 1895-1898, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2012.

<sup>8</sup> Al respecto, Martí le escribió a Máximo Gómez: “Sobre fondos, le quitaré pena. Ni un solo peso he enviado a Julio Sanguily, a pesar de tener en mis manos poco menos que la amenaza de ser maltratado por Manuel [su hermano] si no me le mostraba su amigo”. Ibrahim Hidalgo: Ob. cit., p. 115. Hidalgo trabaja este tema en dos de los acápites del libro: “Extrañas exigencias” (pp. 69-71) y “Preparativo Cuba” (pp. 113-115).

<sup>9</sup> Véase el acápite “La expedición de Costa Rica”, en Ibrahim Hidalgo: Ob. cit., pp. 149-155.



## Luis Fidel Acosta Machado

Licenciado en Historia y máster en Estudios Interdisciplinarios de América Latina, el Caribe y Cuba. Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Ha publicado los textos *Enciclopedia 1000 preguntas y respuestas*, tomo IV: Sociedad (coautor) y “La historiografía en torno al 27 de noviembre” (en Alejandro Gil: *Con un himno en la garganta. El 27 de noviembre de 1871: investigación histórica, tradición universitaria e inocencia*, Editorial UH, La Habana, 2019). Posee publicaciones en varias revistas nacionales e internacionales. Obtuvo el Premio Nacional de la Crítica Historiográfica Enrique Gay-Galbó, otorgado por la Academia de la Historia de Cuba (2016).

## Sonia Lilian Almazán del Olmo

Doctora en Ciencias Filológicas. Profesora titular consultante de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. Profesora e investigadora, ha impartido docencia en países de Europa y Estados Unidos. Autora de libros sobre cultura y pensamiento cultural cubanos. Tutora de doctorados, maestrías y trabajos de diploma. Diseñó la carrera de Estudios Socioculturales y presidió su comisión nacional durante 12 años. Autora de *Un hombre de nuestro tiempo: Rubén Martínez Villena*. Ha recibido numerosas órdenes, reconocimientos y condecoraciones, entre las que se destaca la Orden Frank País de primera clase otorgada por el Consejo de Estado.



## Jorge Luis Aneiros Alonso

Licenciado en Educación, especialidad Historia y Ciencias Sociales. Máster en Administración Pública por la Universidad de La Habana. Presidente de la Unión de Historiadores de Cuba. Subdirector general de la Oficina de Asuntos Históricos de la Presidencia de la República. Ha escrito diversos artículos, libros y ponencias sobre la Revolución Cubana.

## Yoel Cordoví Núñez

Doctor en Ciencias Históricas y Pedagógicas. Presidente del Instituto de Historia de Cuba. Investigador y profesor titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García. Vicepresidente de la Comisión Nacional Memoria del Mundo. Académico titular de la Academia de Ciencias de Cuba, miembro de la Academia de la Historia de Cuba y correspondiente de la Dominicana, miembro fundador honorífico de la Fundación Máximo Gómez (República Dominicana). Ha publicado numerosas obras sobre temas de educación e historia de Cuba y, en particular, sobre Máximo Gómez. Miembro de la Unhic, la Adhilac, la Uneac, la ACJM y la SEAP.







## Pedro Pablo Rodríguez

Doctor en Ciencias Históricas. Investigador titular del Centro de Estudios Martianos. Director de la edición crítica de las *Obras completas* de José Martí. Premio Nacional de Ciencias Sociales y Humanísticas. Premio Nacional de Historia. Profesor auxiliar por la Universidad de La Habana y titular del ISP Enrique José Varona. Académico de mérito de la Academia de Ciencias de Cuba. Miembro de la Academia de la Historia de Cuba, del Tribunal Nacional de Categorías Científicas y del Tribunal Nacional de Historia de Grados Científicos. Entre sus últimos libros se hallan *De todas partes. Perfiles de José Martí* y *Al sol voy. Atisbos a la política martiana*.

## Zoe Sosa Borjas

Máster en Estudios Cubanos y del Caribe. Investigadora auxiliar. Jefa de departamento de la Oficina de la Historiadora de la Ciudad, en Santiago de Cuba. Ha publicado artículos en la prensa nacional y especializada; es coautora de *Aproximaciones a los Maceo, Santiago de Cuba. Cinco siglos de historia*, *Por la identidad del negro cubano*, *Frank en la memoria*, *Dos titanes* y *La oficialidad negra y mulata en el ejército mambí*, y autora de *Antonio Maceo en la historiografía cubana*. Miembro de la Unhic.



## Mildred de la Torre Molina

Doctora en Ciencias Históricas, investigadora y profesora titular. Premio Nacional de Historia 2016. Coordinadora de la revista *El Historiador* y del sello Ediciones Unhic. Entre sus publicaciones se enumeran varios libros personales y colectivos sobre el siglo XIX cubano, las políticas culturales y la historia cultural. Ha impartido múltiples conferencias y participado en eventos nacionales e internacionales. Ostenta varias condecoraciones otorgadas por instituciones cubanas y extranjeras. Miembro titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Integra, además, la Unhic, la Uneac, la Adhilac y la Seap.



## Roberto Francisco Unger Pérez

Máster en Gestión de la Ciencia e Innovación. Profesor auxiliar. Historiador de Nueva Gerona. Autor de diversos libros. Ostenta los diplomas Julio Le Riverend (Unhic) y José de la Luz y Caballero (Asociación de Pedagogos de Cuba). Miembro de la Unhic y de la Asociación de Pedagogos de Cuba.



# NORMAS

## EDITORIALES

### PARA LA PRESENTACIÓN DE LOS ARTÍCULOS

- Los trabajos deberán ser inéditos y abordar temáticas relacionadas con las ciencias históricas.
- No han de exceder las doce cuartillas, incluidas las posibles notas, que deberán ser breves, aparecer al final del documento y reflejar todos los datos editoriales, para de esta forma evitar la bibliografía.
- Se presentarán en formato carta (8 ½ x 11 pulgadas), con márgenes tipo normal (superior e inferior 2,5 cm, e izquierdo y derecho 3 cm), en Times New Roman 12, a espacio y medio.
- Es imprescindible que todos los materiales se entreguen en formato digital. En caso de incluir imágenes, estas deben poseer la calidad requerida para su reproducción y no estar dañadas. Han de contar con una resolución de 300 dpi y tener una dimensión mínima de 900 x 500 píxeles. Si fuera necesario remitirlas por correo electrónico, puede reducirse la resolución a 150 dpi, manteniendo la dimensión mínima de 900 x 500 píxeles, pero procurando que su peso no exceda un megabyte, para facilitar su envío.
- Junto con el artículo, los autores deben entregar una foto personal y una breve ficha curricular en un párrafo que no rebase las cinco o seis líneas.
- Pueden hacer llegar sus colaboraciones a la coordinadora de la revista, Dra. Mildred de la Torre Molina (teléfono: 7203-7868, correo electrónico: mildredelatorre@cubarte.cult.cu) o al director, Jorge Luis Aneiros Alonso (correo electrónico: jlaneiro@enet.cu o unhic-cuba@cubarte.cult.cu).
- Cuando el trabajo sea evaluado por el consejo de redacción, se informará sobre su publicación o no en la revista. El pago del derecho de autor se hará efectivo cuando concluya el proceso editorial del número en cuestión.



